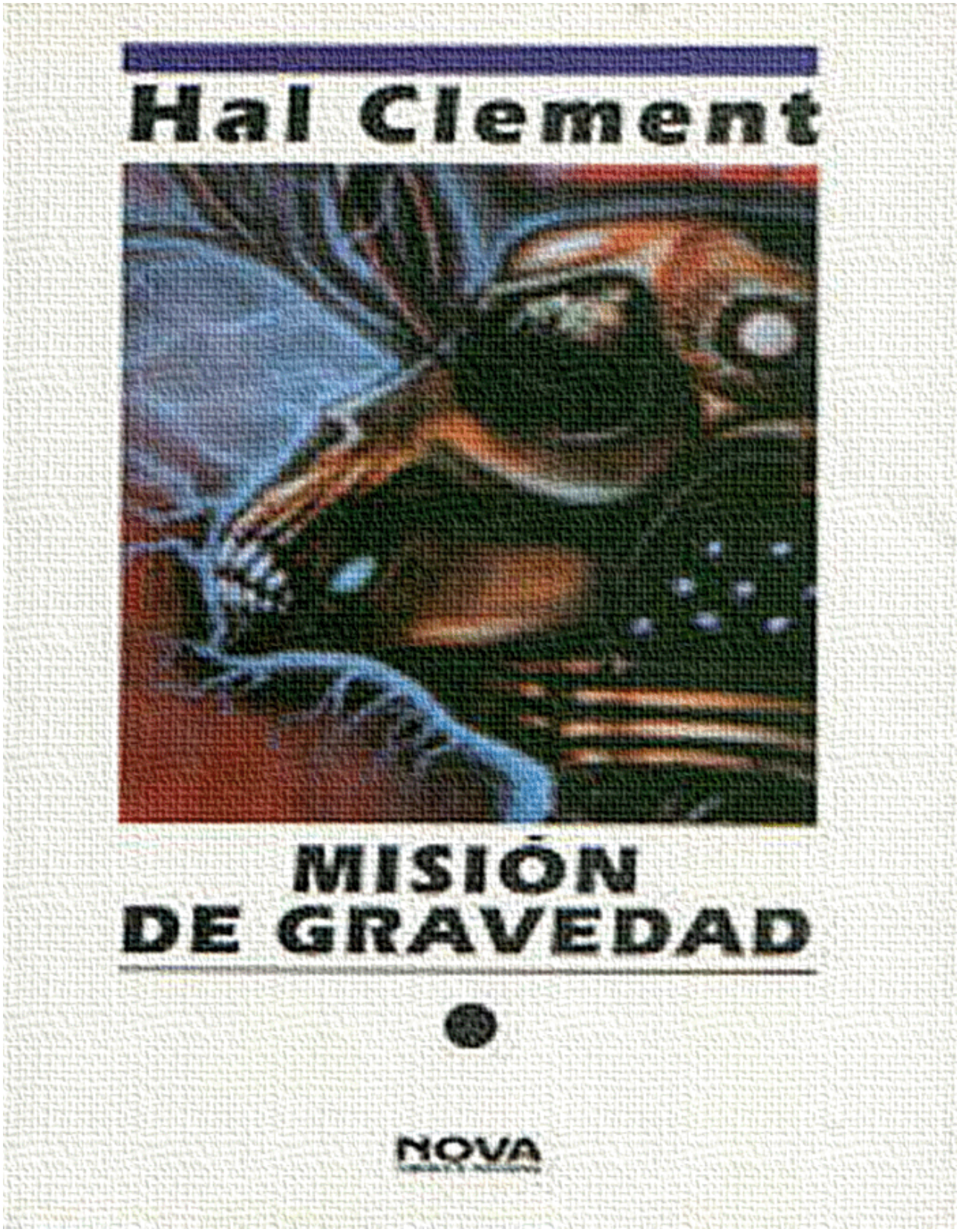
MISIÓN DE GRAVEDAD

Hal Clement



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1 - TORMENTA DE INVIERNO

El viento cruzaba la bahía como si fuera un ser viviente. Rasgaba la superficie en jirones, resultando difícil discernir dónde terminaba el líquido y dónde comenzaba la atmósfera; levantaba olas donde el Bree habría zozobrado como una astilla, para disolverlas a continuación en impalpable espuma antes de que se hubieran elevado medio metro.

Pese a estar encaramado en la balsa de popa del Bree, Barlennan sólo recibía la espuma, ya que la nave permanecía a buen recaudo en la costa.

Barlennan no era supersticioso; sin embargo, estando tan cerca del Borde del Mundo era imposible prever lo que ocurriría. Aun sus tripulantes, que no eran precisamente imaginativos, demostraban cierta inquietud. Mascullaban que allí reinaba la mala suerte: lo que vivía más allá del Borde y enviaba esas temibles borrascas invernales que se internaban miles de kilómetros en el Mundo no debía de querer que lo molestaran. Cada accidente provocaba nuevos cuchicheos, y los accidentes ocurrían a menudo. Para el capitán era obvio que cualquiera podía cometer un error cuando pesaba un kilo en vez de los habituales doscientos cincuenta; pero, al parecer, se necesitaba cierta educación o, al menos, el hábito del pensamiento lógico para darse cuenta de ello.

Incluso Dondragmer, que no era ningún tonto... Barlennan tensó su largo cuerpo y casi rugió una orden antes de comprender lo que sucedía a dos balsas de distancia. Al parecer, el primer piloto había escogido ese momento para revisar uno de los mástiles, aprovechando la falta de peso para saltar hacia arriba desde la cubierta. Pese a que la mayoría de los tripulantes del Bree se habían habituado a esas triquiñuelas, era un espectáculo sensacional verle en lo alto, apoyado precariamente en sus seis patas traseras. Pero no era esto lo que impresionaba a Barlennan. Pesando un kilogramo, si uno no se aferraba a algo, echaba a volar al primer soplo de brisa; y nadie podía aferrarse a nada con seis patas que servían para caminar. Cuando llegara esa tormenta... Pero, aunque el capitán hubiera gritado a todo pulmón, ya era imposible lograr que se oyera una orden. Había empezado a reptar hacia la escena cuando vio que el primer piloto había sujetado algunas cuerdas al arnés y la cubierta, y que estaba amarrado con tanta firmeza como el mástil en el que trabajaba.

Barlennan se relajó. Sabía por qué Dondragmer lo había hecho: un mero acto de desafío a lo que provocaba esa tormenta, y un modo de inculcar esa actitud a la tripulación. «Buen sujeto», pensó Barlennan, mirando nuevamente hacia la bahía.

Ningún testigo habría podido distinguir dónde estaba la línea de la costa. Un torbellino enceguecedor de espuma blanca y arena blancuzca lo ocultaba todo en cien metros a la redonda del Bree, ahora incluso resultaba difícil ver la nave, pues los goterones de metano repiqueteaban como balas, empañándole la corteza ocular. Al menos la cubierta seguía aún firme como una roca; a pesar de su liviandad, la nave no parecía a punto de echar a volar. «No tiene por qué», pensó sombríamente el capitán, recordando las veintenas de cables amarrados a las anclas hundidas y a los árboles bajos que tachonaban la playa. No tenía por qué, en efecto, pero no sería la primera nave que desaparecía al aventurarse tan cerca del Borde. Tal vez los recelos de la tripulación acerca del Volador tenían alguna justificación. A fin de cuentas, aquella extraña criatura le había persuadido de establecerse durante el invierno, aunque sin prometer ninguna protección para la nave y los tripulantes. Aun así, si el Volador quería destruirlos, podía hacerlo con facilidad y certeza sin necesidad de seducirlos con una treta. Si esa enorme estructura donde viajaba se montaba sobre el Bree, aun allí, donde el peso significaba tan poco, quedaría poco que decir. Barlennan pensó en otros asuntos para ahuyentar el normal horror mesklinita a permanecer un solo instante bajo algo sólido.

Los tripulantes se habían refugiado bajo los paños de cubierta, y hasta el piloto dejó de trabajar cuando llegó la borrasca. Todos estaban presentes; Barlennan había contado las protuberancias que jalonaban la tela protectora mientras aún podía ver la nave entera. Los cazadores no habían salido, pues ningún marinero necesitó la advertencia del Volador sobre la

proximidad de la tormenta. Ninguno de ellos se había alejado más de ocho kilómetros de la nave en los últimos diez días, y ocho kilómetros no era distancia para viajar con ese peso.

Tenían provisiones en abundancia; Barlennan no era tonto, y hacía lo posible para no contratar tontos. De todas formas, prefería los alimentos frescos. Se preguntó cuánto tiempo estarían varados por culpa de esa tormenta; las señales no indicaban eso, aunque anunciaban con claridad la proximidad de la perturbación. Quizás el Volador lo supiera. En todo caso, ya no podía hacer nada más con la nave, así que tendría que hablar con aquella extraña criatura. Barlennan afín sentía un escozor de incredulidad cada vez que miraba el artilugio que le había dado el Volador, y nunca se cansaba de comprobar sus poderes.

Lo guardaba bajo una tela protectora en la balsa de popa. Era un bloque sólido de casi ocho centímetros de longitud y unos cuatro de anchura y altura. En la superficie plana de un extremo tenía una zona transparente que parecía un ojo y que al parecer funcionaba como tal. Aparte de ese rasgo, sólo presentaba un orificio redondo en uno de los lados largos. El bloque estaba apoyado con la cara hacia arriba, y el «ojo» se proyectaba ligeramente bajo la tela del refugio. El paño volaba a favor del viento, así que la tela se adhería a la chata superficie superior de la máquina.

Barlennan introdujo un brazo bajo el paño, buscó el orificio a tientas e insertó su pinza. Dentro no había partes móviles, como interruptores o botones, pero eso no le molestaba. Nunca había visto artilugios semejantes, así como no había visto relés térmicos, fotónicos o de capacidad. Sabía, por experiencia, que si insertaba algo opaco en el orificio, el Volador se enteraba, y también sabía que era inútil devanarse los sesos para averiguar de qué forma lo hacía. «Es como enseñar navegación a un bebé de diez días», pensaba a veces con desconsuelo. La inteligencia estaba allí –al menos era reconfortante creerlo–, pero faltaban años de experiencia.

–Habla Charles Lackland –dijo abruptamente la máquina, interrumpiendo sus cavilaciones–. ¿Eres tú, Barl?.

–Habla Barlennan, Charles –respondió el capitán en el idioma del Volador, pues ya empezaba a dominarlo.

–Me alegra tener noticias tuyas. ¿Teníamos razón en cuanto a esa ligera brisa?

–Vino cuando tú lo predijiste. Aguarda un instante... Sí, trae nieve. No lo había notado. Aún no veo polvo.

–Llegará. Ese volcán debe de haber vomitado en el aire quince kilómetros cúbicos de polvo, que ha estado propagándose durante días.

Barlennan no respondió. El volcán en cuestión aún era tema de controversia entre ellos, pues estaba situado en una comarca de Mesklin que, según los conocimientos geográficos de Barlennan, no existía.

–Me preguntaba cuánto durará esta tormenta, Charles. Creo que tu gente puede verla desde arriba y que debería conocer la extensión.

–¿Ya estáis en apuros? El invierno apenas empieza. Os faltan miles de días para salir de allí.

–Lo sé. Tenemos mucha comida, pero en ocasiones queremos comer algo fresco, y nos gustaría saber de antemano cuando podremos enviar una partida de caza.

–Entiendo. Me terno que tendréis que planearlo con cuidado. Yo no estuve aquí el invierno pasado, pero me parece que en esta época las tormentas de la zona son prácticamente continuas. ¿Alguna vez estuviste en el ecuador?

–¿Dónde?

–En el... Bien, supongo que os referís al ecuador cuando habláis del Borde.

–No, nunca estuve tan cerca e ignoro si alguien podría acercarse más. Creo que si nos internáramos más en el mar, perderíamos todo peso y echaríamos a volar.

–Bien, si te sirve de consuelo, te equivocas. Si continuaras viaje, tu peso aumentaría de nuevo. Ahora te encuentras en pleno ecuador, el sitio donde el peso es menor. Por eso estoy aquí. Empiezo a comprender por qué no quieres creer que hay tierras mucho más al norte.

Pensaba que no nos entendíamos por problemas idiomáticos. Quizás ahora tengas tiempo para describirme tus ideas sobre la naturaleza del mundo. O quizá tengas mapas.

–Tengo un Cuenco en la balsa de popa, desde luego. Pero me temo que ahora no podrás verla, pues el sol acaba de ponerse y Esstes no da luz suficiente para ver a través de estas nubes. Cuando salga el sol te la mostraré. Mis mapas planos no servirían de mucho, ya que ninguno de ellos abarca territorio suficiente para dar una buena imagen.

–De acuerdo. Pero mientras esperamos el amanecer puedes darme una idea verbal.

–En la escuela me enseñaron que Mesklin es un cuenco grande y hueco. La parte donde vive la mayoría de la gente está cerca del fondo, el punto donde el peso es mayor. Los filósofos entienden que el peso es causado por el tirón de una enorme placa chata, situada en el lugar donde se apoya Mesklin; cuanto más nos acercamos al Borde, menos pesamos, porque nos alejamos de esa placa. Nadie sabe sobre qué se apoya la placa, aunque hemos oído muchas creencias raras acerca de ese tema entre las razas menos civilizadas.

–Yo diría que, si tus filósofos están en lo cierto, irías cuesta arriba cada vez que te alejaras del centro y todos los océanos correrían hacia el punto más bajo –exclamó Lackland–. ¿Alguna vez les preguntaste eso a tus filósofos?

–Cuando era pequeño vi una imagen completa. El diagrama del profesor mostraba muchas líneas que ascendían desde la placa y se curvaban para encontrarse por encima del centro de Mesklin. Atravesaban el cuenco de forma recta y no oblicua, a causa de la curva. El profesor dijo que el peso operaba a lo largo de las líneas y no de forma recta y descendente en dirección a la placa –replicó el capitán–. No lo entendí del todo, pero parecía funcionar. Dijo que la teoría estaba demostrada, ya que las distancias medidas en los mapas concordaban con lo que debían ser según la teoría. Eso lo entiendo y parece sensato. Si la forma no fuera como ellos piensan, las distancias no coincidirían en cuanto te alejaras del punto estándar.

–Correcto. Veo que tus filósofos son versados en geometría. Sin embargo, no entiendo por qué no han comprendido que hay dos formas de resolver el problema de la distancia. A fin de cuentas, ¿no ves que la superficie de Mesklin se curva hacia abajo? Si tu teoría fuera cierta, el horizonte estaría encima de ti. ¿Qué dices a eso?

–¡Oh, lo está! Por eso, aun las tribus más primitivas saben que el mundo tiene forma de cuenco. Sólo se ve distinto aquí, cerca del Borde. Creo que está relacionado con la luz. En definitiva, el sol sale y se pone aquí incluso en verano, y no me sorprende que las cosas presenten un aspecto un poco raro. Vaya, si hasta parece que el... horizonte, así lo llamaste, ¿no? Bien, parece que el horizonte está más cerca del norte y el sur, que del este y el oeste. Se ve una nave a mucha mayor distancia hacia el este o el oeste. Es la luz.

–Hum. Tu argumento me resulta algo difícil de rebatir en este momento. –Barlennan no estaba tan familiarizado con el idioma del Volador cromo para detectar el tono irónico–. Nunca estuve en la superficie lejos del... Borde... y personalmente no puedo estar. No sabía que allí las cosas se vieran tal como tú las describes y, por el momento, no entiendo por qué es así. Espero verlo cuando recibas ese aparato de radiovisión en nuestro pequeño encuentro.

–Me deleitará oír tu explicación acerca de por qué nuestros filósofos están equivocados –respondió Barlennan cortésmente–. Cuando estés preparado, desde luego. Entretanto, sigo deseando saber si puedes informarme acerca de cuándo habrá una pausa en la tormenta.

–Tardaré unos minutos en recibir un informe de la estación de Toorey. Te llamaré al amanecer. A esa hora podré darte el pronóstico y habrá luz suficiente para que me muestres el Cuenco. ¿De acuerdo?

–Excelente. Esperaré.

Barlennan se agazapó junto a la radio mientras la tormenta aullaba en derredor. Los goterones de metano que se estrellaban contra su espalda blindada no le molestaban. Golpeaban con más fuerza a mayor altitud. En ocasiones se sacudía para expulsar la pátina de amoníaco que se acumulaba en la balsa, pero aun eso era una molestia menor, al menos hasta ahora. A mediados del invierno, dentro de cinco o seis mil días, el amoníaco se derretiría a pleno sol, y poco después se congelaría de nuevo. La idea era alejar el líquido de la nave –o la

nave del líquido– antes de la segunda helada, pues de lo contrario los tripulantes de Barlennan tendrían que arrancar doscientas balsas de la playa. El Bree no era un barco fluvial, sino una nave oceánica.

El Volador tardó sólo los escasos minutos prometidos en obtener la información, y su voz resonó una vez más en el diminuto artefacto mientras el levante alumbraba las nubes de la bahía.

–Me temo que yo tenía razón, Barl. No hay pausa a la vista. El casquete de hielo se está derritiendo en casi todo el hemisferio norte, un término que para ti no significa nada. Las tormentas suelen durar todo el invierno. En las latitudes meridionales más altas llegan por separado porque se dividen en células muy pequeñas al alejarse del ecuador, por efecto de la desviación de Coriolis.

–¿De qué?

–La misma fuerza que hace que los proyectiles que arrojas viren tanto hacia la izquierda... Al menos, aunque nunca lo he visto en estas condiciones, es lo que debería ocurrir en este planeta.

–¿Qué es «arrojar»?

–Bien, «arrojar» es coger un objeto, alzarlo e impulsarlo lejos de ti para que viaje cierta distancia antes de chocar contra el suelo.

–En los países razonables no hacemos eso. Aquí podemos hacer muchas cosas que allá son imposibles o muy peligrosas. Si yo «arrojara» algo en mi país, podría caer sobre alguien..., muy probablemente, sobre mí.

–Pensándolo bien, eso sería malo. Ahí tenéis tres G, lo cual ya es bastante; en los polos hay casi setecientas. Aun así, si hallaras algo tan pequeño como para que tus músculos pudieran arrojarlo, ¿por qué no podrías atajarlo, o al menos resistir el impacto?

–La situación me resulta difícil de imaginar, pero creo saber la respuesta. No hay tiempo. Si sueltas algo, arrojándolo o no, choca contra el suelo en un santiamén.

–Entiendo..., o creo entender. Dábamos por sentado que teníais una reacción temporal acorde con vuestra gravedad, pero veo que eso es puro antropocentrismo. Creo que lo entiendo.

–Lo que pude entender de tu charla me parece razonable. Es evidente que somos distintos, y quizá nunca comprendamos cuánto. De cualquier modo, al menos somos tan parecidos como para conversar... y llegar a lo que espero sea un acuerdo mutuamente provechoso.

–Ya lo creo. Por cierto, para ello tendrás que darme una idea de los sitios a los que quieres ir, y yo tendré que señalar en tus mapas el sitio a donde quiero que vayas. ¿Podemos echar una ojeada a ese Cuenco? Ya hay luz suficiente para el visor.

Barlennan se dirigió hacia un lugar de la balsa cubierto por una tienda más pequeña, aferrándose a las cornamusas. Abrió la tienda y la plegó, exponiendo una zona libre de la cubierta; luego regresó, sujetó cuatro cables alrededor de la radio, los fijó a cornamusas situadas estratégicamente, alzó la tapa de la radio y empezó a desplazarla por la cubierta. Pesaba un poco más que él, pese a que sus dimensiones lineales eran menores, pero no correría ningún riesgo de que el viento se la arrebatara. La tormenta no había amainado, y la cubierta temblaba. Con el ojo del aparato vuelto hacia el Cuenco, apuntaló el otro extremo con palos para que el Volador pudiera mirar hacia abajo. Luego se desplazó hacia el otro lado del Cuenco e inició su exposición.

Lackland tenía que admitir que el mapa del Cuenco era lógico y preciso. Su curvatura era muy semejante a la del planeta, como él había esperado. El error más grave era su forma cóncava, de acuerdo con la idea que tenían los nativos acerca de la forma de su mundo. Presentaba unos quince centímetros de diámetro y tres de profundidad en el centro. El mapa estaba protegido por una pátina transparente –probablemente hielo, supuso Lackland–, que formaba una superficie continua con la cubierta. Esto impedía ver los detalles con claridad, pero no podían alzarla sin que el cuenco se llenara de nieve de amoníaco. La nieve se estaba

amontonando donde no soplaba el viento. Aquella playa estaba relativamente guarecida, pero tanto Lackland como Barlennan podían imaginar lo que ocurría allende las colinas que se alzaban paralelamente en el sur. El segundo estaba secretamente satisfecho de ser marino. El viaje terrestre por esos parajes resultaría engorroso durante miles de días.

–He tratado de mantener mis mapas actualizados –dijo, mientras se sentaba frente al «representante» del Volador–. Sin embargo, no intenté introducir cambios en el Cuenco porque las nuevas regiones que registramos mientras navegábamos hacia aquí no tenían extensión suficiente. Te puedo mostrar pocos detalles, pero tú querías una idea general del rumbo que seguiríamos al salir de aquí.

–Bien, en realidad, a mí me da lo mismo. Puedo comprar y vender en cualquier parte, y por el momento llevo pocas cosas a bordo salvo comida. Además, no me quedará mucha cuando haya terminado el invierno; así que había planeado, desde nuestra charla, navegar por un tiempo cerca de las zonas de poco peso y recoger vegetales que se pueden obtener aquí, materiales valiosos para las gentes del sur por su efecto sobre el sabor de la comida.

–¿Especias?

–Si así denominas esos productos, sí. Los he transportado antes y saben bastante bien. Se pueden obtener buenas ganancia con una sola carga, como la mayoría de los bienes cuyo valor depende menos de su utilidad que de su rareza.

–¿Debo entender, pues, que una vez que hayas cargado aquí no te importa mucho hacia dónde ir?

–En efecto. Si no me equivoco, tu misión nos llevará cerca del Centro, lo cual está bien... Cuanto más al sur vayamos, mejores precios obtendré. Y la duración adicional del viaje no representará un peligro, pues tú nos ayudarás como conviniste.

–Exacto. Eso es excelente, aunque ojalá hubiéramos podido encontrar algo para ofrecerte en pago, así no tendrías que perder tiempo recogiendo especias.

–Bien, tenemos que comer. Tú dices que vuestros cuerpos y, por ende, vuestros alimentos, están hechos de sustancias muy diferentes, así que no podemos ingerir lo que vosotros coméis. Con franqueza, no se me ocurre ninguna materia prima que yo no pudiera conseguir fácilmente en la cantidad deseada. Mi idea favorita es la de obtener alguna de vuestras máquinas, pero dices que habría que construirlas de nuevo para que funcionaran en nuestro mundo. Creo que hemos llegado al mejor acuerdo posible, dadas las circunstancias.

–Así es. Incluso esta radio fue construida específicamente para esta tarea, y tú no podrías repararla... Tu gente, a menos que esté yo muy equivocado, no posee las herramientas necesarias. Sin embargo, durante el viaje hablaremos nuevamente de esto; quizá las cosas que ambos aprendamos abran nuevas y mejores posibilidades.

–Sin duda –respondió cortésmente Barlennan.

No mencionó, por cierto, la posibilidad de que sus propios planes tuvieran éxito. El Volador no los habría aprobado.

2 - EL VOLADOR

El pronóstico del Volador era atinado: pasaron cuatrocientos días hasta que se produjo una pausa en la tormenta. Durante ese período, el Volador habló cinco veces con Barlennan por la radio, siempre iniciando la charla con un breve pronóstico meteorológico y continuando con una conversación más general de uno o dos días consecutivos. Barlennan había notado, cuando aprendía el idioma de esa extraña criatura y realizaba visitas personales a su puesto de la Colina, cerca de la bahía, que parecía tener un ciclo vital extrañamente regular; descubrió que podía hallar al Volador durmiendo o comiendo a horas muy previsibles, que parecían cumplir un ciclo de ochenta días. Barlennan no era filósofo –pensaba, como la mayoría, que un filósofo era un soñador sin sentido práctico– y no se detuvo a analizar un hecho que concernía a una criatura exótica, aunque sin duda interesante. Nada en la experiencia del

mesklinita lo capacitaba para deducir la existencia de un mundo que tardaba ochenta veces más en rotar sobre su eje.

–¡Barl! –El Volador no se molestó con preliminares, sabiendo que el mesklinita siempre estaba cerca de la radio–. La estación de Toorey llamó hace unos minutos. Hay una zona relativamente despejada que se desplaza hacia nosotros. No saben cómo serán los vientos, pero pueden ver el suelo, así habrá buena visibilidad. Si tus cazadores quieren salir, yo diría que el viento no los arrastrará, siempre que esperen hasta que las nubes se hayan marchado durante veinte o treinta días. Después de eso, tendremos muy buen tiempo en un período de cien días. Me avisarán con antelación suficiente para que tu gente regrese a la nave.

–Pero, ¿cómo recibirán tu aviso?. Si yo les dejo llevar esta radio, no podré hablar contigo sobre nuestros asuntos, y de lo contrario…

–Estuve pensando en ello –interrumpió Lackland–. Creo que será mejor que subas aquí en cuanto amaine el viento. Te daré otro equipo. Es preferible que tengas varios. Cincuenta mil kilómetros tal como vuela el cuervo, como decimos por aquí, y no sé cuánto en barco o por tierra.

El giro de Lackland ocasionó una demora; Lackland le explicó que había querido decir «en línea recta» pero Barlennan quiso saber qué era un cuervo y qué era volar. Lo primero resultó bastante fácil de explicar. En cuanto a una criatura viviente que volara por sus propios medios, para Barlennan era más inconcebible y aterrador que «arrojar». Consideraba que la capacidad de Lackland para viajar por el aire era algo tan exótico que, en realidad, no lo asimilaba del todo. Lackland, en parte, lo comprendía.

–Hay otra razón por la cual quiero reunirme contigo –dijo–. En cuanto el tiempo les permita aterrizar, traerán un tanque. Quizá si ves el aterrizaje del cohete te acostumbres un poco más a la idea de volar.

–Quizá –dijo Barlennan con un titubeo–, pero no sé si quiero ver el aterrizaje de tu cohete. Ya lo vi una vez, y no quisiera que algún tripulante estuviese presente en ese momento.

–¿Por qué no? ¿Crees que el susto sería contraproducente?

–No –respondió con franqueza el mesklinita–. No quiero que ninguno de ellos me vea a mí tan asustado como pienso que estaré.

–Me sorprendes, capitán –comentó jovialmente Lackland.– Sin embargo, entiendo tus sentimientos, y te aseguro que el cohete no pasará por encima de ti. Si esperas junto a la pared de mi domo, dirigiré al piloto por radio para cerciorarme de ello.

–Pero ¿cuánto se acercará?

–Pasará a bastante distancia, te lo prometo. No sólo por tu comodidad, sino por mi seguridad. Para aterrizar en este mundo, incluso en el Ecuador, será necesario que el piloto use mucha potencia. No quiero que la descarga me incendie el domo.

–De acuerdo, iré. Como dices, sería una comodidad disponer de más radios. ¿Qué es el «tanque» que mencionaste?

–Es una máquina que me llevará por tierra, de la misma forma que tu nave te llevará por mar. La verás dentro de pocos días, o de pocas horas.

Los amigos del Volador, instalados en la luna interior de Mesklin, habían profetizado correctamente. El capitán, agazapado en la popa, contó sólo diez amaneceres hasta que una claridad en la bruma y una mengua en el viento le indicaron, como de costumbre, que se aproximaba el ojo de la tormenta. Por su propia experiencia estaba dispuesto a creer, como había señalado el Volador, que el período de calma duraría cien o doscientos días. Con un silbido que habría reventado los tímpanos de Lackland si el Volador hubiera podido oír una frecuencia tan alta, llamó la atención de sus tripulantes.

–Organizaremos dos grupos de caza. Dondragmer encabezará uno, y Merkoos, el otro; cada cual se llevará nueve hombres de su propia elección. Yo permaneceré en la nave para coordinar, pues el Volador nos dará más máquinas parlantes. Iré a la Colina del Volador en

cuanto el cielo esté despejado; sus amigos traerán las máquinas de arriba, junto con otras cosas que necesitan, así que todos los tripulantes permanecerán cerca de la nave hasta mi regreso. ¿Acordamos salir treinta días después de mi partida?

–Pero ¿es conveniente que abandones la nave tan pronto? Los vientos aún serán fuertes.

El piloto era demasiado buen amigo para que la pregunta resultara impertinente, aunque algunos capitanes se habrían ofuscado ante semejante objeción. Barlennan agitó las pinzas de un modo que denotaba una sonrisa.

–Tienes razón. Sin embargo, quiero ahorrar tiempo, y la Colina del Volador está a sólo un kilómetro.

–Pero…

–Además, está a favor del viento. Tenemos mucha cuerda en los armarios; me haré sujetar dos al arnés, y dos de los hombres aflojarán las cuerdas a través de las bitas a medida que avanzo. Terblannen y Hars se encargarán de ello bajo tu supervisión, Dondragmer. Es probable que yo pierda pie, pero si el viento cobrara tanta fuerza como para romper una buena cuerda marina, el Bree ya estaría kilómetros tierra adentro.

–Pero, con sólo perder pie..., supón que te elevaras en el aire... –Dondragmer aún estaba preocupado, y ese pensamiento turbó incluso a su capitán.

–Una caída, sí. Pero recuerda que estarnos cerca del Borde. Sobre el Borde, dice el Volador, y le creo cuando miró hacia el norte desde la cima de la Colina. Como algunos habéis descubierto, una caída aquí no significa nada.

–Pero ordenaste que actuáramos como si tuviésemos peso normal, para no crear hábitos que resultarían peligrosos cuando regresemos a una tierra habitable.

–Es verdad. De todas formas, esto no me creará hábitos, pues en un sitio razonable ningún viento me alzaría por los aires. De cualquier modo, haremos lo que he dicho. Terblannen y Hars revisarán los cables... No, revísalos tú mismo. Llevará bastante tiempo. Eso es todo por ahora. El grupo que está bajo el refugio puede descansar. El grupo de cubierta revisará anclas y correas.

Dondragmer, que pertenecía al segundo grupo, tomó la orden como un permiso para alejarse y procedió a cumplirla con su eficiencia habitual. También puso a algunos tripulantes a sacar nieve de los espacios entre las balsas, pues conocía de sobras las posibles consecuencias de un deshielo seguido de un congelamiento. Barlennan se relajó, preguntándose qué ancestro sería responsable de su costumbre de meterse en situaciones desagradables de las que no podía escabullirse con elegancia.

Porque la idea de la cuerda había sido una ocurrencia espontánea, y a lo largo de aquellos días, mientras esperaba a que se despejara el tiempo, Barlennan intentó convencerse de la sensatez de los argumentos que había esgrimido ante su primer piloto.

No estaba convencido ni siquiera cuando bajó hacia la nieve que se había acumulado contra las balsas, así que echó una mirada hacia sus dos tripulantes más vigorosos y los cabos que manipulaban antes de iniciar la marcha por la playa barrida por el viento.

Sin embargo, no parecían tan descabellados. Las cuerdas ejercían una ligera fuerza ascendente, pues la cubierta estaba varios centímetros por encima del nivel del suelo cuando partió; pero el declive de la playa pronto la compensó. Además, los árboles que servían como puntos de amarre para el Bree se multiplicaban tierra adentro. Eran ejemplares bajos y chatos, con ramas anchas, cortas y tentaculares, y troncos gruesos, en general similares a los de las tierras que conocía en las honduras del hemisferio sur de Mesklin. Aquí, sin embargo, las ramas se arqueaban tanto que a veces se separaban totalmente del suelo, relativamente libres en una gravedad inferior a dos centésimas de la gravedad de las regiones polares. Al final se apiñaban tanto, que las ramas se entrelazaban formando una maraña de cables pardos y negros que permitían asirse con firmeza. Al cabo de un tiempo, Barlennan prácticamente empezó a trepar hacia la Colina, utilizando las pinzas delanteras, aflojando las traseras y caracoleando con su cuerpo de oruga hasta avanzar casi como un geometrino. Los cables le causaban

Librodot

problemas, pero tanto los cabos como las ramas de los árboles eran bastante lisas, así que no se enredaron.

La playa se volvía bastante empinada después de los primeros doscientos metros; a la mitad de la distancia que esperaba recorrer, Barlennan estaba dos metros por encima del nivel de la cubierta del Bree. Desde allí veía la Colina del Volador aun siendo un mesklinita, es decir, un individuo cuyos ojos están muy cerca del suelo; hizo una pausa para contemplar la escena, como en tantas ocasiones.

La Colina del Volador se elevaba sobre la enmarañada llanura. Al mesklinita le resultaba imposible considerarla una estructura artificial, en parte por su monstruoso tamaño y en parte porque un techo que no fuera un retazo de tela era totalmente ajeno a sus ideas sobre arquitectura. Era un domo de metal reluciente de seis metros de altura y doce de diámetro, una semiesfera casi perfecta. Estaba tachonado de grandes zonas transparentes y tenía dos extensiones cilíndricas con puertas. El Volador había dicho que las puertas estaban construidas de tal modo que uno podía atravesarlas sin que el aire pasara de un lado al otro. Los portales tenían el tamaño suficiente para permitir pasar a aquella extraña y gigantesca criatura. Una de las ventanas inferiores estaba provista de una rampa improvisada que permitía a una criatura del tamaño y la constitución de Barlennan reptar hasta el panel para mirar hacia adentro. El capitán había pasado mucho tiempo en esa rampa mientras aprendía a hablar y entender el idioma del Volador; había visto los extraños artefactos y muebles que poblaban la estructura, aunque ignoraba el uso de la mayor parte de ellos. El Volador parecía ser una criatura anfibia. Al menos, pasaba mucho tiempo flotando en un tanque lleno de líquido. Eso era razonable, teniendo en cuenta su tamaño. Barlennan no conocía ninguna criatura nativa de Mesklin que fuera mayor que los de su propia raza y no habitara en mares o lagos. Sin embargo, teniendo en cuenta solamente el peso, esas criaturas podrían existir en las vastas e inexploradas regiones próximas al Borde. Esperaba no toparse con ninguna mientras estuviera en la costa. Tamaño significaba peso, y una vida de condicionamiento le impedía pensar que el peso no era una amenaza.

No había nada cerca del domo, excepto vegetación. Evidentemente, el cohete aún no había llegado, y por un momento Barlennan pensó en aguardar donde estaba. Sin duda descendería al otro lado de la Colina. El Volador se encargaría de ello si Barlennan no había llegado. Aun así, nada podía impedir que la nave en descenso pasara por encima de su posición actual; Lackland no podría hacer nada al respecto si no sabía la posición exacta del mesklinita. Pocos terrícolas podían localizar un cuerpo de apenas cuarenta centímetros de longitud y cinco de diámetro reptando horizontalmente por una vegetación enmarañada a casi un kilómetro de distancia. No, le convenía ir hasta el domo, tal como el Volador había aconsejado.

Llegó con bastante rapidez, aunque ocasionales períodos de oscuridad lo demoraron un poco. Era de noche cuando llegó a su destino, aunque la luz de las ventanas había alumbrado bien el último tramo. Sin embargo, cuando hubo asegurado las cuerdas para subir a un lugar cómodo fuera de la ventana, el sol se había elevado por encima del horizonte, a su izquierda.

Lackland no estaba en la habitación correspondiente a esa ventana, y el mesklinita apretó el diminuto botón de llamada que habían instalado en la rampa. La voz del Volador resonó en un altavoz, al lado del botón.

–Me alegra que estés aquí, Barl. Pedí a Mack que aguardara tu llegada. Ahora le indicaré que descienda; llegará el próximo amanecer.

–¿Dónde está ahora? ¿En Toorey?

–No; está flotando en el borde interior del anillo, a sólo mil kilómetros de altura. Ha estado allí desde antes del fin de la tormenta, así que no te preocupes si le haces esperar un poco más. Entretanto, sacaré las otras radios que te prometí.

–Como estoy solo, me convendría llevar una sola radio esta vez. Resulta difícil acarrearlas, pese a que son livianas.

–Quizá debamos esperar a que llegue el tanque para sacarlas. Entonces podré llevarte hasta la nave. El tanque está bien aislado, así que viajar en el exterior no te lastimará. ¿Qué te parece?

–Excelente. ¿Hacemos prácticas de idioma mientras esperamos o prefieres mostrarme más imágenes del lugar de donde vienes?

–Tengo algunas fotos. Tardaré unos minutos en cargar el proyector, así que ya habrá oscurecido cuando estemos listos. Un momento. Iré a la salita.

El altavoz calló y Barlennan fijó los ojos en la puerta que veía a un lado de la habitación. Pronto apareció el Volador, caminando erguido, como de costumbre, con la ayuda de miembros artificiales que llamaba muletas. Se acercó a la ventana, movió la enorme cabeza y conectó el proyector de películas. La pantalla hacia donde apuntaba la máquina estaba frente a la ventana; Barlennan, fijando un par de ojos en los actos del ser humano, se arrellanó en una postura que le permitiera observar cómodamente. Miraron en silencio mientras el sol trazaba un arco en el cielo. A pleno sol, la temperatura era templada, aunque no tanto como para iniciar un deshielo; el viento perpetuo del casquete de hielo del norte lo impedía. Barlennan estaba adormilado cuando Lackland terminó de conectar la máquina, caminó hasta su tanque de relajación y se metió dentro. Barlennan nunca había reparado en la membrana elástica que cubría la superficie del líquido y mantenía seca la ropa del hombre; si lo hubiera notado, habría modificado sus ideas sobre la naturaleza anfibia de los seres humanos. Lackland, flotando, tendió la mano hacia un panel y encendió dos interruptores. Las luces se apagaron y el proyector arrancó. Era un rollo de quince minutos, y no había terminado cuando Lackland tuvo que levantarse y coger las muletas, pues le informaron que el cohete estaba a punto de descender.

Barlennan tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirar la pantalla.

–Preferiría mirar la película, pero quizá sea mejor que me habitúe a ver cosas voladoras –dijo–. ¿Por qué lado vendrá?

–Por éste, supongo. Le he dado a Mack una minuciosa descripción de nuestra posición, y él ya tenía fotos; además, por su rumbo sé que le convendrá aproximarse desde esa dirección. Me terno que en este momento el sol te impide ver bien, pero aún está a sesenta kilómetros de altura. Mira por encima del sol.

Barlennan siguió las instrucciones y aguardó. Durante un minuto no vio nada; luego captó un destello de metal veinte grados por encima del sol naciente.

–Altitud diez, distancia horizontal similar –informó Lackland en ese momento–. Lo tengo en pantalla.

El destello cobró más brillo, manteniendo el rumbo casi a la perfección. El cohete seguía un curso casi exacto hacia el domo. Poco después, los detalles fueron visibles..., o lo habrían sido si el resplandor del sol no lo hubiera ocultado todo. Mack revoloteó un instante a una distancia de un kilómetro por encima de la estación y otro tanto hacia el este; y, en cuanto Belrre se desplazó, Barlennan pudo ver las ventanillas y toberas del casco cilíndrico. El viento de la tormenta había amainado, pero una brisa tibia teñida de amoníaco derretido empezó a soplar desde el punto donde las llamaradas lamían el piso. Las gotas de semilíquido salpicaron el caparazón ocular de Barlennan, pero el mesklinita continuó mirando la masa metálica que descendía. Tenía tenso cada músculo de su largo cuerpo, los brazos pegados a los costados, las pinzas cerradas con tanta fuerza como para desgarrar cables de acero. El corazón de cada uno de los segmentos del cuerpo le bombeaba con furia, y habría contenido el aliento si hubiera tenido un aparato respiratorio similar al de un ser humano. Intelectualmente, sabía que la cosa no caería, pero habiendo crecido en un ámbito donde una caída de quince centímetros era fatal, aun para el resistente organismo mesklinita, no le resultaba fácil controlar sus emociones.

Inconscientemente seguía esperando que el casco de metal se vaporizara de pronto para reaparecer desparramado en el suelo. A fin de cuentas, aún estaba a decenas de metros de altura...

Debajo del cohete, en el suelo ahora libre de nieve, la negra vegetación estalló de pronto en llamas. Negras cenizas volaron desde la zona de aterrizaje, y el suelo fulguró brevemente. Poco después, el cilindro reluciente se posó suavemente en el centro del terreno desnudo. Segundos irás tarde, el estruendo, que se había transformado en un rugido más ensordecedor que los huracanes de Mesklin, cesó de golpe. Barlennan se relajó casi dolorosamente, abriendo y cerrando las pinzas para calmar los retortijones.

–Si aguardas un momento, saldré con las radios –dijo Lackland. El capitán no le había visto salir, pero el Volador ya no estaba en la habitación–. Mack conducirá el tanque hasta aquí... Puedes verle venir mientras yo me pongo la escafandra.

Barlennan sólo pudo ver una parte del trayecto. Vio que la compuerta de carga del cohete se abría y el vehículo descendía; una buena ojeada le permitió comprender todo sobre él, o eso creía, excepto el funcionamiento de las orugas. Tenía el tamaño suficiente para albergar a varios miembros de la raza del Volador, a menos que estuviera atiborrado de maquinaria. Como el domo, tenía muchas y grandes ventanas; a través de una de ellas, el capitán vio, enfundada en su escafandra, la figura de otro Volador que, aparentemente, controlaba el vehículo. La máquina no hacía ruido suficiente para ser audible en el kilómetro de espacio que aún la separaba del domo.

Recorrió muy poca de esa distancia antes de la puesta del sol, y los detalles dejaron de ser visibles. Esstes, el sol más pequeño, aún estaba en el cielo y brillaba más que la luna llena de la Tierra, pero los ojos de Barlennan tenían sus limitaciones. El tanque proyectaba un intenso haz de luz hacia el domo, lo cual tampoco ayudaba. Barlennan esperó. A fin de cuentas, el vehículo aún estaba demasiado lejos para estudiarlo bien, incluso a plena luz del día, y sin duda llegaría a la Colina al amanecer.

Y a lo mejor también entonces tendría que esperar; los Voladores quizá pusieran objeciones al tipo de examen a que Barlennan quería someter esas máquinas.

3 - LEJOS DEL SUELO

La llegada del tanque, la salida de Lackland de la cámara de presión del domo y el despuntar de Belne se produjeron todos al mismo tiempo. El vehículo se detuvo a un par de metros de la plataforma donde Barlennan estaba agazapado. También salió el conductor, y los dos hombres hablaron un rato junto al mesklinita. A Barlennan le llamó la atención que no entraran en el domo para acostarse, pues ambos parecían realizar un gran esfuerzo bajo la gravedad de Mesklin; pero el recién llegado rechazó la invitación de Lackland.

–Me gustaría ser sociable –respondió–, pero, con franqueza, Charlie, ¿te quedarías en esta horrenda bola de lodo un momento más del necesario?

–Bien, yo podría hacer la misma tarea desde Toorey o desde una nave en órbita libre –replicó Lackland–. Sin embargo, creo que el contacto personal significa mucho. Todavía deseo averiguar más cosas sobre la gente de Barlennan. Me parece que aún no le damos tanto como nosotras esperamos obtener, y sería agradable averiguar si podemos ofrecerle algo más. Más aún, ahora él corre peligro, y la presencia de uno de nosotros aquí podría significar mucho para ambos.

–No te entiendo.

–Barlennan es un capitán errante, un explorador y un mercader independiente. Está lejos de las zonas normales habitadas y recorridas por su gente. Permanecerá aquí durante el invierno meridional, cuando la evaporación del casquete polar del norte genera tormentas increíbles en estas regiones ecuatoriales, tormentas que para él son tan extrañas como para nosotros. Si algo le ocurre, no será fácil hallar otro contacto.

»Recuerda que normalmente vive en un campo gravitatorio entre doscientas y setecientas veces más fuerte que el terrestre. ¡Y no lo seguiremos a casa para conocer a sus parientes! Más aún, no debe de haber cien individuos de su raza que, además de ejercer el mismo oficio,

Librodot

tengan valor suficiente para alejarse de sus hogares naturales. Entre esos cien, ¿cuántas probabilidades tenemos de conocer a otro, teniendo en cuenta que este océano es uno de los que más frecuentan y que el pequeño brazo donde se halla esta bahía tiene diez mil kilómetros de longitud y tres mil de anchura, con una línea costera muy accidentada? En cuanto a localizar a uno desde arriba, en el mar o en la costa, no debemos olvidar que el Bree de Barlennan, con sus diez metros de largo y tres de ancho, es una de sus naves oceánicas más grandes. Además, no asoman más de ocho centímetros por encima del agua.

»No, Mack, nos topamos con Barlennan por una enorme coincidencia y no confío en que se produzca otra. Permanecer bajo tres gravedades durante cinco meses, hasta la primavera meridional, valdrá la pena. Desde luego, si quieres apostar nuestras posibilidades de recobrar casi dos mil millones de dólares en equipo a los resultados de una búsqueda en una franja de mil quinientos kilómetros de anchura y más de doscientos mil de longitud...

–Has sido muy convincente –admitió el otro ser humano–, pero aun así me alegra que seas tú y no yo quien está aquí. Desde luego, quizá si conociera mejor a Barlennan...

Ambos se volvieron hacia la diminuta forma de oruga agazapada en la plataforma.

–Barlennan, confío en que perdones mi rudeza al no presentarte a Wade McLellan –dijo Lackland–. Wade, te presento a Barlennan, capitán del Bree y un gran marino en su mundo... Él no me lo ha dicho, pero su presencia aquí basta para demostrarlo.

–Mucho gusto en conocerte, Volador McLellan –respondió el mesklinita–. No se necesita ninguna disculpa, y me pareció que vuestra conversación también estaba destinada a mis oídos. –Abrió las pinzas en el gesto de saludo–. Yo había apreciado la buena suerte que representa para ambos nuestro encuentro, y sólo espero poder cumplir mi parte del trato tan bien como vosotros cumpliréis la vuestra.

–Hablas nuestro idioma notablemente bien –comentó McLellan–. ¿Hace sólo seis semanas que lo practicas?

–No sé bien cuánto dura vuestra «semana», pero hace menos de tres mil quinientos días que conocí a tu amigo –respondió el capitán–. Soy buen lingüista, desde luego. Es necesario para mi oficio. Y las películas que me mostró Charles me ayudaron mucho.

–Es una suerte que tu voz pueda reproducir todos los sonidos de nuestro idioma. A menudo tenemos problemas en ese sentido.

–Por eso fue preferible que yo aprendiera el vuestro y no vosotros el mío. Muchos sonidos nuestros son demasiado agudos para vuestras cuerdas vocales, según creo. –Barlennan se abstuvo de mencionar que buena parte de su conversación también era demasiado aguda, aunque en otro sentido, para los oídos humanos. Aunque Lackland no lo hubiera notado, el más honesto de los mercaderes lo piensa dos veces antes de revelar todas sus bazas–. Supongo que Charles, no obstante, ha aprendido algo de nuestro idioma al observarnos y escucharnos a través de la radio que hay a bordo del Bree.

–Apenas nada –confesó Lackland–. Por lo poco que he visto, tienes excelentes tripulantes. Realizan muchas actividades regulares sin necesidad de órdenes, y no entiendo nada de las conversaciones que a veces entablas con tus hombres, si no van acompañadas por alguna acción.

–¿Te refieres a mis conversaciones con Dondragmer o Merkoos? Son mi primer y segundo oficial, y con quienes más hablo.

–Espero que no te sientas insultado por esto, pero no logro distinguiros uno de otro. No estoy familiarizado con vuestros rasgos.

Barlennan casi rió.

–En mi caso es aún peor. No estoy seguro de haberte visto sin funda artificial.

–Bien, creo que estamos divagando y que ya hemos utilizado mucha luz del día. Mack, supongo que querrás regresar al cohete, donde el peso no existe y los hombres son globos. Al llegar, asegúrate de que los transmisores y receptores de estos cuatro equipos estén bien juntos, para que uno se registre en el otro. No crea que valga la pena conectarlos eléctricamente; estas gentes los usarán por un tiempo como contacto entre grupos aislados y

los equipos están en diferentes frecuencias. Barlennan, dejé las radios junto a la cámara de presión. Al parecer, lo sensato sería ponerte a ti y las radios encima del tanque, llevar a Mack hasta el cohete y luego conducirte a ti y al equipo hasta el Bree.

Lackland actuó según esta sugerencia, obviamente la más sensata, antes de que nadie pudiera responder, y, el resultado fue que Barlennan casi enloqueció.

La mano enguantada del hombre levantó el cuerpo diminuto del mesklinita. Por un estremecedor instante, Barlennan se sintió y se vio suspendido a gran distancia del suelo; luego fue depositado en la superficie lisa del tanque. Sus pinzas rasparon desesperadamente el terso metal para complementar la reacción instintiva de sus docenas de pies de succión, que se habían adherido a las láminas; sus ojos miraban con horror el vacío que rodeaba el borde del camino, a poca distancia en cada dirección. Tardó varios segundos –tal vez un minuto entero– en recobrar el habla, y entonces su voz era inaudible. Estaba demasiado lejos del receptor de la plataforma para comunicar palabras inteligibles, lo sabía por experiencia; sin embargo, aun en ese extremo de terror recordó que el estridente aullido de miedo que deseaba emitir se oiría con nítida claridad en el Bree, pues allá había otra radio.

Y en tal caso, el Bree tendría un nuevo capitán. El respeto por su valor era lo único que había conducido a aquella tripulación a las borrascosas regiones del Borde. Sin valor, perdería tripulación, barco y, en la practica, vida. Los cobardes no se toleraban en ninguna nave oceánica y en ningún puesto; y, aunque sus tierras estaban en la misma masa continental, la idea de recorrer sesenta mil kilómetros de línea costera a pie era descabellada.

Estos pensamientos no cruzaron la mente de Barlennan de forma explícita, pero su conocimiento instintivo de los hechos le hizo permanecer en silencio mientras Lackland recogía las radios y entraba con McLellan en el tanque. El metal tembló ligeramente cuando cerraron la portezuela, y un instante después el vehículo se puso en marcha. Algo extraño le ocurrió entonces al pasajero no humano.

El miedo podría haberle hecho enloquecer. Pero no enloqueció; al menos, no en el sentido convencional. Continuó razonando con la lucidez de siempre, y ninguno de sus amigos habría detectado un cambio de personalidad. Alguien que conociera a los mesklinitas mejor que Lackland habría sospechado que el capitán estaba un poco ebrio; pero incluso esa sensación pasó.

Y también pasó el miedo. A casi seis cuerpos de longitud por encima del suelo, sentía una relativa calma. Se aferraba con fuerza, en efecto, e incluso luego recordaría que era una suerte que el viento continuara amainando, pero el metal liso le permitía adherir con fuerza los pies de succión. Y era asombroso el panorama que disfrutaba –sí, disfrutaba– desde esa posición. Mirar las cosas desde arriba era de gran ayuda; se obtenía un cuadro bastante amplio de un solo vistazo.

Una embriagadora sensación de triunfo lo embargó cuando el tanque se acercó al cohete y se detuvo. El mesklinita saludó alegremente con las pinzas a McLellan, cuando éste salió al resplandor de las luces del tanque, y sintió un exagerado placer cuando el hombre le devolvió el saludo. El tanque viró a la derecha y enfiló hacia la playa donde aguardaba el Bree. Mack, recordando que Barlennan no tenía protección, esperó consideradamente a que estuviera a cierta distancia antes de despegar. El espectáculo de aquella máquina elevándose despacio y sin soporte amenazó por un instante con reavivarle el viejo temor; pero Barlennan combatió tenazmente esa sensación y se obligó a mirar el cohete hasta que éste se perdió de vista en la luz del sol.

Lackland también observaba; pero, cuando desapareció el último destello de metal, no perdió más tiempo y condujo el tanque hacia donde aguardaba el Bree. Se detuvo a cien metros de la nave, aunque a distancia suficiente como para que las pasmadas criaturas de las cubiertas vieran al capitán encaramado en el techo del vehículo.

Un rumor de furia creció en medio de la tripulación cuando la portezuela del tanque se abrió y surgió la figura de Lackland. Su modo de vida, que oscilaba entre la piratería y el comercio, había seleccionado a los más dispuestos para luchar sin titubeos ante la menor

amenaza para cualquiera de ellos; los cobardes habían desistido tiempo atrás, y los individualistas habían muerto. Lo único que salvó la vida de Lackland fue el hábito, el condicionamiento que les impedía dar el brinco de cien metros que aun los más débiles podían efectuar con una mera flexión de los músculos. Reptando como habían hecho toda la vida, bajaron de las balsas como una cascada roja y negra, y se desparramaron por la playa avanzando hacia la máquina alienígena. Lackland los vio venir, pero entendió tan mal sus motivos que ni siquiera se dio prisa cuando tendió la mano hacia el techo, recogió a Barlennan y lo depositó en el suelo. Luego metió los brazos en el vehículo y sacó las radios que había prometido, posándolas en la arena junto al capitán; y para entonces los tripulantes habían comprendido que el capitán estaba vivo y aparentemente ileso. El alud se detuvo confusamente, moviéndose con indecisión entre la nave y el tanque; una cacofonía de voces, que iban desde las más graves hasta las más agudas que la radio podía reproducir, sonó en los altavoces del traje de Lackland. Aunque había hecho lo posible para atribuir significado a algunas de las conversaciones nativas, el hombre no entendió una sola palabra de lo que decían. Quizá fue mejor para su paz de espíritu; había comprendido hacía tiempo que hasta un blindaje capaz de soportar la presión de ocho atmósferas de la superficie de Mesklin significaba poco o riada para las pinzas mesklinitas.

Barlennan detuvo la algarabía con un ronquido que Lackland quizás hubiera oído directamente a través del blindaje, si la reproducción por radio no lo hubiera ensordecido. El capitán sabía muy bien lo que pensaban sus hombres, y no tenía ganas de ver fragmentos escarchados de Lackland esparcidos por la playa.

–¡Calma! –En realidad Barlennan sentía una calidez muy humana ante la reacción protectora de sus tripulantes, pero no era momento para alentarlos–. Muchos de vosotros habéis hecho el ridículo aquí con la falta de peso, de modo que deberíais saber que yo no corría peligro.

–Pero prohibiste…

–Sé que prohibí esos actos, y os dije por qué. Cuando regresemos al peso normal y a una vida decente, no debemos tener hábitos que puedan derivar en actos irreflexivos y peligrosos como ése… –Señaló con la pinza el techo del tanque–. Todos sabéis lo que puede hacer el peso normal; el Volador no lo sabe. Él me puso allí, y visteis cómo me bajó, sin siquiera pensarlo. Viene de un lugar donde prácticamente no hay peso, donde, según creo, podría caer desde una altura de varios cuerpos sin lastimarse. Podéis verlo vosotros mismos: si apreciara normalmente la altura, ¿cómo podría volar?

La mayoría de los presentes había hundido los rechonchos pies en la arena, como tratando de afianzarse mejor durante el discurso. Era dudoso que se tragaran del todo las palabras del capitán, pero al menos habían desistido de sus intenciones iniciales hacia Lackland. Nuevamente iniciaron su charla zumbona, pero parecían más asombrados que enfurecidos. Sólo Dondragmer callaba, un poco alejado de los demás; y el capitán comprendió que su piloto necesitaría una explicación más detallada.

–¿Están preparados los grupos de caza?

La pregunta de Barlennan silenció el parloteo una vez más.

–Aún no hemos comido –respondió Merkoos con inquietud–, pero todo lo demás, redes y armas, está preparado.

–¿La comida está lista?

–Dentro de un día, capitán –respondió Karondrasee, el cocinero, que se volvió hacia el barco sin esperar más órdenes.

–Dondragmer, Merkoos, coged una de estas radios cada uno. Me habéis visto usar la del barco. Sólo tenéis que hablar cerca de ellas. Podéis efectuar un movimiento envolvente realmente eficaz con ellas, pues no será necesaria la proximidad para que los líderes se vean.

»Dondragmer, no sé si os dirigiré desde la nave, como pensé originalmente. He descubierto que es posible abarcar notables distancias desde arriba del vehículo del Volador; si acepta, viajaré con él cerca de la zona de operaciones.

–¡Pero, capitán! –Dondragmer estaba pasmado–. ¿Esa cosa no ahuyentará a todas las presas de la cercanía? Se la oye a cien metros y se la ve a gran distancia. Además…

Se interrumpió, sin saber cómo expresar su principal objeción. Barlennan habló por él:

–Además, nadie podría concentrarse en la cacería si yo estoy a la vista a tal distancia del suelo, ¿verdad? –Las pinzas del piloto dieron un silencioso asentimiento, y los demás tripulantes emularon el gesto.

Por un instante, el capitán sintió la tentación de razonar con ellos, pero comprendió a tiempo la futilidad del intento. No podía recobrar la perspectiva que había compartido con ellos hasta hacía poco tiempo, pero sí comprendía que antes él tampoco habría escuchado lo que ahora le parecía «razonable».

–De acuerdo, Dondragmer, olvidaré esa idea. Quizá tengas razón. Me mantendré en contacto con vosotros por radio, pero permaneceréis fuera de mi vista.

–Pero ¿montarás encima de esa cosa? ¿Qué te ha ocurrido? Ya sé que una caída de pocos metros no significa nada aquí, en el Borde, pero nunca correría el riesgo deliberadamente y no entiendo que otro esté dispuesto a hacerlo. Ni siquiera me imagino encima de esa cosa.

–Hace poco tiempo estabas a un cuerpo de altura en un mástil, si no recuerdo mal –replicó Barlennan, secamente–. ¿O fue a otro a quien vi revisando los aparejos sin bajar el travesaño?

–Eso era distinto… Yo tenía un extremo sobre cubierta –respondió, incómodo, Dondragmer.

–Pero tu cabeza tenía bastante espacio para una caída. He visto que otros también hacían lo mismo. Recordaréis que dije algo al respecto cuando nos internamos en esta región.

–Sí, en efecto. ¿Esas órdenes aún tienen vigencia, considerando...?

El piloto calló de nuevo, pero lo que quería decir era aún más manifiesto que antes. Barlennan reflexionó.

–Olvidaremos la orden –dijo despacio–. Las razones por las cuales dije que esos actos resultaban peligrosos eran sensatas, pero si alguno de vosotros tiene problemas cuando estemos de vuelta en gravedad normal, la culpa será vuestra. A partir de ahora usad vuestro propio criterio en esos asuntos. Ahora bien, ¿alguien quiere venir conmigo?

Palabras y gestos combinados en un coro de enfáticas negativas, con la voz de Dondragmer apenas alta que las demás. Barlennan hubiera sonreído si hubiera poseído los rasgos físicos necesarios.

–Preparaos para la cacería... Os estaré escuchando –dijo, cerrando las deliberaciones.

La tripulación regresó obedientemente al Bree, y el capitán se volvió para presentar a Lackland una versión convenientemente censurada de la conversación. Estaba un poco preocupado, pues la conversación le había sugerido varias ideas nuevas; pero podría elaborarlas cuando tuviera más tiempo. Ahora sólo quería dar otro paseo en el techo del tanque.

4 - COLAPSO

La bahía en cuya costa sur estaba encallado el Bree era un pequeño estuario de unos treinta kilómetros de largo y tres de ancho en la desembocadura. Se abría desde la costa sur de un golfo más grande, de forma similar y cuatrocientos kilómetros de largo, que a la vez era una ramificación de un ancho mar que se extendía hacia el hemisferio boreal, fundiéndose con el casquete polar permanentemente congelado. Las tres masas líquidas se extendían hacia el este y el oeste, y las más pequeñas estaban separadas de las más grandes, en el norte, por penínsulas relativamente angostas. La posición de la nave era mejor de lo que Barlennan había creído, pues las penínsulas la resguardaban de las tormentas del norte. Veinticinco kilómetros al oeste, sin embargo, desaparecía la protección de los cabos más próximos; Barlennan y Lackland podían apreciar lo que incluso esa franja angosta les había ocultado. El capitán estaba nuevamente encaramado en el tanque, esta vez con una radio al lado.

A la derecha se extendía el mar hasta el lejano horizonte, más allá del cabo que custodiaba la bahía. Detrás tenían una playa similar a aquella donde yacía la nave: un declive de arena suave tachonada con esa vegetación negra de ramas nudosas que cubría buena parte de Mesklin. Delante, la vegetación escaseaba. Aquí el declive era aún más suave y la franja de arena se ensanchaba. No estaba totalmente desnuda, aunque tampoco había plantas de raíces profundas, sino oscuros e inmóviles vestigios de la tormenta reciente que cubrían esa extensión erosionada por el oleaje.

Se distinguían vastas y enmarañadas masas de algas, o de plantas que habrían podido recibir ese nombre sin necesidad de realizar un gran esfuerzo imaginativo, así como cuerpos de animales marinos, algunos de los cuales eran aún más vastos. Lackland estaba un poco sorprendido, no por el tamaño de las criaturas, pues supuestamente recibían soporte vital del líquido donde flotaban, sino por la distancia a que se encontraban de la costa. Una mole monstruosa yacía desparramada un kilómetro tierra adentro; el terrícola comenzó a comprender de qué eran capaces los vientos de Mesklin, aun en esa gravedad.

–Barlennan, ¿qué le ocurriría a tu nave si esas olas la alcanzaran?

–Eso depende del tipo de ola y de nuestra posición. En mar abierto, cabalgaríamos sobre ellas sin problemas; con el Bree encallado, no quedaría nada. Ignoraba la altura que podían alcanzar las olas tan cerca del Borde; claro que..., ahora que lo pienso, tal vez incluso las más altas sean relativamente inofensivas, dada la falta de peso.

–Me temo que no es sólo el peso lo que cuenta. Tal vez tu primera impresión era la acertada.

–Eso pensaba cuando me refugié detrás de aquel cabo para pasar el invierno. Admito que no tenía ni idea del tamaño que las olas podían alcanzar en esta región. No es sorprendente que los exploradores desaparezcan con cierta frecuencia en estas latitudes.

–Y eso no es lo peor. Aquel segundo cabo, que es bastante montañoso por lo que recuerdo de las fotos, protege toda esta franja.

–¿Segundo cabo? No conocía su existencia. ¿Quieres decir que lo que se ve más allá de aquella península no es más que otra bahía?

–Correcto. Olvidé que habitualmente navegáis con tierra a la vista. Bordeaste la costa desde el oeste para llegar hasta aquí, ¿verdad?

–Sí. Estos mares son casi totalmente desconocidos. Esta línea costera se extiende cinco mil kilómetros en dirección hacia el oeste, como ya debes saber..., ahora empiezo a apreciar lo que significa mirar las cosas desde arriba..., y luego se curva gradualmente hacia el sur. No es demasiado regular; hay un sitio desde donde puedes dirigirte hacia el este durante tres mil kilómetros, pero supongo que la distancia en línea recta que te llevaría al punto opuesto a mi puerto de origen está veinticinco mil kilómetros al sur..., un buen trecho por la costa, por cierto. Luego, dos mil kilómetros por mar abierto hacia el oeste me llevarían a casa. Allí, las aguas son bien conocidas, y cualquier marino puede surcarlas sin más riesgos que los habituales.

Mientras hablaban, el tanque se alejaba del mar en dirección a la monstruosa mole arrojada por la reciente tormenta. Lackland deseaba examinarla con detalle, pues hasta ahora no había visto casi nada de la fauna mesklinita. Barlennan también estaba dispuesto. Había visto muchos de los monstruos que pululaban por los mares donde había navegado toda la vida, pero no recordaba esa criatura.

La forma no resultó muy sorprendente para ninguno de los dos. Podría haber sido una ballena muy aerodinámica o una rechoncha serpiente marina. El terrícola recordó el zeuglodonte que había surcado los mares de su mundo natal hacía treinta millones de años. Sin embargo, ninguna de las criaturas que habían vivido en la Tierra y dejado fósiles para que los hombres los estudiaran había alcanzado el tamaño de esa cosa. Cubría doscientos metros de aquel suelo arenoso. Aparentemente, en vida el cuerpo había sido cilíndrico y de más de veinte metros de diámetro. Ahora, privado del soporte líquido donde había vivido, parecía una figura de cera abandonada largo, tiempo bajo el ardiente sol.

–¿Qué haces cuando te topas con una cosa semejante en alta mar? –le preguntó a Barlennan.

–Ni idea –replicó el mesklinita–. Rara vez me he encontrado con una criatura así. Habitualmente se quedan en los mares profundos y permanentes; sólo una vez vi una en la superficie, y unas cuatro encalladas como ésta. No sé qué comen, pero al parecer lo encuentran muy por debajo de la superficie. Nunca oí hablar de que atacaran una nave.

–Quizá nunca lo oigas –señaló Lackland–, Me cuesta imaginar supervivientes en una situación así. Si esta cosa se alimenta como algunas ballenas de mi mundo, engulliría una de tus naves sin darse cuenta. –Puso en marcha el tanque y lo condujo hacia lo que parecía la cabeza del enorme cuerpo–. Echemos un vistazo a la boca para averiguarlo.

La criatura tenía boca y una especie de cráneo pero éste se encontraba aplastado bajo su propio peso. Los restos, sin embargo, bastaban para corregir las conjeturas de Lackland en cuanto a sus hábitos alimenticios: con aquellos dientes, sólo podía ser carnívora. Al principio, el hombre no los reconoció como dientes; solo el hecho de que estuvieran situados en un lugar donde no podían ser costillas le reveló la verdad.

–Estás a salvo, Barlennan –dijo al fin–. A esta criatura no se le ocurriría atacarte. Una nave como la tuya no merecería el esfuerzo, por lo que a su apetito concierne. Dudo que le interesara nada que fuera inferior a cien veces el tamaño del Bree.

–Debe de haber mucha carne nadando en los mares profundos –repuso reflexivamente el mesklinita–, pero no creo que le sirva de mucho a nadie.

–Así es. Por cierto, ¿qué quisiste decir al hablar de mares permanentes? ¿Qué otros mares hay?

–Me refería a las zonas que ya son océano antes del comienzo de las tormentas invernales. El nivel del mar sube a principios de primavera, al final de las tormentas, que han llenado los lechos oceánicos durante el invierno. El resto del año, éstos bajan de nuevo de nivel. Aquí, en el Borde, donde las líneas costeras son tan abruptas, no hay mucha diferencia; pero en los lugares donde el peso es normal, la línea costera puede oscilar de trescientos a tres mil kilómetros entre primavera y otoño.

Lackland soltó un silbido.

–Barl, voy a salir de esta caja de hojalata. Estoy deseando tomar muestras de tejido de una criatura de Mesklin desde que descubrimos que existían, pero no podía arrancártela a ti. ¿La carne de esta criatura habrá cambiado mucho desde que murió? Supongo que tendrás una idea.

–Aún sería comestible para nosotros, aunque, por lo que me has dicho, tú no podrías digerirla. La carne se vuelve venenosa al cabo de varios cientos de días, a menos que la seques o la conserves de otra manera, y durante ese tiempo el sabor cambia gradualmente. Si quieres, tomaré una muestra.

Sin esperar respuesta ni mirar a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus tripulantes hubiera ido en esa dirección, Barlennan se lanzó desde el techo del tanque hacia la vasta mole. Calculó mal y sobrevoló el enorme cuerpo; por un instante, sintió un retortijón de pánico, pero logró dominarse antes de aterrizar al otro lado. Saltó de nuevo, calculando mejor esta vez, y aguardó mientras Lackland abría la portezuela del vehículo para salir. El tanque no tenía cámara de presión; el hombre, que seguía llevando puesta la escafandra, había permitido la entrada de la atmósfera mesklinita en el tanque después de ajustarse el casco. Un tenue remolino de cristales blancos lo siguió afuera: hielo y bióxido de carbono, producidos por el aire terrestre del interior al congelarse en la cruda temperatura de Mesklin. Barlennan no tenía sentido del olfato, pero sintió una quemazón en los poros respiratorios cuando lo alcanzó una vaharada de oxígeno que le hizo dar un salto atrás. Lackland comprendió por qué y pidió disculpas por no haberle advertido.

–No pasa nada –respondió el capitán–. Tendría que haberlo previsto. Tuve la misma sensación una vez, cuando saliste de la Colina donde vives, y ya me habías dicho que el

Librodot

oxígeno que respiráis es diferente de nuestro hidrógeno... ¿Recuerdas? Cuando estaba aprendiendo tu idioma.

–Supongo que sí. De todas formas, no puedo esperar que una persona que está habituada a otro mundo y otra atmósfera lo tenga presente todo el tiempo. Fue culpa mía. Se diría que no has sufrido daño alguno; sin embargo, mis escasos conocimientos de la química biológica de Mesklin no me permitían saber qué efecto tendría. Por eso quiero muestras de la carne de esta criatura.

Lackland llevaba varios utensilios en un morral del exterior de la escafandra; mientras buscaba algunos con los guanteletes de presión, Barlennan cogió la primera muestra. Cuatro pares de pinzas arrancaron una porción de piel y tejido subcutáneo y se la acercaron a la boca; Barlennan mascó reflexivamente unos instantes.

–No está nada mal –comentó al fin–. Si no necesitas toda esta cosa para tus análisis, sería buena idea llamar a los grupos de caza. Podrían llegar antes de que la tormenta sople de nuevo, y aquí hay más carne de la que obtendrían de otra manera.

–Buena idea –gruñó Lackland.

No prestaba mucha atención a su compañero, pues estaba concentrado en el problema de hundir la punta de un escalpelo en la masa que tenía delante. Ni siquiera la sugerencia de trasladar todo aquel corpachón al laboratorio –el mesklinita tenía sentido del humor– logró distraerlo. Por supuesto, sabía que el tejido viviente de ese planeta tenía que ser muy resistente. Siendo Barlennan y sus gentes tan pequeños, la gravedad polar de Mesklin los habría transformado en pulpa si su carne hubiera sido igual a la de un terrícola. Así pues, esperaba encontrar ciertas dificultades para atravesar la piel del monstruo con el instrumento; pero confiaba en que después no tendría más problemas en ese sentido. Ahora descubría su error; la carne parecía tener la consistencia de la teca. El escalpelo era de una aleación durísima capaz de penetrar cualquier cosa, pero no pudo insertarlo en aquella masa y tuvo que resignarse a raspar. Obtuvo unos jirones que guardó en un frasco.

–¿Habrá alguna parte más blanda? –preguntó al curioso mesklinita–. Necesitaría herramientas de más envergadura para obtener una muestra que satisfaga a los chicos de Toorey.

–Algunas partes del interior de la boca podrían ser más accesibles –replicó Barlennan–. Sin embargo, será mejor que yo arranque unos fragmentos, si me indicas los tamaños y las partes que deseas. ¿Es posible, o tus procedimientos científicos exigen que las muestras se extraigan con instrumentos metálicos por alguna razón?

–Que yo sepa, no. Muchas gracias. Si a los chicos de biología no les gusta, pueden venir ellos mismos a tomar muestras –respondió Lackland–. Adelante. Sigamos también tu otra sugerencia, para obtener una parte de la boca; no estoy seguro de haber atravesado toda la piel aquí. –Rodeó penosamente la cabeza del coloso encallado hasta llegar a un punto donde los labios desfigurados por la gravedad dejaban al descubierto dientes, encías y algo que parecía una lengua–. Arranca sólo trozos que se puedan meter en estos frascos sin aplastarlos.

El terrícola hizo otro intento con el escalpelo y comprobó que la lengua era menos dura. Mientras tanto, Barlennan recortaba fragmentos del tamaño deseado; en ocasiones se llevaba un trozo a la boca –no tenía mucha hambre, pero era carne fresca–, pero aun así pronto llenaron los frascos.

Lackland se enderezó, guardando el último frasco, y echó una mirada codiciosa a los dientes que parecían columnas.

–Supongo que necesitaríamos gelatina explosiva para arrancarlos.

–¿Qué es eso? –preguntó Barlennan.

–Un explosivo es una sustancia que se transforma repentinamente en gas, produciendo gran estruendo e impacto. Lo usamos para cavar, para eliminar edificios o paisajes indeseables, y a veces para luchar.

–¿Ese ruido lo ha producido un explosivo? –preguntó Barlennan.

Lackland se quedó en silencio. Un fragor de considerable intensidad, en un planeta cuyos nativos desconocen los explosivos y donde no hay ningún otro miembro de la raza humana, puede resultar desconcertante, sobre todo si ocurre en un momento tan oportuno; Lackland estaba más que alarmado. No podía calcular con precisión ni la distancia ni la magnitud de la explosión, pues la había oído por la radio de Barlennan y por sus propios discos de sonido al mismo tiempo, pero tuvo una clara sospecha.

–Eso parece –dijo, dando una tardía respuesta a la pregunta del mesklinita, mientras rodeaba la cabeza del monstruo marino muerto para regresar al tanque. Tenía miedo de lo que encontraría.

Barlennan, con más curiosidad que nunca, lo siguió reptando, su modo más natural de desplazarse.

Lackland sintió un abrumador alivio al ver el tanque, pero se alarmó al llegar a la portezuela.

El suelo había quedado convertido en delgadas serpentinas de metal, algunas de las cuales se hallaban pegadas a la base de las paredes, y otras, enmarañadas entre los controles y otros elementos del interior. El motor, que estaba debajo del suelo, había quedado casi totalmente al descubierto, y un vistazo bastó para que el consternado terrícola comprendiera que se había estropeado sin remedio. Barlennan estaba muy interesado en el fenómeno.

–Deduzco que llevabas algún explosivo en tu tanque –observó–. ¿Por qué no lo utilizaste para obtener el material que necesitabas de este animal? ¿Y por qué estalló?

–Tienes una gran habilidad para hacer preguntas difíciles –repuso Lackland–. La respuesta a la primera pregunta es que no llevaba ninguno; en cuanto a la segunda, se tanto como tú.

–Pero, debe de haber sido algo que llevabas –señaló Barlennan–. Incluso yo puedo ver que algo intentaba salir de debajo del tanque, y en Mesklin no tenemos cosas que actúen así.

–Admitiendo tu lógica, no había nada debajo de ese suelo que a mi juicio pudiera estallar –replicó el hombre–. Los motores eléctricos y sus acumuladores no son explosivos. Un examen atento sin duda revelará rastros de lo que era, si es que estaba en algún contenedor, pues ningún fragmento parece haber salido fuera del tanque..., pero antes debo resolver un problema más grave, Barlennan.

–¿Cuál?

–Estoy a veinticinco kilómetros de mis provisiones, salvo los alimentos que llevo en la escafandra. El tanque ha quedado destrozado, y, si alguna vez hubo un terrícola que pudiera caminar veinticinco kilómetros dentro de una escafandra térmica de ocho atmósferas bajo tres gravedades, desde luego ése no soy yo. Mi aire durará indefinidamente con estas agallas artificiales y con suficiente luz solar, pero me moriré de hambre antes de llegar a la estación.

–¿No puedes llamar a tus amigos de la estación lunar para que envíen un cohete?

–Podría. Quizás ya lo sepan, si hay alguien en la sala de radio oyendo esta conversación. El problema es que, si necesito ayuda, el doctor Rosten me ordenará regresar a Toorey durante el invierno, y ya me costó bastante convencerlo de que me diera autorización para quedarme. Tendrá que enterarse del percance, pero quiero contárselo desde la estación... después de llegar allá sin su ayuda. Ahora bien, aquí no hay energía suficiente para permitirme regresar; y aunque pudiera meter más alimentos en los contenedores de esta escafandra sin dejar entrar vuestro aire, tú no podrías entrar en la estación para sacar las provisiones.

–De cualquier modo, llamemos a mis tripulantes –declaró Barlennan–. Esta comida les vendrá bien. Además, tengo otra idea.

–Allá vamos, capitán –dijo por radio la voz de Dondragmer, sobresaltando a Lackland, quien había olvidado el acuerdo de dejar que cada radio oyera a las demás, y sobresaltando al capitán, quien no había notado que su piloto había aprendido tanto inglés–. Estaremos con vosotros dentro de pocos días; al salir, seguimos la misma dirección que la máquina del Volador.

–Veo que vosotros no pasaréis hambre durante un tiempo –dijo el hombre, mirando hoscamente la montaña de carne–. Pero ¿cuál es tu otra idea? ¿Solucionará mi problema?

Librodot

–Un poco, creo. –El mesklinita habría sonreído de haber tenido una boca flexible–. ¿Quieres plantarte sobre mí?

Lackland se quedó tieso de asombro ante tal requerimiento; a fin de cuentas, Barlennan tenía el aspecto de una oruga, y cuando un hombre pisa una oruga... Luego se relajó y sonrió.

–De acuerdo, Barlennan, por un momento había olvidado las circunstancias.

El mesklinita se había apoyado en todos sus pies durante la pausa; y, sin mas dilación, Lackland se dispuso a hacer lo que le pedía. Sin embargo, se presentó una dificultad.

Lackland tenía una masa de aproximadamente setenta kilos, y su escafandra, un milagro de la ingeniería, pesaba otro tanto. En el ecuador de Mesklin, pues, el hombre y la escafandra pesaban más o menos cuatrocientos cincuenta kilos (Lackland no habría podido dar un paso sin el ingenioso servomecanismo de las piernas), y ese peso era sólo poco más de la cuarta parte del de Barlennan en las regiones polares de su planeta. El mesklinita no tenía dificultades para acarrearlo; el problema radicaba en la mera geometría. Barlennan era un cilindro de casi medio metro de longitud y cinco centímetros de diámetro; por consiguiente, mantenerse en equilibrio encima de él era una imposibilidad física para el terrícola con escafandra.

El mesklinita quedó perplejo; esta vez fue a Lackland a quien se le ocurrió una solución. Algunas láminas laterales de la parte inferior del tanque se habían aflojado con la explosión; siguiendo las instrucciones de Lackland, Barlennan, con considerable esfuerzo, consiguió desprender una. Tenía más de medio metro de ancho y dos de largo; con tal extremo curvado ligeramente por las poderosas pinzas del nativo, se convertía en un admirable trineo. Sin embargo, no habían pensado que Barlennan pesaba un kilo y medio en esta parte del planeta. Por lo tanto, no tenía la tracción necesaria para remolcar el vehículo, y las plantas que habrían servido de anclas se encontraban a medio kilómetro.

5 - TRAZANDO MAPAS

La llegada de la tripulación, días después, solucionó el problema de Lackland.

La mera cantidad de nativos era de escasa ayuda, pues ni siquiera veintiún mesklinitas tenían la tracción suficiente para remolcar el trineo cargado. Barlennan pensó en acarrearlo colocando un tripulante bajo cada esquina, e hizo lo posible para superar el condicionamiento mesklinita que les impedía ponerse bajo un objeto masivo. Sin embargo, cuando al fin lo consiguió, el esfuerzo resultó inútil; la lámina de metal no tenía el grosor suficiente y se abolló.

Entretanto, Dondragmer se había dedicado, sin hacer comentarios, a desenrollar y unir los cabos que normalmente se utilizaban con las redes de caza. Colocados en fila, tenían la longitud suficiente para llegar a las plantas más próximas; las raíces de dichas plantas, que normalmente resistían los peores vendavales de Mesklin, brindaban el soporte necesario. Cuatro días después, una caravana de trineos construidos con las láminas del tanque emprendió el regreso hacia el Bree, con Lackland y un inmenso cargamento de carne; a una velocidad de un kilómetro por hora, llegó a la nave en sesenta y un días. Dos días más de faena, con la ayuda de otros tripulantes, bastaron para trasladar a Lackland y su escafandra a través de la vegetación que crecía entre la nave y el domo, y dejarlo a salvo en la cámara de presión. Habían llegado justo a tiempo; el viento comenzaba a arreciar –hasta tal extremo que los tripulantes tuvieron que utilizar cables para regresar de hasta el Bree– y las nubes se arremolinaban nuevamente en el cielo.

Lackland comió antes de dignarse a redactar un informe oficial sobre el episodio del tanque, lamentaba no poder presentar un informe más completo, no saber que le había ocurrido al vehículo. Sería muy difícil acusar a alguien de Toorey por haber dejado inadvertidamente un fragmento de gelinita bajo el suelo del vehículo.

Había apretado el botón para llamar al equipo de la estación lunar cuando de pronto halló la respuesta.

Cuando el arrugado rostro del doctor Rosten apareció en la pantalla, Lackland ya sabía qué decir.

–Doc, hubo un problema con el tanque.

–Eso tengo entendido. ¿Fue un fallo eléctrico o mecánico? En cualquier caso, espero que nada serio.

–Básicamente mecánico, aunque el sistema eléctrico tuvo algo que ver. Me temo que ha quedado totalmente inutilizado; los restos están abandonados veinticinco kilómetros al geste, cerca de la playa.

–Magnífico. Este planeta nos está costando un dineral. ¿Qué ocurrió y cómo regresaste? No creo que hayas podido caminar veinticinco kilómetros con escafandra bajo esa gravedad.

–No tuve que hacerlo. Barlennan y sus tripulantes me remolcaron. En cuanto al tanque, deduzco que la partición del suelo, entre la cabina y el motor, no era hermética. Cuando salí para realizar una investigación, la atmósfera de Mesklin, hidrógeno de alta presión, se filtró y se mezclo con el aire de debajo del suelo. Lo mismo ocurrió en la cabina, desde luego, pero prácticamente todo el oxígeno salió por la portezuela y se diluyó sin peligro. Debajo del piso..., bueno, se produjo una chispa y el oxígeno estalló.

–Entiendo. ¿Qué causó la chispa? ¿Tenías motores en marcha cuando saliste?

–Sin duda. Los servos de guía, los dinamotores y demás. Y me alegra que fuera así, de lo contrario habría estallado al regresar yo al tanque y encender los motores.

–Humm –el director de la fuerza de Rescate parecía enfurruñado–, ¿Tenías que salir necesariamente?

Lackland agradeció a su estrella que Rosten fuera bioquímico.

–Supongo que no, quería obtener muestras de tejido de una especie de ballena de doscientos metros abandonada en la playa. Pensé que alguien podría...

–¿Los trajiste? –Interrumpió Rosten.

–Así es. Venga a buscarlos cuando quiera... Por cierto, ¿tiene otro tanque?

–Sí. Te lo entregaré cuando haya terminado el invierno. Creo que hasta entonces estarás más seguro dentro del domo. ¿Con qué preservaste los especímenes?

–Nada especial. Hidrógeno, el aire local. Supuse que cualquiera de nuestros agentes químicos los estropearían desde el punto de vista del análisis. Será mejor que alguien venga pronto; Barlennan dice que la carne se vuelve ponzoñosa al cabo de cien días, así que supongo que contiene microorganismos.

–Sería raro que no los tuviera. Espérame; bajaré dentro de un par de horas.

Rosten corto la comunicación sin más comentarios sobre el tanque destruido. Lackland dio las gracias por ello y se acostó, pues no había dormido en casi veinticuatro horas.

Lo despertó la llegada del cohete. Rosten había descendido en persona, cosa nada sorprendente. Sin siquiera quitarse la escafandra, cogió los frascos que Lackland había dejado en la cámara de presión para reducir la probabilidad de contaminación por oxígeno, echó un vistazo a Lackland, reparó en su estado y, bruscamente, le ordenó que se acostara de nuevo.

–Tal vez este material compense la pérdida del tanque –dijo lacónicamente–. Ahora, duerme. Tienes otros problemas que resolver. Ya hablaremos cuando estés en condiciones de recordar lo que te diga. Te veré luego –añadió, antes de cerrar la puerta de la cámara de presión.

Lackland, en efecto, había olvidado los comentarios de despedida de Rosten, pero éste se los recordó horas más tarde, cuando Lackland hubo dormido y comido una vez más.

–Este invierno, durante el cual Barlennan no podrá viajar, durará sólo otros tres meses y medio –comenzó Rosten sin preámbulos–. Aquí tenemos varias resmas de telefotos. Tu tarea para el resto del invierno consistirá en reunirte con tu amigo Barlennan, transformar estas

fotos en un mapa útil y decidir una ruta que lo lleve lo más deprisa posible hasta donde se encuentra el material que deseamos rescatar.

–Pero, Barlennan no tiene prisa por llegar. Para él se trata de un viaje de exploración y comercio, y nosotros somos apenas un incidente. Lo único que pudimos ofrecer le a cambio de su ayuda es una serie de informes meteorológicos, para facilitarle sus tareas normales.

–Lo entiendo. Por eso estás ahí abajo, como recordarás; se supone que tú eres el diplomático. No espero milagros, nadie los espera, aunque confío en que mantengas buenas relaciones con Barlennan. Pero no debes olvidar que se invirtieron dos mil millones de dólares en equipo especial para ese cohete que no pudo salir del polo, y que contiene grabaciones de incalculable valor...

–Lo sé. Haré cuanto esté en mi mano –interrumpió Lackland–, pero es imposible explicar la importancia de todo ello a un nativo. No subestimo la inteligencia de Barlennan, pero no tiene la formación necesaria. Vigile esas pausas en las tormentas invernales, para saber cuándo puede venir Barlennan aquí a estudiar las fotos.

–¿No puedes construir un refugio externo, junto a una ventana, para que él pueda permanecer allí aunque haga mal tiempo?

–Una vez se lo sugerí, pero se niega a abandonar la nave con sus tripulantes en esas circunstancias. Entiendo sus razones.

–Sí, yo también. Bien, haz lo que puedas..., ya sabes a qué me refiero. Ese material nos permitiría descubrir más cosas sobre la gravedad de las que nadie ha descubierto desde Einstein.

Rosten cerró la comunicación, y comenzaron las tareas invernales.

El cohete de investigación había aterrizado por control remoto cerca del polo sur de Mesklin y no logró despegar después de registrar los datos. Había sido localizado gracias a sus transmisores telemétricos. Pero escoger una ruta marítima o terrestre desde las cercanías de los cuarteles de invierno del Bree era otra cuestión. El viaje marítimo no era tan malo; unos setenta mil kilómetros de navegación costera, casi la mitad por aguas ya conocidas por la gente de Barlennan, llevarían al equipo de rescate bastante cerca del aparato. Sin embargo, «bastante cerca» significaba a seis mil kilómetros, y no había grandes ríos cerca de la costa que acortaran significativamente la distancia por tierra.

Había un río, fácilmente navegable para una nave como el Bree, que pasaba a unos setenta kilómetros del lugar deseado; pero desembocaba en un océano que no tenía conexión visible con aquel por donde navegaban Barlennan y su gente. Se trataba de una larga, estrecha e irregular serie de mares que se extendían desde el norte del ecuador, cerca de la estación de Lackland, casi hasta el ecuador del lado opuesto del planeta, pasando cerca del polo sur en el camino. «Cerca» según las pautas de Mesklin. El otro mar, donde desembocaba el río situado cerca del cohete, era más ancho y más regular, la desembocadura estaba en su punto más meridional, y también se extendía hasta y allende el ecuador, fundiéndose con el casquete polar boreal. Se hallaba situado al este de la primera cadena de mares y parecía separada de estos por un estrecho istmo que iba del polo al ecuador «estrecho» una vez más según las normas de Mesklin. Al estudiar las fotografías Lackland dedujo que el istmo tenía una anchura que oscilaba entre los tres y los diez mil kilómetros.

–Podríamos avanzar por un pasaje que fuera desde uno de estos mares hasta el otro, Barlennan –señaló un día. El Mesklinita tendido cómodamente en el antepecho de la ventana hizo un gesto de asentimiento. Ya había pasado la mitad del invierno, y el sol, de mayor tamaño, se iba volviendo más pálido a medida que trazaba un arco en su rápida trayectoria hacia el norte– ¿Estás seguro de que tu gente no conoce ninguno? A fin de cuentas, la mayoría de estas fotos se tomaron en otoño, y tú dices que el nivel del mar es mucho más alto en primavera.

–No conocemos ninguno, en ninguna estación –replicó el capitán–. Sabemos algo, pero no mucho, sobre el océano de que hablas; hay demasiadas naciones en la tierra intermedia para

que exista mucho contacto. Una caravana tardaría dos años en efectuar el viaje, y, en general, no recorren tanta distancia. Las mercancías pasan por muchas manos en ese trayecto, y resulta difícil averiguar algo sobre su origen cuando nuestros mercaderes las ven en los puertos occidentales del istmo. Si existe ese pasaje, ha de estar cerca del Borde, donde las tierras permanecen casi totalmente inexploradas. El mapa que tú y yo estamos trazando aún no es muy amplio. En todo caso, no existe ese pasaje al sur durante el otoño; recuerda que recorrí toda la línea costera tal como era entonces. Sin embargo, quizás esta misma costa llegue hasta el otro mar; la hemos seguido hacia el este durante varios miles de kilómetros, y no sabemos hasta dónde llega.

–Por lo que recuerdo, se curva nuevamente hacia el norte tres mil kilómetros después del cabo exterior, Barl, pero desde luego eso fue también en otoño, cuando yo lo ví. Será muy engorroso trazar un mapa útil de tu mundo, cambia demasiado. Estaría tentado de esperar hasta el otoño próximo así al menos podríamos utilizar los mapas que llevamos, pero eso representa cuatro de mis años, no puedo quedarme tanto tiempo.

–Podrías regresar a tu mundo y descansar hasta el momento oportuno..., aunque lamentaría que te fueras.

–Me temo que sería un largo viaje, Barlennan.

–¿Cuánta distancia?

–Bien, tus unidades de distancia no nos sirven de ayuda. Veamos, un rayo de luz podría recorrer el borde de Mesklin en cuatro quintos de segundo. –Indicó este intervalo de tiempo con el reloj de pulsera, mientras el nativo miraba con interés–. El mismo rayo tardaría más de once de mis años, lo cual significa más de un par de tus años para llegar de aquí a mi casa.

–Entonces, ¿tu mundo está demasiado lejos para verlo? Nunca me explicaste estas cosas.

–No sabía si habíamos resuelto bien el problema idiomático. No, mi mundo no se ve, pero te mostraré mi sol cuando haya terminado el invierno y estemos en el lado apropiado del tuyo.

Barlennan no entendió esta última frase, pero no insistió. Los únicos soles que conocía eran el brillante Belne, cuyas idas y venidas daban cuenta del día y la noche, y el mas tenue Esstes, que en ese momento era visible en el cielo nocturno. En poco menos de medio año, en el solsticio, los dos estarían juntos en el cielo, y el más tenue sería difícil de ver; pero Barlennan nunca había reflexionado sobre esos movimientos.

Lackland había soltado la fotografía y parecía sumido en sus pensamientos. Casi todo el suelo de la habitación estaba cubierto de fotos que encajaban hasta cierto punto; la región que Barlennan conocía más ya estaba bastante bien cartografiada. Sin embargo, aún faltaba mucho para incluir la zona donde se hallaba el puesto terrícola; y el hombre estaba irritado porque no lograba ensamblar las fotografías. Si hubieran sido de un mundo esférico o cuasiesférico, como la Tierra o Marte, habría aplicado la corrección de proyección apropiada de forma casi automática sobre el mapa más pequeño que estaba trazando, y que cubría una mesa en un extremo de la habitación; pero Mesklin no era ni remotamente esférico. Como Lackland había reconocido tiempo atrás, las proporciones del Cuenco que estaba a bordo del Bree –el equivalente de Barlennan de un globo terráqueo– eran bastante atinadas. Tenía quince centímetros de diámetro y tres de profundidad, y la curvatura era suave, pero no uniforme.

Para complicar la dificultad de ensamblar las fotografías, buena parte de la superficie planetaria era relativamente lisa, sin rasgos topográficos muy distintivos; e incluso donde existían montañas y valles, el sombreado de las fotografías colindantes dificultaba la tarea de comparación. El sol más brillante del sistema recorría el espacio entre un horizonte y otro en menos de nueve minutos, lo cual invalidaba los procedimientos fotográficos normales; las fotos sucesivas de la misma serie, a menudo estaban iluminadas desde direcciones casi opuestas.

–Con esto no iremos a ninguna parte, Barl –rezongó Lackland–. Valía la pena intentarlo si había atajos, pero dices que no hay ninguno. Tú eres marino, no jefe de caravanas; seis mil kilómetros por tierra, precisamente donde la gravedad es mayor, nos cerrarán el paso.

–¿Los conocimientos que te permiten volar no pueden alterar el peso?

–No. –Lackland sonrió–. Los instrumentos que hay en ese cohete varado en tu polo sur contienen datos que, con el tiempo, nos enseñarán algo sobre eso. Por esa razón enviamos el cohete, Barlennan, los polos de tu mundo tienen la gravedad de superficie más tremenda de cualquier lugar del universo accesible para nosotros. Hay otros mundos con una masa mayor que la del tuyo, y se encuentran más cerca del nuestro, pero no giran como lo hace Mesklin; son casi esféricos. Queríamos mediciones de ese tremendo campo gravitatorio, toda clase de mediciones. El valor de los instrumentos que se diseñaron y se enviaron en ese cohete no se puede expresar en cifras que ambos conozcamos; cuando el cohete no respondió a la señal de despegue, los gobiernos de diez planetas pusieron el grito en el cielo. Necesitarnos esos datos, y debernos conseguirlos aunque tengamos que cavar un canal para conducir al Bree hasta el otro océano.

–Pero ¿qué clase de artilugios hay a bordo de ese cohete? –preguntó Barlennan.

Casi enseguida se arrepintió de la pregunta; esa curiosidad específica podía llamar la atención del Volador, e inducirlo a recelar de las intenciones del capitán. Sin embargo, Lackland tomó la pregunta como algo natural.

–Me temo que no puedo explicártelo, Barl. Simplemente, careces de los conocimientos necesarios para que palabras como «electrón», «neutrino», «magnetismo» y «cuántico» signifiquen algo para ti. El mecanismo impulsor del cohete quizá te resulte más comprensible, aunque lo dudo.

A pesar de la aparente falta de recelo de Lackland, Barlennan cambió de tema.

–¿No convendría buscar las fotos que muestren las regiones costeras e interiores situadas al este de aquí? –preguntó.

–Supongo que aún hay probabilidades de que encajen –repuso Lackland–. No pretendo haber memorizado toda la zona. Quizás bastante cerca del casquete polar... ¿Cuánto frío puede resistir tu gente?

–Estamos incómodos cuando el mar se congela, pero podemos resistirlo... si el frío no recrudece en exceso. ¿Por qué.

–Es posible que tengáis que acercaros al casquete polar boreal. Ya veremos. –El Volador echó un vistazo a la pila de placas, cuya altura superaba la longitud de Barlennan, y al final extrajo un fajo delgado–. Una de éstas... –Calló unos segundos–. Aquí está. Esta fue tomada desde el borde interior del anillo, Barlennan, a mil kilómetros de altura, con un teleobjetivo de pequeño angular. Puedes ver la línea costera principal y la gran bahía, y aquí, en el lado sur de la gran bahía, la bahía pequeña donde está encallado el Bree. Se tomó antes de la construcción de la estación..., aunque de todos modos no se vería. Empecemos a ensamblarlas de nuevo. La que va al este es...

Lackland se quedó de nuevo en silencio, y el mesklinita observó fascinado cómo un mapa legible de las tierras a las que él aún no había llegado cobraba forma ante él. Al principio pareció que sufrirían una decepción, pues la línea costera se curvaba gradualmente hacia el norte, como había supuesto Lackland; incluso, allí quinientos kilómetros al oeste y cuatrocientos o quinientos al norte, el océano parecía terminar, pues la costa se curvaba de nuevo hacia el oeste. Un vasto río desembocaba en ese punto, y Lackland, con la esperanza de que fuera un estrecho que condujera al océano oriental, empezó a ensamblar las fotos que abarcaban los confines superiores del gran río. Pronto desistió de la idea, al descubrir una larga serie de rápidos cuatrocientos kilómetros corriente arriba. Llevando el mosaico de fotos en esa dirección, hallaron una cordillera bastante alta, y el terrícola meneó la cabeza. Barlennan había llegado a entender el significado de ese gesto.

–¡Continúa! –exclamó el capitán–. Hay una cordillera similar en el centro de mi país, que es una península estrecha. Al menos, monta la figura hasta determinar cómo circulan los ríos al otro lado de las montañas.

Lackland siguió la sugerencia sin optimismo: recordaba el continente sudamericano de su propio planeta demasiado bien para suponer una simetría como la que esperaba el mesklinita. La cordillera resultó ser bastante angosta, extendiéndose en dirección este-noroeste por el

Librodot

oeste-sudoeste; para sorpresa del hombre, la multitud de cursos de «agua» del lado opuesto pronto revelaron cierta tendencia a reunirse en un vasto río. Éste circulaba paralelamente a la cordillera, ensanchándose al avanzar, y Lackland se sintió de nuevo esperanzado. Ochocientos kilómetros corriente abajo, el río se convertía en un vasto estuario que se confundía con las «aguas» del océano oriental. Lackland prosiguió febrilmente su tarea, deteniéndose apenas para comer y sin tomarse el descanso que tanto necesitaba en la agobiante gravedad de Mesklin. Muy pronto, el suelo de la habitación estuvo cubierto por un nuevo mapa, un rectángulo que representaba tres mil kilómetros de una línea este-oeste y la mitad de esa distancia en la otra dimensión. La gran bahía y la diminuta caleta donde se encontraba varado el Bree se veían claramente en el extremo occidental del mapa; buena parte del resto estaba ocupada por la superficie plana del mar oriental. En medio se extendía la barrera terrestre.

Era angosta; en el punto más estrecho, setecientos kilómetros al norte del ecuador, media apenas mil doscientos kilómetros de costa a costa, y esa distancia se reducía considerablemente si las mediciones se efectuaban desde los puntos utilizables más altos de los ríos principales. Quizá quinientos kilómetros, parte de ellos sobre una cordillera, eran todo lo que se interponía entre el Bree y una ruta bastante transitable hasta el distante objetivo del terrícola. ¡Quinientos kilómetros! Apenas un paso según las pautas de Mesklin.

Por desgracia, era mucho más que un paso para un marino mesklinita. El Bree aún estaba en el otro océano; Lackland, después de contemplar en silencio el mosaico que le rodeaba, se lo comentó a su pequeño compañero. No esperaba respuesta, o a lo sumo un desganado asentimiento, pues esos datos eran irrefutables. Pero el nativo lo desconcertó.

–Es posible, si tienes más de ese metal sobre el que te trajimos, y la carne necesaria para el camino de regreso –comentó Barlennan.

6 - EL TRINEO

Durante un largo momento, Lackland miró fijamente al marino a través de la ventana, cavilando sobre las intenciones de la criaturilla; luego adoptó una actitud tan cauta como la gravedad le permitía.

–¿Quieres decir que estarías dispuesto a remolcar el Bree por tierra en un trineo, como hiciste conmigo?

–No exactamente. La nave es demasiado pesada, y tendríamos el mismo problema de tracción que tuvimos antes. Lo que tenía en mente era que tú lo remolcaras con otro tanque.

–Entiendo, entiendo. Sería posible, por supuesto, siempre y cuando no nos topáramos con un terreno por donde el tanque no pudiera pasar. Pero ¿tú y tus tripulantes estáis dispuestos a realizar ese viaje? ¿El esfuerzo y la distancia quedarían compensados por lo poco que podemos ofreceros a cambio?

Barlennan extendió las pinzas en una sonrisa.

–Sería mucho mejor de lo que planearnos originalmente. Algunas mercancías viajan desde las costas del océano oriental hasta nuestro país mediante las largas rutas de las caravanas terrestres; cuando llegan a los puertos de nuestro mar, su precio se ha incrementado considerablemente, y un mercader honesto no puede obtener ganancias. En cambio, si les salgo al encuentro, sin duda valdrán la pena para mi. Desde luego, tendrás que prometerme que nos traerás de vuelta a través del istmo.

–Me parece muy razonable, Barl. Estoy seguro de que mi gente aceptará. Pero ¿qué hay del viaje por tierra? Dices que no conoces esos parajes. ¿Tus tripulantes no tendrán miedo de internarse en una comarca desconocida, con altos cerros y, tal vez, con animales más grandes de los que hay en vuestro lado del mundo?

–Ya hemos afrontado otros peligros –declaró el mesklinita–. Yo he podido habituarme a lugares altos, incluido tu tanque. En cuanto a los animales, el Bree está armado con fuego, y

ninguno de los que viven en un medio terrestre puede ser tan grande como ciertas especies que pueblan los océanos.

–Es verdad, Barl. Muy bien. No intentaba desalentarte, sino estar seguro de que habías meditado sobre el asunto antes de embarcarte en el proyecto. Después no habrá modo de echarse atrás.

–Entiendo, pero no temas, Charles. Ahora debo regresar a la nave. Se está nublando de nuevo. Informaré a la tripulación de lo que haremos. Y si llegan a sentir temor, les recordaré que las ganancias de la expedición se repartirán de acuerdo con el rango. Ninguno de mis tripulantes antepondría el miedo a la riqueza.

Cuando Rosten conoció el nuevo plan, observó con sorna que Lackland sabía concebir ideas que le permitieran utilizar un tanque.

–Sin embargo, creo que funcionará –admitió a regañadientes–. ¿Qué trineo construirás para la nave de tu amigo? ¿Qué tamaño dijiste que tenía?

–El Bree tiene unos diez metros de largo por cinco de ancho. Calculo que la altura es de catorce o quince centímetros. Está formado por muchas balsas de un metro de largo y medio de ancho, atadas con cuerdas para permitir que se desplacen con cierta libertad. Y, dadas las circunstancias, entiendo por qué.

–Hum. También yo. Si las olas azotaran los dos extremos de una nave de esa longitud, mientras el centro se encuentra suspendido en el vacío, cerca del polo, se haría pedazos en poco tiempo; así que es mejor construirla en pedazos directamente. ¿Cómo la impulsan?

–Velas. Veinte o treinta de las balsas están provistas de mástiles. Sospecho que en algunas de ellas debe de haber orzas, probablemente retráctiles para poder encallar la nave, pero nunca se lo pregunté a Barlennan. No sé lo avanzado que está el arte de la navegación en este mundo, pero, por el modo despreocupado en que había de cruzar largos tramos de mar abierto, supongo que saben afrontar una ventolera.

–Parece razonable. Bien, construiremos algo de metal liviano aquí en la luna, y te lo enviaremos cuando esté acabado.

–Será mejor que no lo traigáis hasta que termine el invierno. Si lo dejáis tierra adentro, quedará tapado por la nieve; y si lo dejáis en la costa y el nivel del mar sube como espera Barlennan, alguien tendrá que bucear para recuperarlo.

–Pero ¿por qué tarda tanto? Ya ha pasado más de la mitad del invierno, y se han producido muchísimas precipitaciones en las zonas del hemisferio sur que podemos ver.

–¿Por qué me haces esas preguntas? Creía que había meteorólogos en el personal, a menos que hayan perdido el juicio tratando de estudiar este planeta. Ya tengo bastantes preocupaciones. ¿Cuándo recibiré otro tanque?

–Cuando puedas usarlo; es decir, cuando termine el invierno. Y, si lo estropeas, será inútil que pidas otro, porque el más cercano está en la Tierra.

Cuando Barlennan recibió la síntesis de esta conversación en su siguiente visita, cientos de días después, quedó muy satisfecho. Sus tripulantes estaban entusiasmados con el proyecto, sin duda les atraían las posibles ganancias, como él había sugerido, pero además contaban con una buena dosis de ese amor a la aventura que hasta ahora les había llevado a adentrarse tanto por territorios desconocidos.

–Iremos en cuanto terminen las tormentas –le dijo a Lackand– habrá mucha nieve en el terreno y eso nos facilitará el avance cuando crucemos tierras alejadas de las arenas de la playa.

–No creo que suponga una gran diferencia para el tanque –replicó Lackland.

–Pero para nosotros sí –señaló Barlennan–. Admito que no sería peligroso caerse de la cubierta, pero resultaría molesto en medio de una comida. ¿Has decidido cuál será la mejor ruta por tierra?

–Estuve pensando en ello. –El hombre sacó el mapa fruto de sus esfuerzos–. La ruta más corta, la que descubrimos juntos, tiene la desventaja de requerir que te remolque por una cordillera. Sería posible, pero no quiero pensar en el efecto que surtirá en tus tripulantes. No

sé qué altura tendrán esas montañas, pero cualquier altitud es excesiva en este mundo. Elaboré esta ruta que indico con la línea roja. Sigue el curso del río que desemboca en la bahía grande, a este lado del cabo, durante mil quinientos kilómetros..., sin contar los pequeños recodos, que quizá no debamos seguir. Luego va a campo a través durante seiscientos kilómetros y llega a las fuentes de otro río. Tal vez podáis navegar, o quizás yo os remolque..., lo que sea más rápido o más cómodo para vosotros. Lo peor es que durante un buen trecho se circula unos quinientos kilómetros al sur del ecuador... Deberé soportar otra media gravedad o más, pero puedo aguantarlo.

Una vez que acordaron la ruta, Lackland no tenía mucho más que hacer mientras Mesklin seguía por su órbita hacia el siguiente equinoccio. No faltaba mucho, desde luego, como el solsticio de invierno del hemisferio sur se producía casi exactamente cuando este mundo gigantesco estaba cerca de su sol, el movimiento orbital durante otoño e invierno era muy rápido, cada una de estas estaciones tenía una duración de un par de meses terrícolas. La primavera y el verano duraban unos ochocientos treinta días terrícolas, o sea veintiséis meses, habría tiempo de sobra para el viaje.

El ocio obligado de Lackland no se compartía a bordo del Bree, los preparativos para el viaje terrestre eran abundantes y complejos, pues ningún tripulante sabía exactamente con qué se las verían. Quizá tuvieran que subsistir con la corrida que llevaran; quizá, durante el trayecto, encontraran animales suficientes no sólo para alimentarles, sino para proveerles de material de trueque si las pieles y huesos eran apropiados. El viaje podía ser tan seguro como los marineros creían que eran todos los viajes terrestres, o bien presentar peligros a causa del terreno y las criaturas que lo habitaban. Poco podían hacer respecto a lo primero; eso era responsabilidad del Volador. En cuanto a lo segundo, decidieron aprovisionarse de armas adecuadas. Manufacturaron garrotes aún más grandes de los que Hars o Terblannen podían blandir en las latitudes más altas; hallaron algunas plantas que almacenaban cristales de cloro en el tallo, y las incorporaron a los tubos flamígeros. Desde luego, no disponían de armas con proyectiles. Esa idea no se había desarrollado en comarcas cuyos habitantes nunca habían visto un objeto sólido sin soporte, porque caía demasiado rápido para ser visible. Una bala del calibre 50 disparada horizontalmente en el polo de Mesklin, caía treinta metros en sus primeros cien metros de trayectoria. Desde que conocía a Lackland, Barlennan había llegado a entender un poco el concepto de «arrojar», e incluso le había preguntado al Volador si era posible construir armas basadas en ese principio; pero, de momento, había decidido atenerse a armas más familiares. Lackland, por su parte, había pensado en la posibilidad de que, durante el viaje por el istmo, se encontraran con una raza que hubiera desarrollado arcos y flechas. De hecho, no se limitó a pensar en ello, sino que se lo planteó a Rosten y le pidió que el tanque de remolque estuviera equipado con un cañón de 40 milímetros para balas de termita y explosivas. Después de sus protestas habituales, Rosten había aceptado.

El trineo se terminó con presteza; había gran cantidad de metal laminado disponible, y la estructura era sencilla. Siguiendo el consejo de Lackland, no lo llevaron de inmediato a la superficie de Mesklin, pues las tormentas aún depositaban cúmulos de nieve de metano teñidas de amoníaco. El nivel del mar todavía no se había elevado apreciablemente cerca del ecuador, y los meteorólogos al principio hicieron comentarios mordaces sobre la veracidad de Barlennan y su capacidad lingüística; pero a medida que la luz solar se adentraba en el hemisferio austral con la llegada de la primavera, y se obtenían nuevas fotos que se cotejaban con las del otoño anterior, los desconcertados meteorólogos empezaron a deambular por la estación mascullando para sus adentros. El nivel del mar de las latitudes más altas ya había subido varias decenas de metros, tal como había predicho el nativo, y se elevaba a ojos vista con el transcurso de los días. El fenómeno de niveles del mar muy diversos al mismo tiempo y en el mismo planeta era totalmente desconocido para meteorólogos educados en la Tierra, y los científicos no humanos de la expedición tampoco eran capaces de explicar el asunto. Los meteorólogos continuaban devanándose los sesos cuando el arco diurno del sol se Inclino

Librodot

hacia el sur allende el ecuador, y la primavera comenzó oficialmente en el hemisferio austral de Mesklin.

Las tormentas habían disminuido notablemente en frecuencia e intensidad mucho antes de esa época, en parte porque la superficie tan plana del planeta había reducido rápidamente la radiación del casquete polar del norte después del solsticio invernal, y en parte porque la distancia que separaba Mesklin del sol había aumentado más del cincuenta por ciento durante el mismo período. Cuando consultaron a Barlennan, éste se mostró dispuesto a emprender el viaje con la llegada astronómica de la primavera, sin evidenciar alarma ante las tormentas del equinoccio.

Lackland comunicó la predisposición de los nativos a la estación de la luna interior, y de inmediato se inició la operación de transferencia del tanque y el trineo a la superficie. Todo estaba preparado desde hacía semanas.

Se requirieron dos viajes del cohete de carga, pese a que el trineo era liviano, y el impulso desarrollado por los cartuchos de hidrógeno-hierro, muy fuerte. Primero bajaron el trineo; con el propósito de permitir que los tripulantes del Bree cargaran la nave mientras el cohete regresaba en busca del tanque; pero como Lackland les pidió que no aterrizaran cerca de la nave, aquel vehículo de torpe aspecto fue abandonado cerca del domo, donde permaneció hasta que llegó el tanque para remolcarlo hasta la costa. El propio Lackland condujo el tanque, aunque los tripulantes del cohete se quedaron remoloneando para satisfacer su curiosidad y, en caso necesario, ayudarle en la maniobra de carga.

No se necesitó ayuda humana. Los mesklinitas, bajo sólo tres gravedades terrícolas, poseían las aptitudes físicas necesarias para alzar la nave y acarrearla; y el tenaz condicionamiento mental que les impedía colocarse debajo de semejante masa no les impidió remolcarla por la playa con cuerdas, una vez que cada tripulante estuvo agarrado con firmeza a un árbol con uno o dos pares de pinzas traseras. El Bree, con las velas recogidas y las orzas retraídas, se deslizó fácilmente por la arena hasta la reluciente plataforma de metal. Las medidas adoptadas por Barlennan para impedir que el hielo pegara la nave a la playa durante el invierno habían dado resultado; además, en las dos últimas semanas, el nivel del mar había subido como sucediera en el sur. El líquido en avance, que ya les había obligado a desplazar la nave doscientos metros tierra adentro, la habría liberado del hielo de haber sido necesario.

Los constructores del trineo, en la distante Toorey, habían incluido argollas y cornamusas suficientes para que los marineros pudieran sujetar el Bree con firmeza. En opinión de Lackland, el cordaje utilizado por los mesklinitas era muy delgado, pero los nativos demostraban plena confianza en él. Una confianza justificada, recapacitó el terrícola; ese cordaje había sostenido la nave en la playa durante tormentas que el no se habría animado a afrontar con su escafandra. Quizá valiera la pena averiguar si el cordaje y la tela que utilizaban los mesklinitas podían soportar temperaturas terrícolas.

Barlennan interrumpió sus cavilaciones para comunicarle que todo estaba preparado en la nave y el trineo. El segundo ya se encontraba amarrado al tanque mediante el cable de remolque; y el tanque estaba abarrotado de comida suficiente para su conductor. El plan era reaprovisionar a Lackland por cohete cuando fuera necesario, haciéndolo aterrizar a bastante distancia para que la máquina voladora no alborotara a los nativos. Esta operación no se efectuaría a menudo; después del primer accidente, Lackland no tenía intención de abrir el tanque al aire exterior con mayor frecuencia de la necesaria.

–Supongo que estamos preparados para salir, pequeño amigo –le dijo a Barlennan–. No necesitaré dormir durante varias horas, y podernos avanzar un buen trecho en ese tiempo. Ojalá vuestros días tuvieran una duración decente; no me hace gracia conducir por la nieve en la oscuridad. No creo que tus tripulantes pudiesen sacar el tanque de un bache, aunque poseyeran la tracción necesaria.

–Yo también lo dudo, aunque mi capacidad para calcular el peso es muy incierta aquí, en el Borde –replicó el capitán–. De cualquier forma, no creo que el riesgo sea muy grande. La nieve no está muy pegajosa, y no podrá cubrir un bache grande.

–A no ser que el viento la arrastre. Bien, me preocuparé por eso cuando ocurra. ¡Todos a bordo!

Entró en el tanque, cerró la portezuela, expulsó la atmósfera mesklinita y liberó el aire terrícola que habían comprimido en tubos antes de abrir la portezuela. El receptáculo que contenía las algas, cuya función era mantener el aire fresco, centelleó cuando los circuladores empezaron a impulsar las burbujas a través de él. Un pequeño analizador espectrométrico informó que el contenido de hidrógeno era ínfimo; una vez que estuvo seguro de ello, Lackland puso en marcha los motores y se dirigió con el tanque y el trineo hacia el este.

La plana región que rodeaba la caleta cambió gradualmente. En los primeros cuarenta días, antes de que Lackland se detuviera para dormir, recorrieron setenta kilómetros. Estaban en una zona de colinas ondulantes que alcanzaban alturas de cien metros, y no habían sufrido ningún percance. Barlennan comunicó por radio que los tripulantes disfrutaban de la experiencia, y que el inusitado ocio aún no les molestaba. La velocidad del tanque y el remolque era de unos siete kilómetros por hora, es decir, mayor que la velocidad a la que reptaban los mesklinitas; en cuanto a la gravedad –para ellos escasa–, algunos comenzaban a experimentar otros métodos de viaje. Ninguno había saltado aún, pero parecía que Barlennan pronto tendría compañeros que compartirían su recién adquirida indiferencia ante las caídas.

Todavía no habían visto vida animal, pero sí huellas diminutas en la nieve, que aparentemente pertenecían a las criaturas que los tripulantes del Bree habían cazado para alimentarse durante el invierno. La vida vegetal era muy diferente; en algunos lugares, la nieve estaba casi oculta por una vegetación herbácea que afloraba a través de ella, y en una ocasión la tripulación quedó embelesada al ver un espécimen que a Lackland le pareció un árbol achaparrado. Los mesklinitas nunca habían visto algo que creciera a semejante altura del suelo.

Mientras Lackland dormía como podía en su sofocante habitáculo, la tripulación se desperdigaba por el terreno circundante. En parte, buscaban comida fresca, pero ante todo les interesaban los alimentos para salar. Todos estaban familiarizados con una amplia variedad de las plantas que producían lo que Lackland llamaba especias, pero ninguna de ellas crecía en las inmediaciones. Muchas plantas portaban semillas, y casi todas tenían apéndices semejantes a hojas y raíces; el problema era que no había modo de discernir si eran venenosas, y mucho menos si tenían buen sabor. Ningún marinero de Barlennan era tan imprudente ni ingenuo para probar una planta que nunca había visto; buena parte de la flora mesklinita se protegía con formidable eficacia mediante venenos.

Los marineros consiguieron muchos especímenes de aspecto prometedor, pero nadie pudo hacer ninguna sugerencia práctica para utilizar sus hallazgos. Dondragmer fue el único que tuvo éxito en su excursión; más imaginativo que sus compañeros, pensó en buscar debajo de los objetos y levantó muchas piedras. Al principio sintió aprensión, pero su nerviosismo había desaparecido por completo para ser reemplazado por un genuino entusiasmo con el nuevo deporte. Había muchas cosas que descubrir incluso bajo las piedras más pesadas, y pronto regresó a la nave llevando varios objetos que aparentaban ser huevos. Karondrasee los tomó a su cargo –nadie temía consumir alimentos animales– y pronto la opinión quedó confirmada. Eran huevos, y muy apetitosos. Sólo después de consumirlos, alguien pensó en empollar alguno para averiguar a qué animal pertenecían. La idea se aceptó con entusiasmo, y se organizaron partidas en busca de huevos. El Bree se había transformado en incubadora cuando Lackland despertó.

Tras cerciorarse de que todos los tripulantes hubieran regresado a bordo, puso el motor en marcha y reanudó el viaje hacia el este. Pocos días después, las colinas eran más altas, y atravesaron dos veces ríos de metano, afortunadamente tan angostos que el trineo pudo franquearlos. Era una suerte que la pendiente de las colinas fuera gradual, pues los marineros sentían inquietud cuando tenían que mirar hacia abajo; sin embargo, según le informó Barlennan, esa sensación se iba disipando poco a poco.

Al cabo de veinte días de la segunda etapa del trayecto, olvidaron por completo el terror a la altura, pues un cambio en el paisaje atrajo toda la atención de los pasajeros de ambos vehículos.

7 - PIEDRAS DEFENSIVAS

Hasta entonces las colinas eran suaves y con declives regulares, pues la intemperie había erosionado las irregularidades. No había indicios de los pozos y grietas que Lackland había temido antes de la partida. Las cimas eran redondeadas, así que habrían podido cruzarlas sin dificultad aun a mayor velocidad. Pero ahora, mientras escalaban una loma, el paisaje que vieron en la siguiente colina llamó la atención de todos.

Su altura era superior a la de la mayoría de las anteriores; parecía más un risco que un montículo. Pero la gran diferencia estaba en la cima, ya que, en lugar de presentar la acostumbrada comba suave y gastada por el viento, era escabrosa. Una mirada más atenta revelaba que estaba coronada por una hilera de pedrejones, a intervalos regulares, que sólo podían revelar una obra de la inteligencia. Había rocas de diferentes aspectos: desde objetos monstruosos del tamaño del tanque de Lackland hasta fragmentos semejantes a pelotas de baloncesto; y todas, aunque toscas en los detalles, tenían forma más o menos esférica. Lackland frenó el vehículo y cogió los binoculares. Llevaba la escafandra, aunque sin el casco. Barlennan, olvidando la presencia de la tripulación, saltó los veinte metros que separaban el Bree del tanque y se plantó sobre el techo de éste con firmeza. Allí habían amarrado una radio para comunicarse, y Barlennan empezó a hablar casi antes de aterrizar.

–¿Qué es, Charles? ¿Es una ciudad, como las que existen en tu mundo? No se parece a tus fotos.

–Esperaba que tú me lo dijeras –fue la respuesta–. Evidentemente, no es una ciudad, y las piedras están demasiado separadas para formar murallas o fuertes. ¿Ves algún movimiento en los alrededores? No alcanzo a ver con estos binoculares, pero quizá tu vista sea más aguda.

–Sólo veo que la cumbre es irregular; si las cosas de arriba son piedras sueltas, tendré que aceptar lo que dices hasta que estemos más cerca. No veo ningún movimiento, desde luego, pero, a esta distancia, me resultaría imposible distinguir cualquier cosa de mi tamaño.

–Yo podría verte a esta distancia sin binoculares, pero no podría contar tus brazos y piernas. Con ellos, puedo asegurar con bastante certeza que esa cumbre está desierta. Aun así, te garantizo que esas piedras no llegaron allí por accidente; nos mantendremos alerta. Avisa a tu tripulación.

Durante dos o tres minutos, mientras el sol se desplazaba deprisa para revelar la mayoría de las zonas que antes estaban en sombras, aguardaron y miraron; pero nada se movía excepto las sombras, y, finalmente, Lackland puso el tanque en marcha. El sol se puso mientras bajaban por la pendiente. El tanque tenía un solo faro, y Lackland lo apuntaba al camino, así que no podían ver qué sucedía entre las piedras. El amanecer los sorprendió cruzando otro arroyo, y la tensión aumentó cuando reiniciaron la marcha cuesta arriba. Durante un par de minutos no se vio nada, pues el sol estaba delante de los viajeros; luego se elevó, permitiéndoles ver con mayor claridad. Ninguno de los ojos clavados en la cumbre pudo detectar ningún cambio respecto de lo que habían visto la noche anterior. Tanto a Lackland como a los mesklinitas les daba la impresión de que ahora había más piedras, pero, como nadie había intentado contarlas, no tenían pruebas de ello. Seguían sin ver ningún movimiento.

Tardaron cinco o seis minutos en escalar la colina a la velocidad del tanque, así que tenían el sol detrás cuando llegaron a la cima. Lackland descubrió que el espacio entre algunas de las piedras más grandes presentaba la anchura suficiente para permitir el paso del tanque y el trineo, por lo que se dirigió hacia uno de ellos al aproximarse a la cresta, haciendo crujir algunas de las piedras menores; por un momento, Dondragmer, que iba en la nave, pensó que

una había dañado el tanque, pues la máquina se detuvo de golpe. Barlennan aún iba encima del vehículo, observando atentamente la escena circundante. El Volador no era visible, desde luego; sin embargo, al cabo de un instante, el piloto del Bree dedujo que también él debía de estar interesado en el valle y había interrumpido el avance.

–¿Qué ocurre, capitán?

Dondragmer lanzó la pregunta mientras ordenaba a algunos tripulantes que cogieran los tubos flamígeros. El resto de la tripulación se distribuyó a lo largo de las balsas exteriores sin aguardar órdenes, empuñando garrotes, cuchillos y lanzas. Barlennan tardó en responder, y el primer piloto estaba a punto de enviar una partida para cubrir el tanque –nada sabía del cañón de Lackland– cuando su capitán comprendió qué ocurría y lo calmó con un ademán.

–Está bien –dijo–. No vemos ningún movimiento, pero parece una ciudad. Dentro de un momento, el Volador os remolcará para que podáis ver sin bajaros. –Se volvió hacia Lackland para pedírselo en inglés, y el humano accedió. Este acto produjo un cambio abrupto en la situación.

Lo que Lackland había visto al principio –y Barlennan, con menos claridad– era un valle ancho de escasa profundidad, con forma de cuenco, totalmente rodeado de colinas como la que ocupaban ahora. Lackland suponía que debía de haber un lago en el fondo, pues no había medio visible de desagüe para la lluvia o la nieve derretida. Luego notó que no había nieve en las laderas internas de las colinas; estaban desnudas y presentaban una extraña topografía.

No podía ser natural. A poca distancia, por debajo de los riscos, había canales anchos de escasa profundidad, dispuestos en forma muy regular; un corte transversal de las colinas, a partir de una altura ligeramente inferior, habría sugerido una bonita serie de olas marinas. A medida que los canales descendían hacia el centro del valle, se volvían más angostos y profundos, como si estuvieran diseñados para conducir el agua de lluvia hasta un depósito central. Lamentablemente para esta hipótesis, no todos confluían en el centro. Ni siquiera llegaban al centro, aunque sí al suelo relativamente uniforme del valle. Más interesantes que los canales eran las elevaciones que los separaban. Éstas, naturalmente, también se volvían más pronunciadas a medida que los canales se ahondaban; en la mitad superior de las laderas eran prominencias curvas, pero más abajo se volvían más abruptas, hasta alcanzar una unión perpendicular con el fondo de los canales. Algunas de esas pequeñas murallas se extendían casi hasta el centro del valle. No todas apuntaban hacia el mismo sitio; seguían un curso sinuoso que evocaba las palas de una bomba centrífuga más que los rayos de una rueda. Los topes eran demasiado angostos para que un hombre caminara por allí.

Lackland calculó que los canales y los parapetos tendrían unos seis metros de ancho antes de interrumpirse. Los parapetos, pues, poseían la anchura suficiente para que alguien viviera dentro, especialmente los mesklinitas; además, la existencia de muchas aberturas en la superficie inferior respaldaba la idea de que eran habitáculos. Los binoculares mostraban que las aberturas que no estaban al pie de los parapetos tenían rampas que conducían allí. Antes de ver un solo ser viviente, Lackland tuvo la certeza de que se encontraba ante una ciudad. Al parecer, los habitantes vivían en las paredes de separación, y habían desarrollado ese tipo de estructura para librarse de la lluvia. No se le ocurrió preguntarse por qué, si querían evitar el líquido, no vivían en las laderas externas de las colinas.

Había llegado a ese punto en sus reflexiones, cuando Barlennan le pidió que arrastrara el Bree por encima de la cresta de la colina antes de que el sol les impidiera ver. En cuanto el tanque se puso en marcha, una veintena de figuras oscuras aparecieron en las aberturas que Lackland había tomado por puertas; no se distinguían detalles, pero estaba claro que se trataba de criaturas vivientes. Lackland se abstuvo heroicamente de frenar el tanque y coger nuevamente los binoculares hasta que hubo llevado el Bree hasta una posición ventajosa para observar.

De cualquier modo, la prisa se hubiera revelado innecesaria, pues las criaturas permanecieron inmóviles mientras se completaba la maniobra, al parecer observando a los recién llegados. Lackland pudo dedicar los minutos que faltaban para el ocaso a un atento

Librodot

examen de aquellos seres. Incluso con binoculares, algunos detalles eran indiscernibles. Por lo pronto, no parecían haber salido del todo de sus viviendas, pero lo que se veía, sugería que pertenecían a la misma especie que la gente de Barlennan. Los cuerpos eran largos, con forma de oruga, varios ojos –imposibles de contar a esa distancia– tachonaban el segmento frontal, y se distinguían miembros muy similares, con brazos equipados con pinzas. La coloración era una mezcla de rojo y negro, con predominio del segundo, como en la tripulación del Bree.

Barlennan no podía ver todo esto, pero Lackland le hizo una crispada descripción hasta que la ciudad se desdibujó en el crepúsculo. Luego, el capitán transmitió a la tensa tripulación una versión suavizada en su propia lengua. Lackland preguntó:

–¿Alguna vez oíste hablar de gentes que vivieran tan cerca del Borde, Barl? ¿Te resultan conocidas? ¿Hablarán tu idioma?

–Lo dudo muchísimo. Como sabes, mi gente se siente muy incómoda al norte de lo que una vez llamaste la «línea de cien G». Sé varios idiomas, pero no creo que aquí se hable ninguno de ellos.

–Entonces ¿qué haremos? ¿Sortear la ciudad, atravesarla confiando en que las habitantes no sean hostiles? Admito que me gustaría verla de cerca, pero tenemos una tarea importante que cumplir y no quiero echarla a perder. Tú conoces a tu raza mejor que yo. ¿Cómo crees que reaccionarán?

–No existe una regla única. Quizá se mueran de miedo al ver tu tanque, o al verme encima de él, aunque tal vez en el Borde no reaccionen igual ante la altura. Hemos encontrado muchos pueblos extraños en nuestros viajes; con algunos pudimos comerciar y con otros tuvimos que pelear. En general, si mantenemos las armas ocultas y las mercancías a la vista, al menos investigan antes de ponerse violentos. Me gustaría ir a ver. ¿Crees que el trineo se deslizará por el cauce de esos canales?

Lackland reflexionó.

–No había pensado en eso –admitió–. Me gustaría medirlos con mayor precisión, quizá sea mejor que el tanque baje solo primero, contigo y cualquier otro que esté dispuesto a subirse. Así ofreceríamos un aspecto más pacifico... Ellos habrán visto las armas que portan tus hombres, y si las dejamos atrás...

–No han visto armas, a menos que su capacidad de visión sea mucho mejor que la nuestra –señaló Barlennan–, Sin embargo, convengo en que será mejor bajar primero para medir el canal. Mejor aún, remolcar el barco sorteando el valle y luego bajar por un lateral. No veo necesidad de arriesgar la nave en esos estrechos canales.

–Buena idea. Sí, creo que es lo mejor. Informa a tus tripulantes de lo que hemos decidido y pregúntales si alguien quiere bajar con nosotros.

Los tripulantes aceptaron que era aconsejable que la nave sorteara la ciudad en vez de atravesarla, pero, a partir de ahí, surgieron algunas desavenencias. Todos querían ir a ver la ciudad, pero ninguno quería subir al tanque, aunque a menudo habían visto que el capitán lo hacía sin sufrir daños. Dondragmer solucionó el problema sugiriendo que los tripulantes, excepto quienes se quedaran a cuidar el Bree, siguieran al tanque hasta la ciudad; no era preciso viajar encima, pues ahora todos podían alcanzar la velocidad a la que el vehículo había circulado hasta el momento.

En los escasos minutos que duró esta deliberación, el sol despuntó nuevamente sobre el horizonte; a una señal de Barlennan, el terrícola hizo girar el tanque noventa grados y avanzó por el borde del valle, por debajo de la cerca de rocas. Lackland había echado un vistazo a la ciudad antes de arrancar, y no vio indicios de vida; sin embargo, mientras el tanque y el remolque se ponían en movimiento, aparecieron más cabezas en las pequeñas puertas, mucho más que antes. Lackland se concentró en conducir el vehículo, seguro de que los habitantes continuarían allí cuando él estuviera en libertad de examinarlos con mayor atención. Realizó su tarea durante los pocos días requeridos para llevar el trineo hasta el otro lado del valle; luego desengancharon el cable de remolque y el morro del tanque apuntó cuesta abajo.

Librodot

Prácticamente no era necesario guiarlo; el vehículo seguía el curso del primer canal que encontraron, y bajó por sí solo hasta el espacio que Lackland había llegado a considerar –sin ninguna justificación– como la plaza de la ciudad. Lo seguía la mitad de la tripulación del Bree, el resto, al mando del segundo oficial, se quedó a custodiar el barco. Barlennan, como de costumbre, viajaba en el techo del tanque, con buena parte de la pequeña provisión de mercancías apilada a sus espaldas.

El sol del amanecer estaba detrás de ellos cuando se acercaron a ese lado del valle, así que la visión era diáfana. Había mucho para ver; algunos de los habitantes de la ciudad salieron totalmente de sus refugios cuando se acercaron los forasteros.

Al acortarse la distancia, un hecho resultó evidente; a pesar de las apariencias, las criaturas del valle no pertenecían a la raza de Barlennan. Eran similares el cuerpo, las proporciones, la cantidad de ojos y miembros, pero los habitantes del valle tenían tres veces la longitud de los viajeros del lejano sur, se extendían un metro y medio sobre el suelo de piedra de los canales, con una anchura y grosor proporcionales.

Algunos de aquellos seres habían erguido el tercio frontal de su cuerpo, en un manifiesto esfuerzo por ver mejor a medida que se aproximaba el tanque: un acto que los diferenciaba de la gente de Barlennan tanto como el tamaño. Oscilaban un poco al mirar, como las serpientes que Lackland había visto en los museos de la Tierra. Excepto por este vaivén apenas perceptible, no se movieron mientras el extraño monstruo de metal descendía par el canal, desapareciendo a medida que las paredes que formaban los hogares de los habitantes se elevaban hasta alcanzar el techo del vehículo en ambos costados, finalmente, el tanque llegó al espacio central abierto de la ciudad, a través de Un callejón con anchura apenas suficiente para contenerlo.

Si hablaban, lo hacían con voz demasiado, queda para que Lackland o Barlennan les oyeran; ni siquiera se veían los gestos con pinzas que entre los mesklinitas que Lackland conocía reemplazaban a menudo la conversación verbal. Las criaturas simplemente esperaban y observaban.

Los marineros rodearon el tanque ocupando el escaso espacio disponible –Lackland acababa de salir del callejón– y miraron en silencio a los nativos. Las viviendas, para ellos, consistían en paredes de ocho centímetros de altura, con techos de tela para protegerse de la intemperie; la idea de cubrirse con material sólido era totalmente exótica. Si no hubieran visto con sus propios ojos a los moradores de aquellos extraños edificios, los hombres de Barlennan habrían tomado la ciudad gigante por una especie de formación natural.

El capitán no quería perder tiempo, iba a comerciar con aquellas gentes, y, si no querían comerciar, iba a continuar la marcha. Para sorpresa de Lackland, decidió arrojar las mercancías desde el techo, ordenando a sus hombres que pusieran manos a la obra. Éstos obedecieron, una vez que finalizó la lluvia de paquetes. Barlennan saltó al suelo después del último bulto, hecho que no parecía molestar en absoluto a los callados gigantes, y participó en la tarea de preparar las mercancías. El terrícola observó con interés.

Había fardos de lo que parecían telas de diversos colores, bultos que parecían raíces secas o trozos de cuerda, jarras diminutas con tapa y otras grandes y vacías, y toda una atractiva y variada exposición de objetos cuya utilidad, en general, él desconocía.

Ante la exhibición de aquel material, los nativos empezaron a acercarse, aunque Lackland no pudo discernir si con aire curioso o amenazador. Ninguno de los marineros demostraba aprensión: habían adquirido cierta habilidad potra reconocer estas emociones en los de su especie. Cuando concluyeron los preparativos, un anillo casi sólido de nativos rodeaba el tanque. El camino por donde habían llegado era la única dirección que no estaba bloqueada por los largos cuerpos. El silencio persistente de aquellos extraños seres comenzaba a molestar a Lackland. Barlennan, en cambio, permanecía indiferente al silencio, o al menos sabía disimular sus sentimientos. Escogió a un individuo de la multitud, sin valerse de un método particular de selección, e inició su programa de venta.

Lackland no pudo comprender cómo se las apañaba. El capitán había dicho que no esperaba que esas gentes entendieran su idioma, pero hablaba; sus gestos no significaban nada para Lackland, aunque los usaba pródigamente. El observador alienígena no entendía cómo lograba transmitir un mensaje inteligible, pero parecía que Barlennan tenía cierto éxito. El problema era que Lackland, en sus pocos meses de relación con las extrañas criaturas, no había conseguido comprender gran cosa de su psicología, cosa que no se le podía echar en cara, pues años después los profesionales aún seguían desconcertados. Buena parte de los actos y gestos de los mesklinitas estaban conectados con el funcionamiento de sus cuerpos, y su significación, para miembros de la misma especie, era automáticamente clara. Aquellos seres gigantescos, pese a no pertenecer a la misma raza de Barlennan, eran de constitución similar, y la comunicación no presentaba el problema que Lackland daba por sentado.

Al poco, un gran número de criaturas salieron de sus hogares con diversos artículos que aparentemente deseaban trocar, y otros tripulantes del Bree participaron activamente en los regateos. Esto continuó mientras el sol surcaba el cielo y durante el período de oscuridad. Barlennan pidió a Lackland que les iluminara con el tanque. Si la luz artificial molestaba o sobresaltaba a los gigantes, ni siquiera Barlennan pudo detectar indicios de tal cosa. Todos estaban concentrados en sus negocios; y, en cuanto alguien se libraba de lo que tenía o adquiría lo que deseaba, se retiraba dejando el lugar a otro. El resultado natural fue que las restantes mercancías de Barlennan tardaron varios días en cambiar de manos, y los artículos recién adquiridos se transfirieron al techo del tanque.

La mayoría de esas cosas eran tan extrañas para Lackland como lo habían sido los materiales originales, pero dos le llamaron especialmente la atención. Ambas parecían animales vivos, aunque no pudo discernir bien los detalles a causa de su reducido tamaño. Se diría que estaban domesticados, ya que permanecían agazapados al lado de los marineros que los habían adquirido, sin manifestar deseos de alejarse. Lackland sospechó –correctamente– que los marineros esperaban adiestrar a aquellas criaturas para hacerles probar alimentos vegetales dudosos.

–¿Habéis terminado con vuestros trueques? –preguntó, cuando el último habitante se alejó del tanque.

–No podemos hacer más –replicó Barlennan–. No nos queda nada que trocar. ¿Tienes alguna sugerencia, o deseas continuar el viaje?

–Me gustaría averiguar cómo es el interior de esas casas; pero no podría atravesar las puertas aunque me quitara la escafandra. ¿Alguno de vosotros podría echar un vistazo dentro?

Barlennan titubeó.

–No sé si será prudente. Estas gentes trocaron pacíficamente, pero hay en ellas algo que me inquieta, aunque no logro precisar qué. Quizá sea que regatearon muy poco.

–¿No confías en ellos? ¿Piensas que intentarán recuperar lo que han entregado, ahora que no tenéis mas mercancías?

–No diría exactamente eso. Como he dicho, no tengo razones precisas para recelar. He aquí mi sugerencia: regresemos con el tanque al linde del valle y enganchémoslo al barco, para que todo quede preparado; si entretanto no hemos tenido problemas con estos seres, regresaré a echar ese vistazo. ¿Vale?

Ni Barlennan ni Lackland habían prestado atención a loa nativos durante esta conversación; sin embargo, por primera vez los habitantes no compartían esta indiferencia.

Los gigantes más próximos observaban con manifiesta curiosidad la cajita de donde salía la voz de Lackland. A medida que continuaba la charla, se acercaban más seres a escuchar; el espectáculo de alguien que hablara con una caja demasiado pequeña para contener una criatura inteligente parecía romper la muralla de reserva que ni siquiera el tanque había podido vencer. En cuanto Lackland manifestó su acuerdo con la sugerencia de Barlennan, y la aprobación resonó en el pequeño altavoz, varios de los curiosos entraron deprisa en sus hogares y salieron de inmediato con más objetos. Los presentaron con ademanes que los

marineros ahora comprendían muy bien. Los gigantes querían la radio, y estaban dispuestos a pagar generosamente por ella.

La negativa de Barlennan pareció desconcertarles, cada cual ofreció un precio mas alto que su predecesor. Al fin Barlennan expresó una negativa terminante de la única forma posible; arrojó la radio al techo del tanque, brincó y ordenó a sus hombres que arrojaran los bienes recién adquiridos. Durante varios segundos, los gigantes quedaron totalmente confundidos; luego, como obedeciendo una señal, dieron la vuelta y desaparecieron por las angostas puertas.

Barlennan se sentía más inquieto que nunca, y seguía vigilando tantos portales como sus ojos podían ver; pero el peligro no acechaba en las viviendas. Fue el fornido Hars quien lo vio, pues se había erguido, a imitación de los nativos, para arrojar un bulto de gran tamaño a su capitán. Tras echar una ojeada al canal por donde habían descendido, soltó uno de aquellos estridentes ronquidos que nunca dejaban de asombrar –y alarmar– a Lackland. El grito fue seguido de una perorata ininteligible para el terrícola; pero Barlennan comprendió, se volvió y dijo algo en inglés para comunicarle lo esencial.

–¡Charles! ¡Mira cuesta arriba! ¡Muévete!

Lackland miró en la dirección indicada, y al instante comprendió la razón de la extraña configuración de la ciudad. Una de las rocas gigantescas, del tamaño de la mitad del tanque, había abandonado su posición en el borde del valle y rodaba por la ancha boca del canal por donde había descendido el tanque; las paredes en suave declive la guiaban por el sendero que había seguido el vehículo. Estaba a un kilómetro de distancia y a gran altura; pero su velocidad aumentaba a cada instante a medida que sus toneladas de masa seguían el tirón de una gravedad tres veces mayor que la terrestre.

8 - CURA PARA LA ACROFOBIA

La velocidad a la que puede moverse un ser de carne y hueso es limitada, pero Lackland batía récords. No se detuvo para resolver las ecuaciones diferenciales que le indicarían el momento de llegada de la roca; dio potencia a los motores, hizo virar el tanque noventa grados en una maniobra que amenazó con arrancar una de las bandas de tracción y salió de la boca del canal por donde bajaba el enorme proyectil. Sólo entonces pudo apreciar cabalmente la arquitectura de la ciudad. Los canales no descendían directamente al espacio abierto, como él había supuesto, sino que estaban dispuestos para que al menos dos de ellos pudieran guiar una roca por cualquier tramo de la plaza. La acción de Lackland bastó para eludir la primera; pero, al parecer, eso estaba previsto, pues más rocas empezaban a descender hacia él. Miró en torno, buscando en vano una posición por donde no pasara ninguno de aquellos tremendos proyectiles; luego metió el morro del tanque en uno de los canales y avanzó cuesta arriba. También por allí descendía una roca, una que a Barlennan le pareció la mayor de todas, y que crecía a cada segundo. El mesklinita se preparó para saltar, preguntándose si el Volador habría perdido el seso; luego un rugido que superaba todo lo que su aparato vocal pudiera producir estalló a su lado. Si su sistema nervioso hubiera reaccionado como el de la mayoría de los animales terrícolas, habría aterrizado en mitad de la cuesta. La reacción de sobresalto de su raza, en cambio, consistía en quedarse petrificado, de modo que, durante unos segundos, se habría necesitado maquinaria pesada para arrancarlo del techo del tanque. A cuatrocientos metros, cincuenta por delante de la roca, un tranco del canal estalló en llamas y polvo. Los percutores de los proyectiles de Lackland eran tan sensibles que reaccionaban al menor roce. Un instante después, la roca entró en la nube de polvo y el cañón rugió de nuevo, pulverizándola.

Había otros pedrejones preparados para rodar por ese canal, pero no bajaron, al parecer los gigantes eran capaces de analizar una nueva situación con bastante celeridad y comprendieron que por ese método no destruirían el tanque. Lackland no tenía manera de saber que otra cosa

harían, pero un ataque personal directo era lo más posible. Sin duda treparían al techo del tanque con tanta facilidad como Barlennan para recobrar todo lo que habían vendido y adueñarse la radio; no obstante, ignoraba como podrían detenerlos los marineros. Se lo comentó a Barlennan.

–Pueden intentarlo, en efecto –fue la respuesta–. Sin embargo, si intentan subir podemos tumbarlos; si saltan, tenemos garrotes, y no creo que puedan eludir un garrotazo mientras surcan el aire.

–Pero ¿cómo podrás detener un ataque desde varias direcciones simultáneas?

–No estoy solo. –Una vez más, el gesto de las pinzas, el equivalente mesklinita de una sonrisa.

Lackland sólo podía ver el techo del tanque asomando la cabeza por una diminuta cúpula transparente, y le resultaba imposible hacer tal cosa con el casco de la escafandra puesto. En consecuencia, no vio como reaccionaban los marineros que lo habían acompañado hasta la ciudad ante aquella imprevista «batalla».

Los desdichados tuvieron que afrontar una situación tan difícil como la del capitán cuando se encontró por primera vez en el techo del tanque. Vieron objetos –objetos pesados– cayendo sobre ellos, mientras se encontraban. en una zona rodeada por paredes verticales. El ascenso era impensable, aunque los pies de succión que funcionaban tan bien en los huracanes de Mesklin habrían sido igualmente aptos para esta tarea; saltar, como habían visto hacer a su capitán varias veces, era igualmente malo, o quizá peor. Aun así, no era físicamente imposible; y cuando falla la mente, el cuerpo se hace cargo. Todos los marineros saltaron, menos dos; una de las dos excepciones trepó –con rapidez y destreza– por la pared de una «casa». El otro era Hars, que había sido el primero en avistar el peligro. Quizá su mayor fuerza física le impedía ser presa del pánico, o tal vez su temor a las alturas era mayor al normal. De cualquier forma, se encontraba aún en el suelo cuando una piedra redonda del tamaño de una pelota cayó donde él estaba. En la práctica, era exactamente similar a golpear un volumen similar de goma viva; el «caparazón» protector de los mesklintas era de un material química y físicamente análogo a la quitina de los insectos terrícolas, y poseía una dureza y una elasticidad acorde con las características de la vida en Mesklin. La piedra saltó ocho metros en el aire, en la pared que normalmente la habría detenido, golpeó un ángulo de la pared del canal situada al otro extremo, botó de nuevo, y repiqueteó de pared en pared por el nuevo canal, perdiendo ímpetu. Cuando regresó, sin fuerzas, al espacio abierto, la acción principal había terminado; Hars era el único marinero que quedaba en la plaza. Los demás habían logrado controlar sus frenéticos saltos y, o bien ya se habían encaramado al techo del tanque, colocándose junto al capitán, o bien se apresuraban a llegar allí; incluso el que trepaba por la pared de la casa había recurrido a los brincos.

Hars, a pesar de su increíble resistencia, no pudo aguantar el castigo recibido sin sufrir ningún daño. No le faltaba el aliento, pues no tenía pulmones, pero estaba raspado, magullado y aturdido por el impacto. Tardó un minuto en controlar sus movimientos y realizar un intento coordinado para seguir al tanque. Ni Lackland, ni Barlennan, ni el propio Hars, pudieron explicarse por qué no lo atacaron durante ese minuto. El terrícola sospechó que el hecho de que Hars pudiera moverse después de semejante golpe había intimidado a los habitantes de la ciudad; Barlennan, con una idea más precisa de la fisiología mesklinita, pensaba que estaban más interesados en robar que en matar, y que no veían ninguna ventaja en atacar al marinero solitario. Sea como fuere, Hars logró reunirse con la tripulación.

Con todos los pasajeros a bordo, algunos de ellos tan apiñados en el borde del techo que tuvieron que reforzar su recién hallada indiferencia a la altura, Lackland avanzó cuesta arriba. Había advertido a los marineros que permanecieran apartados del cañón, y mantenía el arma apuntada hacia delante; pero, ni se percibían más movimientos en el risco, ni cayeron más rocas. Al parecer, los nativos que las habían arrojado se habían retirado a los túneles que, evidentemente, conducían hacia arriba desde la ciudad. Ello no garantizaba que no salieran de nuevo, por lo que todos los que iban en el tanque permanecían alerta.

El canal por donde trepaban no era el mismo por donde habían bajado, así que no conducía directamente hacia el trineo; no obstante, el Bree se hizo visible poco antes de llegar a la cima, a causa de la altura del tanque. Los tripulantes que se habían quedado a bordo seguían allí, mirando hacia la ciudad con manifiesta angustia. Dondragmer masculló algo acerca de la necedad de no mantener una vigilancia estricta, y Barlennan lo repitió en inglés. Sin embargo, esa preocupación resultó vana; el tanque llegó hasta el trineo, viró y fue enganchado sin más interferencias. Lackland, una vez en camino, decidió que los gigantes habían sobrevalorado la eficacia del cañón; un ataque directo –por ejemplo, desde las bocas de los túneles donde se ocultaban los individuos que hablan arrojado las rocas– habría inutilizado el arma, pues los proyectiles de altos explosivos y de termita no se podían utilizar cerca del Bree o de su tripulación.

A regañadientes, decidió que no habría más exploraciones hasta que el Bree hubiera llegado a las aguas del océano del este. Barlennan se mostró de acuerdo con esta conclusión, y se guardó mucho de manifestar ciertas reservas personales. Por supuesto, mientras el Volador durmiese, sus tripulantes continuarían trabajando.

Una vez la expedición nuevamente en marcha, mientras los frutos tangibles de la interrupción eran transferidos rápidamente del tanque a la nave por mesklinitas saltarines, Lackland llamó a Toorey y soportó humildemente la previsible filípica que le lanzó Rosten al enterarse de lo que había hecho; lo silenció, como antes, informándole que había mucho tejido vegetal disponible si Rosten deseaba enviar contenedores para recogerlo.

Días después, el cohete aterrizó a cierta distancia, para salvaguardar el sistema nervioso de los mesklinitas–, esperó la llegada de los expedicionarios, recogió los nuevos especímenes y aguardó una vez más hasta que el tanque se alejara de la zona de despegue. Fue un período sin novedades, excepto por la llegada del cohete. Cada varios kilómetros avistaban colinas coronadas por rocas, pero las eludieron cuidadosamente y nunca vieron a los gigantescos nativos fuera de las ciudades. Esto preocupaba a Lackland, quien no podía imaginar dónde o cómo obtenían alimentos, no tenía más ocupación que la relativamente tediosa tarea de conducir, se dedicó a formular hipótesis sobre las extrañas criaturas. Se las expuso a Barlennan, pero el capitán no le fue de gran ayuda.

Sin embargo, una de aquellas ideas lo intranquilizaba. Se preguntaba por qué los gigantes construían las ciudades precisamente de esa manera. Por una parte, no podían haber previsto la llegada del tanque y del Bree; por otra, era un método poco práctico para rechazar invasiones de criaturas de su propia especie, quienes, dado que esa práctica era común, no podían ser tomadas por sorpresa.

Aun así, había una razón posible. Era sólo una hipótesis, pero explicaba el diseño de la ciudad y la falta de nativos en la campiña circundante, así como la ausencia de labrantíos o cosas semejantes en los alrededores. Lackland tuvo que hacer muchas especulaciones para concebir siquiera semejante idea, y no se la mencionó a Barlennan. Por lo pronto, no explicaba por qué habían llegado hasta allí sin tropiezos. Si la idea era atinada, ya tendrían que haber utilizado muchas más municiones del cañón. Así que Lackland decidió callar y mantener los ojos abiertos; pero no se sorprendió demasiado cuando, un amanecer, a trescientos kilómetros de la ciudad donde Hars recibió sus heridas, vio que una loma se alzaba de pronto sobre una veintena de patas rechonchas y elefantinas, erguía una cabeza montada sobre un pescuezo de seis metros, observaba durante un largo instante con una batería de ojos y trotaba al encuentro del tanque.

Barlennan no ocupaba su puesto habitual en el techo, pero respondió de inmediato a la llamada de Lackland. El terrícola había detenido el tanque, y contaban con varios minutos para tomar una decisión antes de que la bestia los alcanzara a su actual velocidad.

–Barlennan, apostaría a que jamás viste algo semejante. Aun con un tejido tan resistente como el que produce tu planeta, nunca podría acarrear su propio peso muy lejos del ecuador.

–Tienes razón, jamás lo había visto. Ni siquiera he oído hablar de semejante criatura, ni se si es peligrosa. Pero no deseo averiguarlo. Aun así, es carne; quizá...

Librodot

–Si quieres decir que no sabes si come carne o vegetales, apuesto por lo primero –replicó Lackland–. Sería muy raro que un herbívoro se abalanzara sobre algo de mayor tamaño con sólo verlo, a menos que fuese tan estúpido como para pensar que el tanque es una hembra de su propia especie, lo cual dudo mucho. Además, estuve pensando que la existencia de un gran carnívoro explicaría por qué los gigantes nunca salen de las ciudades, y por qué las han construido en forma de trampa. Probablemente, atraen a estas criaturas exhibiéndose en el fondo, igual que hicieron con nosotros, y luego las matan con rocas, como intentaron con el tanque. Es un buen sistema para tener reparto de carne a domicilio.

–Todo eso puede ser cierto, pero por el momento no nos interesa –replicó Barlennan con cierta impaciencia–. ¿Qué haremos con ésta? El arma con la que despedazaste la roca tal vez la mate, pero seguramente no dejaría carne aprovechable; en cambio, si salimos con las redes, estaremos demasiado cerca para que la utilices sin trabas si nos metemos en problemas.

–¿Te atreverías a usar las redes con una cosa de semejante tamaño?

–Por supuesto. La retendríamos, siempre que pudiéramos cogerla. El problema es que sus patas son demasiado grandes para atravesar la malla, y nuestro método habitual para desplazar la presa no serviría de mucho. Tendríamos que rodearle el cuerpo y las patas con las redes, y luego ceñirlas.

–¿Se te ocurre algo?

–No... y, de todas formas, no nos queda mucho tiempo. Ya la tenemos casi encima.

–Salta y desengancha el trineo. Avanzare con el tanque y la distraeré un rato, si quieres. Si decides capturarla y luego se presentan problemas, podréis apartaros de un salto para que yo utilice el cañón.

Barlennan obedeció la primera parte de la sugerencia sin titubeos ni discusiones, deslizándose por la parte posterior y destrabando con un diestro ademán el gancho que sujetaba el cable de remolque al tanque. Después, emitió un ronquido para anunciar a Lackland que su tarea estaba cumplida y saltó a bordo del Bree.

La criatura se detuvo cuando la máquina reanudó la marcha. Bajó la cabeza a un metro del suelo y contoneo su largo cuello, mientras sus ojos múltiples evaluaban la situación desde todos los ángulos posibles. No prestaba atención al Bree; quizá porque no reparaba en los pequeños movimientos de la tripulación, o porque consideraba el tanque un problema más urgente. Cuando Lackland giro hacia un flanco, la criatura inclinó el cuerpo gigantesco para seguir observándolo de frente. Por un instante, el terrícola pensó en virar ciento ochenta grados para que la criatura apartara los ojos de la nave; luego recordó que eso pondría al Bree en la línea de fuego si tenía que disparar el cañón, y detuvo la maniobra cuando el trineo quedó a la diestra del monstruo. De cualquier modo, la disposición ocular de la criatura siempre le permitiría ver a los marineros que avanzaran, tanto por detrás como por delante.

Lackland enfiló nuevamente hacia el animal. Este se había detenido, apoyando el vientre en el suelo, cuando el hombre dejo de virar; ahora se irguió nuevamente sobre sus innumerables patas y retrajo la cabeza hacia el enorme tronco, en lo que aparentemente era un gesto protector. Lackland frenó nuevamente, cogió una cámara y tomo varias fotografías de la criatura; luego, como no parecía dispuesta a atacar, Lackland la observó durante un par de minutos.

El cuerpo era un poco más grande que el de un elefante terrícola; en la Tierra habría pesado de ocho a diez toneladas. El peso estaba uniformemente distribuido entre los diez pares de patas, que eran cortas y muy gruesas. Lackland dudaba que la criatura se pudiera mover a mayor velocidad de la que había demostrado.

Al cabo de unos minutos de espera, la criatura empezó a inquietarse; alzo un poco la cabeza y comenzó a moverla adelante y atrás como si buscara otros enemigos. Lackland, temiendo que concentrara la atención en el indefenso Bree y su tripulación, avanzó un metro con el tanque; su adversario recobro de inmediato su actitud defensiva. Esto se repitió varias veces, a intervalos cada vez más breves. Las fintas duraron hasta que el sol se puso detrás de la colina del oeste; al oscurecerse el cielo, Lackland, sin saber si la bestia estaría dispuesta a

Librodot

librar una batalla por la noche, modifico la situación encendiendo todas las luces del tanque. Esto, al menos, quizás impidiera que la criatura distinguiese nada en la oscuridad, aunque estuviera dispuesta a afrontar lo que para ella debía de ser una situación nueva y extraña.

Obviamente, no le agradaban las luces. Pestañeó varias veces cuando el foco principal le irrito los ojos, Y Lackland noto que sus grandes pupilas se contraían; luego, con un siseo gemebundo que fue recogido por el micrófono del techo y claramente comunicado al hombre, avanzo y ataco.

Lackland no se había dado cuenta de que estaba tan cerca, o, mas bien, de que esa cosa tenía tanto alcance. Su cuello, aun más largo de lo que él había estimado al principio, se estiro por completo, trasladando la enorme cabeza hacia delante y hacia un lado. Luego, la cabeza se inclinó y arremetió de costado. Uno de los grandes colmillos choco estrepitosamente con el blindaje del tanque, y el foco principal se apago al instante. Otro siseo más agudo sugirió a Lackland que la corriente que alimentaba el foco se había descargado en el blindaje a través de una porción de la cabeza del monstruo; pero no se detuvo a analizar esa posibilidad. Retrocedió rápidamente, apagando las luces de la cabina. No quería que uno de aquellos colmillos golpeara una escotilla con la fuerza que había sacudido el blindaje superior. Ahora, solo las luces de conducción, montadas en la parte frontal del vehículo y empotradas en el blindaje iluminaban la escena. El animal, alentado por el repliegue de Lackland, embistió contra una de las luces. El terrícola no se atrevía a apagarla, ya que se quedaría totalmente a oscuras. Opto por enviar una frenética llamada por radio.

–¡Barl! ¿Harás algo con tus redes? Si no estas preparado para la acción, tendré que utilizar el cañón contra esta cosa aunque te quedes sin un gramo de carne. En tal caso, tendré que alejarme y utilizar termita; esta tan cerca que los explosivos pondrían en peligro el tanque.

–Las redes no están preparadas, pero si la alejas unos metros, quedara a sotavento de la nave y podremos despacharla de otra manera.

–De acuerdo.

Lackland no sabía cual sena esa otra manera, y albergaba serias dudas sobre su eficacia; pero, mientras el capitán se conformara con una retirada, estaba dispuesto a colaborar. Ni por un instante se le ocurrió que el arma de Barlennan pudiera poner en peligro el tanque; y, para ser justos, quizá tampoco se le ocurrió a Barlennan. El terrícola, mediante repetidos y rápidos retrocesos, logro conservar los colmillos a distancia del blindaje; el monstruo no parecía poseer la inteligencia necesaria para prever esos movimientos. Dos o tres minutos de estas maniobras evasivas fueron suficientes para Barlennan.

El también había estado atareado durante aquellos minutos. En las balsas de sotavento, apuntando hacia el monstruo y la maquina enzarzados en un duelo, había cuatro artilugios semejantes a fuelles, con tolvas montadas por encima de las toberas. Dos marineros manipulaban cada fuelle, y, a una serial del capitán, empezaron a bombear con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, un tercer marinero, que manejaba la tolva, descargo un chorro de polvo que flotó en la corriente creada por el fuelle. El viento recogió el polvo y lo sopló hacia los combatientes. La oscuridad dificultaba las estimaciones, pero Barlennan tenía habilidad para calcular la velocidad del viento y, al cabo de unos minutos de bombeo, lanzó otra orden.

Los operadores de las tolvas hicieron algo con las toberas de los fuelles, y una rugiente llamarada broto desde el Bree para envolver a ambos combatientes. Los tripulantes ya estaban protegidos con sus lonas, e incluso los «artilleros» se cubrían con telas que formaban parte de las armas; sin embargo, la vegetación que surgía de la nieve carecía de la altura y la densidad apropiadas para proteger a los combatientes. Lackland, utilizando expresiones que no le había enseñado a Barlennan, retrocedió bruscamente para alejarse de la nube de llamas, rezando para que el cuarzo de las escotillas aguantara. Su adversario, en cambio, aunque igualmente ansioso por alejarse, carecía del control necesario para hacerlo. Se lanzo primero hacia un flanco y luego hacia el otro, intentando escapar. La llamarada murió en segundos, dejando una nube de denso humo blanco que brillaba a la luz del tanque; pero, o bien el breve borbotón había sido suficiente, o bien el humo era igualmente mortífero, pues el monstruo actuaba de

forma cada vez mas dislocada. Sus pasos desorientados se volvieron cada vez mas cortos y débiles, y sus patas perdieron fuerza para sostener tan vasta mole, que poco después se desmoronó y rodó hacia un costado. Las patas se agitaron frenéticamente por un tiempo, mientras el largo cuello se retraía y se estiraba, sacudiendo la cabeza en el aire y golpeándola contra el suelo. Al amanecer, el único movimiento era un estertor en la cabeza o las patas, y muy pronto la gigantesca criatura quedó totalmente tiesa.

–Barl, ¿qué demonios utilizaste para crear esa nube de fuego? ¿No pensaste que podías rajar las ventanillas del tanque?

El capitán, que había permanecido en la nave y estaba cerca de una de las radios, respondió al instante.

–Lo lamento, Charles. No sabía de que estaban hechas tus ventanillas, y en ningún momento pensé que nuestra nube de llamas construyera un peligro para tu gran máquina. Tendré mas cuidado la próxima vez. El combustible es un polvo que obtenemos de ciertas plantas. Lo encontramos en forma de grandes cristales y tenemos que triturarlos con mucho cuidado, lejos de la luz.

Lackland cabeceó, digiriendo esta información. Sus conocimientos químicos eran escasos pero suficientes para comprender la naturaleza de ese combustible. Fotocombustión... hidrógeno ardiendo en una nube blanca... manchas negras en la nieve... Por lo que sabia, solo podía tratarse de una cosa. El cloro es sólido a la temperatura de Mesklin y se combina violentamente con el hidrógeno; en cuanto al cloruro de hidrógeno, es blanco cuando esta en forma de polvo fino; y la nieve de metano que hirviera en el suelo también cedería su hidrógeno al voraz elemento, dejando carbono. ¡Vaya flora la de ese mundo! Debía presentar otro informe a Toorey, o quizá le conviniera reservarse ese bocado por si Rosten se enfadaba de nuevo.

–Lamento mucho haber puesto el tanque en peligro. –Barlennan aún parecía ansioso por disculparse–. Quizá debamos dejar que tu cañón se encargue de esas criaturas. Tal vez incluso puedas enseñarnos a utilizarlo. ¿Esta construido especialmente para funcionar en Mesklin, como las radios?

El capitán se pregunto si no habría ido demasiado lejos con su sugerencia, pero decidió que había valido la pena. No pudo ver ni interpretar la sonrisa con que Lackland le respondió.

–No, el cañón no fue adaptado para este mundo, Barlennan. Funciona bastante bien aquí, pero me temo que en tu país no tendría ninguna utilidad. –Cogió una regla de cálculos y luego añadió otra frase–. En vuestro polo, esta cosa dispararía a lo sumo a cincuenta metros.

Barlennan calló, defraudado. Los mesklinitas se pasaron varios días descuartizando el monstruo sacrificado, y Lackland rescató el caparazón como nueva protección contra las iras de Rosten. A continuación, la caravana reanudo la marcha.

Kilómetro a kilómetro, día tras día, el tanque y el remolque seguían avanzando. Aun avistaban las ciudades de aquellos gigantescos nativos. Dos o tres veces recogieron alimentos para Lackland, dejados en su trayecto por el cohete; con frecuencia se topaban con animales grandes, algunos como el que habían matado con el fuego de Barlennan, otros muy diferentes en tamaño y configuración. En dos ocasiones, la tripulación cazó herbívoros gigantes con las redes, despertando la admiración de Lackland. La diferencia de tamaño era mucho mayor que la existente entre los elefantes de la Tierra y los pigmeos africanos.

La zona era cada vez mas accidentada, y el río, que ellos habían bordeado intermitentemente durante cientos de kilómetros, se encogía y se dividía en muchos arroyos pequeños. Dos de esos tributarios resultaron difíciles de cruzar, y tuvieron que desenganchar el Bree del trineo para arrastrarlo a flote con una cuerda, mientras el tanque y el trineo avanzaban bajo la superficie por el lecho del río. Ahora, sin embargo, los arroyos eran tan angostos que el trineo los superaba en anchura y no sufrieron mas demoras.

Por fin, a dos mil kilómetros de los cuarteles de invierno del Bree y quinientos kilómetros al sur del ecuador, con Lackland agobiado por media gravedad más, los arroyos empezaron a

seguir claramente el rumbo general de los viajeros. Lackland y Barlennan dejaron pasar varios días antes de mencionarlo, pues deseaban asegurarse, pero al fin ya no hubo dudas de que estaban en la divisoria de aguas que conducía al océano del este. La moral, que nunca había sido baja, mejoro notablemente. Varios marineros iban siempre encaramados al techo del tanque, anhelando ver el mar cada vez que llegaban a una cumbre. Incluso Lackland a veces cansado hasta el hartazgo, se sintió de mejor talante; y, si grande era su alivio, enormes fueron su alarma y su consternación cuando, de pronto, llegaron al borde de un precipicio: un descenso casi vertical de mas de veinte metros, que se extendía en ángulo recto con su trayectoria.

9 - SALTO AL VACÍO

Durante largos momentos guardaron silencio. Lackland y Barlennan, que habían estudiado a fondo las fotografías con que habían preparado el mapa del viaje, estaban atónitos. La tripulación, por su parte, aunque no carecía de iniciativa, tomo la decisión colectiva de dejar aquel problema en manos del capitán y de su amigo alienígena.

–¿Cómo puede estar ahí? –dijo Barlennan–. Veo que no es alto, en comparación con la nave desde la que tomaron las fotografías, pero ¿no tendría que haber arrojado una sombra en el resto del paisaje, antes del ocaso?

–Si, Barlennan, y solo se me ocurre una explicación de por que lo pasamos por alto. Cada foto, como recordaras, abarca muchos kilómetros cuadrados; una incluiría toda la comarca que vemos desde aquí, e incluso más. La foto que cubre esta zona se debió de tomar entre el amanecer y el mediodía, cuando no había suficiente sombra.

–Entonces, ¿este risco no supera el marco de la foto?

–Posiblemente, pero es inútil buscar respuesta a esa pregunta. El verdadero problema, puesto que el risco existe, es como continuar el viaje.

Ese interrogante produjo otro silencio, que duro un tiempo. El primer piloto lo rompió, sorprendiendo al menos a dos personas.

–¿No sería aconsejable pedir a los amigos del Volador que averigüen a que distancia se extiende el risco a ambos lados? Quizá sea posible descender por un declive más suave sin desviarnos demasiado. Para ellos no sería difícil trazar nuevos mapas, si omitieron el risco en el primero.

Barlennan tradujo el comentario y Lackland enarco las cejas.

–Parece que tu amigo habla ingles, Barl, pues comprendió muy bien nuestra última conversación. ¿O tenéis algún método de comunicación que yo ignore?

Barlennan se volvió hacia el piloto, sobresaltado y confundido. No había comunicado su conversación a Dondragmer; evidentemente el Volador tenía razón: el piloto había aprendido algo de inglés. Lamentablemente, sin embargo, la otra pregunta también contenía algunas verdades; Barlennan estaba seguro de que muchos sonidos de su aparato vocal no eran audibles para el terrícola, aunque ignoraba la razón. Durante varios segundos vaciló, tratando de decidir si sería mejor revelar la aptitud de Dondragmer, el secreto de su comunicación, ambas cosas, o bien, en un alarde de destreza, ninguna de ellas. Barlennan hizo lo que pudo.

–Al parecer, Dondragmer es mas listo de lo que pensé. ¿Es verdad que has aprendido algo del idioma del Volador, Dondragmer? –Lo preguntó en ingles, y con una modulación que Lackland podía captar. A continuación, en los tonos más agudos de su propio idioma, añadió–: Di la verdad. Quiero ocultar todo el tiempo posible que podemos hablar sin que él nos oiga. Responde en el idioma de él, si puedes.

El piloto obedeció, aunque ni siquiera el capitán habría adivinado sus pensamientos.

–He aprendido mucho de tu idioma, Charles Lackland. No pensé que te opusieras.

–No me opongo en absoluto, Dondragmer. Estoy muy complacido, y admito que sorprendido. Con gusto te habría enseñado como a Barl si hubieras ido a la estación. Ya que

aprendiste solo, supongo que comparando nuestras conversaciones con las actividades resultantes de tu capitán, te invito a participar. Tu sugerencia es atinada; llamare de inmediato a la estación Toorey.

El operador de la luna respondió de Inmediato, pues se mantenía una guardia constante en la frecuencia del transmisor principal del tanque, a través de varias estaciones de relé que giraban en el anillo exterior de Mesklin. Dijo que se realizaría una operación cartográfica cuanto antes.

Pero «cuanto antes» significaba varios días de Mesklin, y, mientras aguardaban, el trío procuró formular otros planes por si no podían sortear el risco dentro de una distancia razonable.

Un par de marineros manifestaron su deseo de saltar hacia abajo, para angustia de Barlennan. Entendía que el natural temor a las alturas no debía ser reemplazado por un desprecio total, aunque ahora toda la tripulación compartía ese deseo de trepar y saltar. Pidió a Lackland que disuadiera a aquellos temerarios, y Lackland logro hacerlo calculando que esa caída de veinte metros equivalía a una caída de medio metro en su país natal. La comparación revivió en los recuerdos infantiles, pero se apresuró a apartarlos de su mente. El capitán, reflexionando sobre este episodio, llegó a la conclusión de que su tripulación estaba compuesta por lunáticos, y que él era el más chalado de todos; pero estaba seguro de que esa forma de demencia resultaría útil.

Durante un tiempo nadie tuvo una idea mas practica; Lackland aprovecho la oportunidad para dormir, pues necesitaba descanso. Había hecho dos largas siestas en su refugio, interrumpidas por una suculenta comida, cuando llegó el informe del cohete de exploración. Era breve y desalentador. El risco llegaba hasta el mar mil kilómetros al noreste de ese lugar, casi exactamente en el ecuador En dirección opuesta alcanzaba dos mil kilómetros, disminuyendo gradualmente de altitud y desapareciendo por completo a la latitud de cinco gravedades. No era perfectamente recto y revelaba una curvatura profunda que, en un punto, se alejaba del océano; el tanque se había atascado en ese punto. Dos ríos bajaban desde el borde dentro de los limites de la bahía, y el tanque se encontraba apresado entre ambos, pues era descabellado cruzarlos remolcando el Bree sin viajar primero muchos kilómetros corriente arriba desde las tremendas cataratas. Una de ellas estaba cincuenta kilómetros al sur; la otra, ciento cincuenta kilómetros al norte y al este alrededor de la curvatura del peñasco. El cohete no había podido examinar detalladamente esa comarca escarpada desde la altitud que debía mantener, pero el Intérprete dudaba que el tanque pudiera superar el obstáculo. En todo caso, el mejor sitio estaba cerca de una de las cataratas, donde la erosión era visible y quizás hubiera abierto sendas transitables.

–¿Como rayos se puede formar semejante risco? –pregunto Lackland con amargura–. Dos mil quinientos kilómetros de risco, y tenemos que toparnos con él. Apuesto a que es el único de su especie en el planeta.

–No apuestes demasiado –replico el topógrafo–. Los chicos de fisiográfica cabecearon de gusto cuando se lo conté. Uno de ellos se sorprendió de que fuera el primero con el que te topabas; pero otro aclaró que la mayoría de ellos deben de estar situados a mas distancia del ecuador, así que no era tan sorprendente. Aun estaban discutiendo cuando los dejé. Supongo que es una suerte que tu amiguito deba efectuar la mayor parte del viaje por ti.

–No es mala idea. –Lackland hizo una pausa, pensando en algo mas–. Puesto que estas fallas son tan comunes, infórmame si hay otras entre el lugar donde nos encontramos y el mar. ¿Tendrás que hacer otro examen del terreno?.

–No. Consulte antes a los geólogos y eché un vistazo. Si puedes bajar este escalón, estarás bien. En realidad, podrías botar la nave de tu amigo en el río, al pie del risco, y él podría llegar por su cuenta. El mayor problema es el salto al vacío con ese velero.

–Salto al vacío... Hum. Se que lo dices en sentido figurado, Hank, pero tal vez hayas dado en el clavo. Gracias por todo. Hablaré contigo mas tarde. –Lackland se aparto del equipo y se recostó en la litera, devanándose los sesos. Nunca había visto el Bree a flote; la nave estaba

encallada desde antes de su encuentro con Barlennan, y, en ocasiones recientes, cuando la había remolcado para cruzar ríos, él estaba dentro del tanque y bajo la superficie. Por lo tanto, no sabía a que altura flotaba el velero. Aun así, debía de ser muy liviano para flotar en un océano de metano líquido, pues dicha sustancia tiene la mitad de la densidad del agua. Además, el barco no era hueco, es decir, no flotaba en virtud de un gran espacio central con aire que reducía su densidad media, como una nave de acero en la Tierra. La «madera» del Bree era tan ligera como para flotar en metano y soportar el peso de los tripulantes y de un cargamento sustancial.

Una balsa individual, pues, no podía pesar mas que algunos gramos, quizás un kilo, en ese mundo y en ese lugar. Lackland podía instalarse en el borde del precipicio y bajar varias balsas por vez; dos marineros podrían alzar la nave, si lograba persuadirlos de ponerse debajo. Lackland no tenía cuerdas o cables, salvo los que utilizaba para remolcar el trineo; pero el Bree iba bien provisto de cuerdas, y los marineros podrían utilizarlas para afrontar la situación. ¿O no? En la Tierra era una operación marítima elemental; en Mesklin, con aquellos sorprendentes aunque comprensibles prejuicios contra los actos de elevar, saltar, arrojar y todo lo que involucrara alguna altura, la situación podía ser diferente. Bien, los marineros de Barlennan al menos podían atar nudos, y la idea de remolcar ya no debía de resultarles tan extraña, así que sin duda podían resolver el problema.

Sin embargo, necesitaba la opinión de Barlennan; tendiendo un pesado brazo, Lackland activo el transmisor más pequeño y llamo a su diminuto amigo.

–Barlennan, me preguntaba si tu gente podría bajar la nave con cables, una balsa cada vez, y ensamblarla en el fondo.

–¿Cómo bajarías tu?

–No bajaría. Al sur, a cincuenta kilómetros de aquí, hay un gran no que es navegable hasta el mar, si el Informe de Hank Stearman es preciso. Mi sugerencia es remolcarte hasta la catarata, ayudarte a bajar el Bree, observar como botas la nave en el río y desearte buena suerte... Desde entonces, todo lo que podremos hacer por ti es darte informes sobre el tiempo y la navegación, tal como convinimos. ¿Tienes cuerdas que sostengan el peso de una balsa?

–Desde luego. El cordaje común soportaría la nave entera en esta región.

–¿Y la tripulación? ¿Le agradara la idea de bajar por allí?

Barlennan reflexiono un instante.

–Creo que no habría inconveniente. Los bajaré en las balsas, encomendándoles alguna tarea, como la de procurar permanecer apartados de la roca. Eso les impedirá mirar hacia abajo y les mantendrá lo bastante ocupados para que no piensen en la altura. De cualquier modo, con esta sensación de euforia que tienen todos –Lackland gruño para sus adentros–, nadie teme una caída; lo cual casi raya en la imprudencia. Nos encargaremos de esa parte. ¿Quieres que nos dirijamos hacia esa catarata?

–De acuerdo.

Lackland se acomodo ante los controles, sintiendo una repentina fatiga. Su parte de la misión estaba a punto de terminar mucho antes de lo previsto, y su cuerpo pedía a gritos liberarse del peso que había soportado durante los últimos siete meses. Tal vez no hubiera debido quedarse todo el invierno, pero, a pesar del cansancio, no lo lamentaba.

El tanque viró hacia la derecha y se puso de nuevo en marcha, paralelamente al borde del precipicio, que quedaba a doscientos metros. Los mesklinitas estarían superando su miedo a la altura, pero Lackland empezaba a sufrirlo. Además, no había intentado reparar el foco principal desde su primera batalla con la fauna de Mesklin, y no tenía intención de viajar cerca de ese borde por la noche, guiándose solo con las luces de conducción.

Llegaron a la catarata en un solo tramo de veinte días. Tanto los nativos como Lackland la oyeron mucho antes de llegar: un vago rumor en el aire que gradualmente se transformo en un estruendo ahogado, y luego en un rugido que dejaba mal parado incluso al equipo vocal mesklinita. Era de día cuando la avistaron, y Lackland frenó involuntariamente al verla. El río tenía un kilómetro de anchura en el borde y era terso como vidrio, con un cauce que parecía

Librodot

desprovisto de rocas u otras irregularidades. Simplemente se curvaba en el borde y caía hacia abajo. La catarata había erosionado mas de un kilómetro de terreno desde la línea del risco y tenían una espléndida vista del desfiladero. Las ondas no daban indicios de la velocidad de caída del líquido, pero si la violencia con que la espuma estallaba en el fondo. Aún con esa gravedad y esa atmósfera, una nube permanente de bruma ocultaba la parte inferior de la lamina curva, evaporándose gradualmente para revelar la encrespada y arremolinada superficie del río. No había viento, excepto el creado por la catarata misma, y la corriente se calmaba al alejarse rumbo al océano.

Los tripulantes del Bree saltaron por la borda en cuanto se detuvo el tanque, y el modo en que se desperdigaron a lo largo del borde del desfiladero indicaba que no habría muchas dificultades para el descenso. Barlennan les ordeno que subieran a bordo, y de inmediato pusieron manos a la obra. Lackland se relajo una vez mas mientras extraían las cuerdas y arrojaban una plomada sobre el borde para obtener una medición más precisa de la altura del risco, Algunos marineros sujetaron todos los objetos sueltos de las balsas, aunque los preparativos para el viaje original habían dejado poco que hacer en este sentido; otros empezaron a desanudar las ataduras que unían las balsas y revisaron los parachoques que las mantenían a distancia segura. Trabajando deprisa, desprendieron una balsa tras otra del cuerpo principal de la nave.

Una vez iniciadas las faenas, Barlennan y el primer piloto se dirigieron al borde para determinar el mejor sitio para el descenso. El desfiladero fue desechado de inmediato; el río era demasiado turbulento allí, aunque hubieran querido hacer el ensamblaje a flote. Sin embargo, resultó que casi cualquier otro punto de la superficie del risco era adecuado, así que los oficiales escogieron uno que estuviera cerca de la boca del desfiladero. Tendrían que acarrear la nave ensamblada o sus partes separadas hasta el río, sin ayuda del tanque, y no había motivo para prolongar el viaje mas de lo necesario.

Armaron un andamiaje de mástiles en el borde para brindar un punto de suspensión que impidiera la fricción de las cuerdas, aunque los mástiles no tenían la longitud suficiente para mantener una balsa a mucha distancia de la pared del risco; acto seguido, unieron al andamiaje un aparejo de poleas, que Lackland observo con interés, y pusieron la primera balsa en posición. La acomodaron en una hamaca de cuerdas para que bajara horizontalmente, con el cable principal amarrado a la hamaca y asegurado en un árbol; varios marineros cogieron el cable y empujaron la balsa por encima del borde.

Todo andaba bien, pero Dondragmer y su capitán inspeccionaron cada detalle con sumo cuidado antes de que el piloto y un tripulante abordaran la plataforma que pendía con cierta inclinación contra la roca, unos dos o tres centímetros debajo del borde. Por un instante, cuando subieron a bordo, todos miraron con ansiedad; pero no ocurrió nada, y Dondragmer dio ordenes de iniciar el descenso. Todos los tripulantes que no manejaban el cable se acercaron al borde para presenciar la operación. A Lackland también le hubiera gustado mirar, pero no tenía intención de poner en peligro el tanque ni su persona. Además de su propio temor a la altura, el cordaje utilizado por los mesklinitas le producía aprensión; en la Tierra no hubiera podido sostener ni un saco de azúcar.

Los mesklinitas roncaron de excitación y se alejaron del borde, indicando que la primera balsa había llegado a salvo; Lackland pestañeo cuando los marineros procedieron a apilar varias balsas mientras subían el cable. Al parecer, no querían perder mas tiempo del necesario. Aunque confiaba en el juicio de Barlennan, el terrícola decidió inspeccionar la pila de balsas antes del descenso. Estaba a punto de ponerse la escafandra, cuando recordó que no era necesario; se relajo de nuevo, llamo a Barlennan y le pidió que dispusiera los aparatos de comunicación para que sus «ojos» enfocaran la actividad deseada. El capitán acató la orden de inmediato, pidiendo a un marinero que conectara uno de los aparatos al andamiaje, de tal modo que mirase hacia abajo, y que pusiera otro encima de la pila de balsas que acababan de amarrar a la hamaca de cuerdas. Lackland pasaba de un enfoque a otro mientras la operación proseguía su curso. El primero resultaba desconcertante, pues solo se veían unos metros de

cable desde la lente y la carga parecía descender sin sostén; el otro le ofrecía una vista de la pared del risco, que sin duda habría sido fascinante para un geólogo. Con el descenso a medio concluir, decidió llamar a Toorey para invitar a los interesados a observar. El departamento de geología acepto y comento libremente el resto de la operación.

Bajaron una carga tras otra, sin variaciones que proporcionaran interés al procedimiento. Al final, instalaron un cable más largo y el descenso se manipuló desde abajo, pues la mayoría de los tripulantes ya se encontraba allí. Lackland sospecho la razón cuando Barlennan se aparto de la escena y brincó hacia el tanque. La radio instalada en el techo del vehículo era fija, y no había bajado con las demás.

–Solo nos quedan dos cargas, Charles –dijo el capitán–. Habrá un pequeño problema con la última. Nos gustaría mantener todo nuestro equipo, si es posible, lo cual significa desmantelar y bajar los mástiles utilizados con el aparejo. No queremos arrojarlos porque no sabemos si aguantaran. El suelo es muy rocoso abajo. ¿Podrías ponerte la escafandra y bajar a mano la ultima carga? Dispondré las cosas para que consista en una balsa, los mástiles, el aparejo y yo mismo.

Lackland quedo sorprendido ante el ultimo ítem.

–¿Quieres decir que te confiarías a mis fuerzas, sabiendo que estoy soportando tres veces y media mi gravedad normal, mas el peso de mi escafandra?

–Por supuesto. La escafandra será tan pesada como para servir de ancla, y si te anudas una vuelta de cuerda alrededor del cuerpo, puedes bajarla gradualmente. No veo ninguna dificultad; la carga será de pocos kilos.

–Tal vez, pero hay otra cosa. Tu cuerda es muy delgada, y los guanteletes de mi escafandra resultan un poco toscos para coger objetos pequeños. ¿Que ocurrirá si la cuerda se me escapa?

Barlennan callo unos instantes.

–¿Cuál es el objeto más pequeño que puedes manejar con razonable seguridad?

–Uno de tus mástiles, diría yo.

–No hay problema, pues. Enrollaremos la cuerda alrededor del mástil para que lo utilices como carrete. Luego arrojaras el mástil y la cuerda; si el mástil se parte, la perdida no será muy grande.

Lackland se encogió de hombros.

–Es tu salud y tu propiedad, Barl. Desde luego, seré cuidadoso; no quiero que te ocurra nada, y menos por negligencia mía. Saldré dentro de un instante.

Barlennan lo estaba esperando. Una sola balsa aguardaba ahora en el borde del risco, sujeta a la hamaca y preparada para el descenso. Encima había una radio y los restos amarrados del andamiaje, y el capitán arrastraba hacia Lackland el mástil que tenía la cuerda enroscada alrededor. El hombre se aproximaba con lentitud, pues la terrible fatiga parecía crecer a cada instante; pero al final llego a tres metros del borde, se inclinó tanto como se lo permitía su incomodo atuendo, y cogió el mástil. Sin una palabra de advertencia ni nada que sugiriese dudas sobre su amigo humano, Barlennan regreso a la balsa, se cercioró de que el cargamento estuviera bien amarrado, lo empujó hasta que oscilo en el borde del risco y trepó a bordo.

Se volvió para echar un ultimo vistazo a Lackland, y el hombre habría jurado que le guiñaba un ojo.

–Aguanta, Charles –dijo la voz por la radio.

El capitán se plantó resueltamente en el borde exterior de la balsa que colgaba en precario equilibrio. Tenía las pinzas bien cerradas sobre los aparejos, y solo eso lo mantenía a bordo cuando la plataforma se inclinó y se deslizó por encima del borde.

La cuerda que sostenía Lackland tenía margen suficiente para permitir una caída de medio metro; la balsa y el pasajero desaparecieron al instante. Un brusco tirón indico al hombre que la cuerda aun aguantaba, y poco después la voz de Barlennan le confirmo jovialmente esa información.

–¡Bájala! –fue la frase final, y Lackland obedeció.

Con aquel carrete era como manejar una cometa: una cuerda enroscada en un palillo. Aquello le evoco recuerdos infantiles; pero sabía que si perdía esa cometa tardaría mucho en reponerse.

La voz de Barlennan le llegaba de forma intermitente y siempre en tono alentador; era como si la pequeña criatura entendiera la angustia que embargaba a Lackland: «Ya vamos por la mitad», «Todo anda bien», «Ya no temo mirar hacia abajo, a pesar de la distancia». Y, al final:

–Ya llegamos, solo un poco más. Eso es, estoy abajo. Sostén el carrete un momento, por favor. Te avisaré cuando la zona este despejada y puedas arrojarlo.

Lackland continuo obedeciendo. Para conservar un recuerdo, intentó cortar un trozo del final del cable, pero le resultó imposible a pesar de la escafandra. Sin embargo, el borde de una de las pinzas de la escafandra tenía filo suficiente para cortar aquel material, y, cuando lo consiguió, se sujeto el recuerdo alrededor del brazo antes de cumplir las ultimas ordenes de su aliado.

–Ya hemos despejado la zona, Charles. Puedes soltar la cuerda y arrojar el mástil cuando quieras.

La delgada cuerda culebreo, perdiéndose de vista, y luego le siguió la rama de veinticinco centímetros que era uno de los principales mástiles del Bree. Ver cosas en caída libre en triple gravedad, pensó Lackland, era peor que pensar en ello. Quizá fuera mejor en los polos, donde no podías verlo. ¡Allí, un objeto caía a tres kilometres por segundo! Pero quizá la desaparición abrupta resultara igualmente agotadora para los nervios. Lackland ahuyentó esos pensamientos y regresó al tanque.

Durante el par de horas que duro la operación, observó a través de los visores a los tripulantes que ensamblaban el Bree. Con cierta nostalgia, vio el grupo de balsas internándose en la corriente y escucho los adioses de Barlennan, Dondragmer y la tripulación.

Guardo silencio unos minutos y llamo a la base de Toorey.

–Podéis venir a buscarme. Ya hice todo cuanto podía hacer en la superficie.

10 - BOTES HUECOS

Lejos de la gran catarata, el río era ancho y fluía con lentitud. Al principio, el aire atrapado por el «agua» en descenso arrojaba una brisa hacia el mar, y Barlennan ordeno izar las velas para aprovecharla; pero la brisa cesó enseguida y el barco quedo a merced de la corriente. Sin embargo, esta iba en dirección favorable, y nadie se quejaba. La aventura terrestre había sido interesante y fructífera, pues varios de los productos vegetales obtenidos podrían venderlos a buen precio cuando regresaran; con todo, nadie lamentaba estar de nuevo a flote. Algunos contemplaron la catarata mientras estuvo a la vista y luego todos clavaron la mirada en el oeste para ver el cohete cuando oyeron su sofocado estruendo; pero, en general, había una sensación de expectativa.

Las orillas del río les llamaban cada vez mas la atención. Durante el viaje terrestre se habían habituado a ver algunas plantas erguidas –el Volador las llamaba «árboles»– cada varios días. Al principio habían resultado objetos fascinantes, y constituían una fuente de esos alimentos que planeaban vender en casa. Ahora los árboles abundaban y amenazaban con reemplazar por completo esas plantas rastreras cuyas ramas semejaban cuerdas. Barlennan se pregunto si una colonia instalada allí podría mantenerse comerciando con lo que el Volador denominaba «piñas».

Durante unos ochenta kilómetros no avistaron vida inteligente, aunque había gran cantidad de animales en las orillas. Por el río pululaban multitud de peces, aunque ninguno de tamaño suficiente para hacer peligrar el Bree. Eventualmente, ambas márgenes se cubrieron de

árboles que se extendían tierra adentro; Barlennan, espoleado por la curiosidad, ordenó acercar la nave a la orilla para observar de cerca el aspecto de un bosque.

Era muy brillante, aún en plena espesura, pues los árboles no formaban una techumbre, como en la Tierra; pero, así y todo, resultaba bastante extraño. Navegando a la sombra de aquellas extrañas plantas, muchos tripulantes volvieron a sentir el antiguo terror de tener objetos sólidos encima; y se produjo un alivio general cuando el capitán ordeno al timonel que se alejara de la orilla.

Si alguien vivía allí, sería bienvenido a bordo. Dondragmer manifestó en voz alta esta opinión, que fue recibida con un murmullo general de aprobación. Lamentablemente, aquellas palabras no fueron oídas o comprendidas en la orilla. Tal vez no temieran que los tripulantes del Bree quisieran arrebatarles el bosque, pero decidieron no correr riesgos; y, una vez mas, los viajeros tuvieron una experiencia con proyectiles.

En esta ocasión, el arsenal consistía en lanzas. Seis de ellas volaron silenciosamente desde la orilla y se clavaron temblando en la cubierta del Bree; otras dos rozaron el caparazón protector de unos marineros y repiquetearon en las balsas antes de detenerse. Los marineros que habían recibido el impacto brincaron convulsivamente por reflejo, y ambos cayeron a varios metros de distancia en el río. Regresaron a nado y se encaramaron a bordo sin asistencia, pues todos los ojos dirigían la mirada hacia el lugar donde se había originado el ataque. Sin necesidad de una orden, el timonel enfiló hacia el centro del río.

–Me pregunto quien las arrojó y si utilizaron para hacerlo una máquina como la del Volador. El ruido no fue el mismo –dijo Barlennan en voz alta, sin preocuparse de esperar respuesta.

Terblannen arranco una lanza de la cubierta, examinó su punta de madera y luego la arrojo hacia la costa. Como el arte de arrojar le resultaba totalmente nuevo, excepto por los experimentos que había hecho al echar objetos hacia el tanque en la ciudad de los arrojadores de piedras, la lanzó como un niño lanza un palo, y el proyectil fue girando en el aire hasta llegar al bosque. La pregunta de Barlennan quedo parcialmente respondida; aunque los brazos del tripulante eran cortos, el arma llego hasta la orilla. Los atacantes invisibles no necesitaban nada parecido al cañón de Lackland siempre que se parecieran a la gente común. Sin embargo, ni había modo de averiguar desde allí que aspecto físico tenían, ni el capitán tenía intenciones de descubrirlo mediante el examen directo. Así pues, el Bree continuó su rumbo, mientras un relato del episodio llegaba por radio a Lackland, en la distante Toorey.

Durante mas de cien kilómetros, el bosque continuó mientras el río se ensanchaba gradualmente. El Bree siguió un tiempo por el centro del río, después de aquel único encuentro con los habitantes del bosque, pero aun así no estuvo totalmente a salvo de problemas. Pocos días después del ataque con lanzas, avistaron un pequeño claro en la orilla izquierda. Su baja altura impedía a Barlennan ver tanto como habría deseado, pero en el claro podía distinguir objetos dignos de examen. Al cabo de ciertos titubeos, ordeno que la nave se acercara a esa margen. Los objetos semejaban árboles, pero eran más bajos y gruesos. Si Barlennan hubiera sido mas alto, habría visto pequeñas y reveladoras aberturas; Lackland, observando por uno de los visores, recordó de inmediato fotos de chozas de nativos africanos, pero de momento no dijo nada. En realidad le interesaban más otros objetos que estaban parte en la orilla y parte en el río, frente a lo que en su opinión era una aldea. Podrían haber sido troncos o cocodrilos, pues a esa distancia no eran claramente visibles, pero Lackland sospechaba que eran canoas. Sería interesante ver como reaccionaba Barlennan ante una embarcación tan diferente de la suya.

Paso un rato, sin embargo, hasta que los tripulantes del Bree comprendieron que los «troncos» eran canoas, y los otros objetos, habitáculos. De hecho, Lackland llego a temer que continuaran viaje sin darse cuenta, pues la experiencia reciente había vuelto muy cauto a Barlennan. Además, los colegas de Lackland no deseaban que la nave continuara sin detenerse. Por fin, cuando el Bree paso frente a la aldea, la marea de cuerpos rojos y negros que inundo la orilla demostró que la conjetura del terrícola era correcta. Los objetos

Librodot

semejantes a troncos fueron empujados hacia el río, cada cual con varias criaturas que aparentemente pertenecían a la misma especie que los tripulantes del Bree. Eran iguales en forma, tamaño y coloración; y, cuando se acercaron al barco, emitieron ensordecedores ronquidos iguales a los que Lackland había oído a sus pequeños amigos.

Las canoas parecían fabricadas con troncos, convenientemente ahuecados para que solo asomaran las cabezas de los tripulantes; por la distribución, Lackland dedujo que iban tendidos dentro y que manejaban los remos con brazos provistos de pinzas.

Los artilleros acudieron a los lanzallamas de sotavento del Bree, aunque Barlennan dudaba que fueran de utilidad.

Toda oportunidad de hacer un uso efectivo del polvo flamígero desapareció cuando la flota de canoas se desperdigó para rodear el Bree. A una distancia de dos o tres metros se detuvieron, y se produjo un silencio que se prolongo durante un par de minutos. Para gran fastidio de Lackland, el sol se puso y no pudo ver lo que sucedía a continuación. Pasó varios minutos tratando de descifrar el sentido de los extraños sonidos que le llegaban a través del equipo, pero el esfuerzo resultó infructuoso, pues ninguno de ellos articulaba palabras en un idioma que él conociera. Nada indicaba una actividad violenta; al parecer, ambas tripulaciones parloteaban tratando de comunicarse. Sin embargo, Lackland dedujo que no hablaban un idioma común, pues no parecía haber una conversación sostenida.

Al amanecer, Lackland descubrió que durante la noche se habían producido algunas novedades. El Bree, que debería haberse alejado corriente abajo, aún permanecía frente a la aldea. Y ya no flotaba en medio del río, sino a pocos metros de la orilla. El terrícola se disponía a preguntar a Barlennan por que corría semejante riesgo y como había logrado maniobrar, cuando se tornó evidente que el capitán estaba tan sorprendido como él ante el giro de los acontecimientos.

Con expresión de fastidio, Lackland se volvió hacia uno de los hombres que tenía al lado.

–Barlennan se ha metido en problemas. Se que es un tío listo, pero debe recorrer más de cincuenta mil kilómetros y no me gusta verlo en un atolladero en los primeros cien.

–¿No vas a ayudarle? Hay dos mil millones de dólares en juego, por no mencionar la reputación de muchos.

–¿Que quieres que haga? Solo podría darle consejos, y, dadas las circunstancias, está mas capacitado que yo para evaluar la situación. Es evidente que puede verla mejor, por no mencionar que esta tratando con gentes como él.

–Por lo que veo, son tan similares a el como los isleños de los mares del Sur al capitán Cook. Admito que parecen de la misma especie, pero ¿qué pasara si son caníbales, por ejemplo? Tu amigo puede estar en un brete.

–Aún suponiendo que así sea, no puedo ayudarlo. ¿Cómo disuades a un caníbal de engullir un apetitoso manjar cuando no conoces su idioma y ni siquiera lo tienes adelante? ¿Que atención prestara a una cajita cuadrada que le habla en un idioma extraño?

El otro enarco las cejas.

–No soy adivino para predecirlo pero, en tal caso, creo que estaría demasiado asustado para hacer nada. Como etnólogo, te aseguro que hay razas primitivas de muchos planetas, nuestra Tierra incluida, que se inclinarían, bailarían y ofrecerían sacrificios ante una caja parlante.

Lackland digirió aquella observación en silencio, cabeceo pensativamente y se volvió hacia las pantallas.

Varios marineros habían cogido pértigas para tratar de regresar al centro del río, pero en vano. Dondragmer, tras echar una ojeada a las balsas externas informó que estaban en una jaula formada por estacas clavadas en el lecho del río y que sólo podrían salir remontando la corriente. Quizá no fuera coincidencia que la jaula tuviera el tamaño suficiente para acoger al Bree. Mientras Dondragmer enviaba su informe, las canoas se alejaron de los tres lados cerrados y se reunieron en el cuarto; los marineros, que habían oído el comentario del piloto y se disponían a usar las pértigas para avanzar corriente arriba, miraron a Barlennan esperando ordenes. Tras unos instantes de reflexión, Barlennan ordenó a los tripulantes que se dirigieran

al otro extremo de la nave y reptó hacia el lado que quedaba frente a las canoas. Ya había deducido como habían movido el barco; aprovechando la oscuridad algunos remeros habían bajado de las canoas, habían nadado hasta situarse debajo del Bree y lo habían empujado hasta donde querían. Aquello no le pareció sorprendente; él también podía sobrevivir un tiempo debajo de la superficie de un río o un océano, pues solían contener una buena dosis de hidrógeno disuelto. Lo que ignoraba era por que aquellas gentes querían el barco.

Mientras pasaba frente a uno de los depósitos de provisiones, alzó la tapa y cogió un trozo de carne. Lo llevo hasta el borde de la nave y lo ofreció a la multitud de silenciosos captores Oyó un chachareo ininteligible cuando éste cesó; una de las canoas se acercó y el nativo de la proa se estiro hacia la ofrenda. Barlennan dejó que se la llevara. Los nativos la observaron y comentaron; luego, el que parecía ser el jefe arranco un buen pedazo, pasó el resto a sus compañeros y consumió pensativamente la que se había quedado. Barlennan se sintió de mejor ánimo; el hecho de que la hubiera compartido sugería que aquellas gentes tenían un grado de desarrollo social. El capitán cogió otro trozo y lo ofreció como antes; pero, en esta ocasión, no dejo que se lo llevaran. Lo puso detrás de si, reptó hasta una de las estacas que aprisionaban la nave, la señaló, señaló el Bree y señaló el río. Estaba seguro de que se expresaba con claridad; sin duda los observadores humanos lo comprendían, a pesar de que no había utilizado ninguna palabra terrícola, Sin embargo el jefe no reaccionó. Barlennan repitió los gestos y terminó extendiendo de nuevo el trozo de carne.

Toda conciencia social que tuviera el jefe debía de estar limitada estrictamente a su propia comunidad, pues cuando el capitán extendió la carne por segunda vez, una lanza surgió como la lengua de un camaleón, ensarto la comida, la arrancó de la pinza de Barlennan y desapareció sin que ninguno de los atónitos marineros pudiera hacer nada por evitarlo. Luego, el jefe ladró una orden, y la mitad de los tripulantes de cada canoa brincaron hacia delante.

Los marineros no estaban acostumbrados al ataque aéreo y, además, se habían distendido cuando el capitán inició las negociaciones; en consecuencia, no hubo nada parecido a una pelea. El Bree fue capturado en menos, de tres segundos. Un comité encabezado por el jefe se puso a investigar los depósitos de alimentos y su satisfacción era evidente a pesar de la barrera idiomática. Barlennan observó consternado mientras sacaban la carne a cubierta, evidentemente dispuestos a trasladarla a una canoa, y por primera vez pensó que quizá pudiera pedir consejo a alguien más.

–¡Charles! –exclamó, hablando inglés por primera desde el inicio del episodio–. ¿Has estado observando?

Lackland, entre angustiado y divertido, respondió de inmediato.

–Si, Barlennan. Sé lo que ocurre.

Estudio la reacción de los captores del Bree y no tuvo motivos para sentirse defraudado. El jefe, que miraba hacia el lado contrario de donde estaban las radios, se volvió como una serpiente de cascabel sobresaltado y comenzó a buscar el origen de aquella voz con un aire de desconcierto increíblemente humano. Un miembro de la tribu que estaba frente a las radios le indico aquella por donde Lackland había transmitido su mensaje; pero, después de tantear la caja impenetrable con el cuchillo y la lanza, el jefe rechazó aquella sugerencia. El terrícola escogió ese momento para hablar de nuevo.

–¿Crees que será posible hacer que se asusten de las radios, Barlennan?

Antes de que Barlennan tuviera oportunidad de responder, Dondragmer se acerco a la pila de carne, escogió un trozo y lo puso frente a la radio, simulando humildad. Había corrido el riesgo de que lo apuñalaran, y lo sabía; pero sus captores estaban demasiado desconcertados por la nueva situación como para ofenderse por ese movimiento. Lackland, comprendiendo que el piloto había sabido interpretar su plan, continuó; redujo el volumen para que su próximo discurso pareciera menos furibundo ante los nativos, y aprobó con entusiasmo el acto del piloto.

–Buen trabajo, Dondragmer. Cada vez que uno de vosotros haga algo así, intentaré demostrar aprobación; y ladraré ante cualquier acto que me desagrade. Tu sabes que hacer mejor que yo, así que procura convencerlos de que estas radios son seres poderosos que lanzaran un rayo si los fastidian.

–Comprendo. Nos encargaremos de ello –respondió el piloto–. Imaginaba que era eso lo que tenías en mente.

El jefe, armándose de coraje, asestó un lanzazo a la radio más próxima. Lackland guardo silencio, pensando que el resultado natural en la punta de madera ya sería bastante impresionante; los marineros entraron de buena gana en el juego descrito por el Volador. Con lo que Lackland como por el equivalente de jadeos reverentes, se apartaron de la escena y se taparon los ojos con las pinzas. Al cabo de un momento, viendo que no ocurría nada mas, Barlennan ofreció otro trozo de carne, gesticulando para dar la impresión de que rogaba por la vida de aquel extranjero ignorante. Las gentes del río estaban obviamente impresionadas, y el jefe, retrocediendo, reunió a su comité y comenzó a deliberar. Al final, uno de sus consejeros recogió un trozo de carne y lo ofreció a la radio más próxima. Lackland se disponía a expresar un dulce agradecimiento cuando Dondragmer exclamo:

–¡Recházalo!

Sin saber por que, pero confiando en el juicio del piloto, Lackland aumento el volumen y lanzo un rugido leonino. El donante retrocedió aterrorizado; a una brusca orden del jefe, reptó hacia delante, recobró la ofrenda ofensiva, escogió otro trozo y lo entregó.

–Esta bien –dijo el piloto, y el terrícola bajó el volumen de la radio.

–¿Que tenía de malo el anterior? –pregunto en voz baja.

–Yo no habría ofrecido ese trozo ni a mi peor enemigo –replicó Dondragmer.

–Encuentro semejanzas entre vuestra gente y la mía en las más increíbles situaciones –señalo Lackland–. Espero que haya una pausa durante la noche; en la oscuridad no veo lo que ocurre. Si pasa algo ante lo cual deba reaccionar, por favor, avísame.

Hacía este comentario porque nuevamente se ponía el sol, y Barlennan le aseguro que lo mantendría informado. El capitán había recobrado el aplomo y volvía a dominar la situación, tanto como podía dominarla un prisionero.

Pasó la noche deliberando con el jefe, cuya voz, interrumpida en ocasiones por otras que debían pertenecer a sus asesores, llegaba nítidamente al terrícola. Al alba adoptaron una decisión. El jefe se aparto de sus consejeros y depuso las armas; ahora, mientras la luz del sol bañaba nuevamente la cubierta, se acerco a Barlennan, haciendo retroceder a los guardias. El capitán, sabiendo de antemano que quería el otro, aguardaba con calma. El jefe se detuvo a poca distancia de Barlennan, hizo una pausa teatral y comenzó a hablar.

Sus palabras continuaban siendo ininteligibles para los marineros, pero sus gestos indicaban claramente el sentido del discurso, incluso para los distantes observadores humanos.

Obviamente, quería una radio. Lackland se pregunto que poderes sobrenaturales atribuiría a aquel artilugio. Quizá la quisiera para proteger a su aldea de los enemigos, o para traer suerte a sus cazadores. Pero ese interrogante no tenía importancia; lo importante era saber como reaccionaría cuando rechazaran su solicitud. Tal vez la negativa resultase un tanto antisocial. Lackland empezó a preocuparse.

Barlennan, demostrando –a juicio de su amigo humano– mas valor que sensatez, respondió con brevedad: una sola palabra y un gesto que Lackland conocía de sobra. «No» fue la primera palabra mesklinita que el terrícola aprendió mas allá de toda duda, y la aprendió en esta ocasión. Barlennan se mostró muy tajante.

El jefe, para alivio de por lo menos un testigo, no adoptó una actitud beligerante. En lugar de eso, impartió una lacónica orden a su gente. Varios de sus hombres dejaron las armas y comenzaron a devolver el botín a los depósitos de donde lo habían arrebatado. Si la libertad no era suficiente a cambio de una de las cajas mágicas, estaba dispuesto a pagar más. Tanto

Barlennan como Lackland sospechaban que el sujeto ahora temía usar la fuerza, a pesar de su codicia.

Tras devolver la mitad de las vituallas, el jefe repitió su solicitud; ante la nueva negativa, hizo un gesto asombrosamente humano de resignación y ordeno a su gente que devolviera el resto. Lackland se estaba poniendo nervioso.

–¿Que crees que hará cuando le digas que no de nuevo, Barl? –pregunto en voz baja. El jefe miro esperanzadamente la caja; tal vez estaba deliberando con su dueño, ordenándole que diera a su captor lo que este pedía.

–No aventuraría una predicción –replico el mesklinita–. Con suerte, nos traerá mas cosas de la aldea para aumentar el pago, pero no se si la suerte llegara a tanto. Si la radio fuera menos importante, se la entregaría ahora.

–¡Por el amor de Dios! –El etnólogo, que estaba sentado al lado de Lackland, estalló–. ¿Has hecho esta payasada y arriesgado tu vida y la de tu gente para aferrarte a esa radio barata?

–No es barata– murmuro Lackland–. Están diseñadas para resistir en los polos de Mesklin, bajo la atmósfera mesklinita, y a la manipulación de los nativos mesklinitas.

–¡No discutas! –exclamo el estudioso de otras culturas–. ¿Acaso esos equipos no están allí para proporcionarnos información? ¡Dale uno a ese salvaje! ¿Que mejor sitio para colocarlo? ¿Y que mejor modo de estudiar la vida cotidiana de una raza totalmente extraña? Charles, a veces me asombras.

–Con eso quedarán tres en manos de Barlennan, y una que llegar por fuerza al polo sur. Entiendo tu argumentación, pero creo que será mejor obtener la aprobación de Rosten antes de dejar una tan pronto.

–¿Por que? ¿Que tiene que ver Rosten? El no esta arriesgando el pellejo como Barlennan, ni le interesa observar esa sociedad como a algunos de nosotros. Yo opino que debes dejarla; estoy seguro de que Barlennan ansía dejarla, y me parece que Barlennan tiene la ultima palabra.

El capitán, quien por supuesto había oído esta conversación, decidió intervenir.

–Olvidas, amigo de Charles, que las radios no son de mi propiedad. Charles me permitió llevarlas, como medida de seguridad, por sugerencia mía, para que al menos una llegara a destino aunque contratiempos inevitables me privaran de las demás. Yo creo que él, no yo, tiene la última palabra.

Lackland respondió de inmediato.

–Haz lo que consideres mejor, Barl. Tu estas allí y conoces tu mundo y sus gentes mejor que cualquiera de nosotros; y, aunque decidas dejar una radio allí, será beneficioso para mis amigos, como ya has oído.

–Gracias, Charles.

El capitán tomo una decisión en cuanto el Volador termino de hablar. Afortunadamente, el jefe había escuchado embelesado aquella conversación, sin tratar de aprovechar la circunstancia en su propio interés. Barlennan, manteniendo la farsa hasta el final, llamo a algunos tripulantes e impartió rápidas ordenes.

Moviéndose con circunspección y sin tocar nunca una radio, los marineros prepararon una hamaca de cuerdas. Luego desplazaron el equipo desde una distancia «prudente», con pértigas, y maniobraron hasta que la hamaca estuvo en posición, debajo y alrededor del equipo. Cuando terminaron, entregaron respetuosamente a Barlennan uno de los asideros de la hamaca. A su vez, él llamo al jefe y, con aire de encomendarle algo precioso y frágil, le entrego la cuerda. Luego señaló a los consejeros y dio a entender que debían sujetar los otros asideros. Varios de ellos se acercaron con cierta timidez; el jefe designó a tres para compartir ese honor, y los demás retrocedieron.

Despacio y con cuidado, los porteadores llevaron la radio hasta el borde de la balsa más externa del Bree. La canoa del jefe se acercó, una embarcación larga y angosta que evidentemente era un árbol ahuecado. Barlennan la miró con desconfianza. El siempre había

Librodot

navegado en balsa, y las embarcaciones huecas le resultaban extrañas. Estaba seguro de que la canoa era demasiado pequeña para soportar el peso de la radio; por eso, cuando el jefe ordenó a la mayoría de los tripulantes bajar de la canoa, apenas pudo reprimir el equivalente a un meneo de cabeza. Pensaba que aquel aligeramiento sería insuficiente. Quedó mas que sorprendido cuando la canoa, al recibir la carga, apenas osciló un poco. Observó varios segundos, esperando que la embarcación y la carga se hundieran de golpe; pero nada de eso ocurrió, y era manifiesto que no ocurriría.

Barlennan era un oportunista, como lo había demostrado meses antes con su firme decisión de asociarse con el visitante terrícola y aprender su idioma. Esto era algo nuevo, y obviamente valía la pena aprenderlo. Si se podían construir naves que soportaran tanto peso en relación con su tamaño, aprender a construirlas era muy importante para una nación marítima. Lo lógico era adquirir una canoa.

Con cuidado y respeto, toco la radio, inclinándose para ello sobre la superficie del río. Luego habló.

–Charles, voy a conseguir esta pequeña embarcación aunque tenga que regresar para robarla. Cuando termine mi discurso, por favor, responde... No importa lo que digas. Convenceré a esta gente de que el bote que transporto la radio esta demasiado alterado para un uso normal, y de que debe ocupar el lugar de la radio en mi cubierta. ¿Vale?

–Mi educación me impulsa a desdeñar a los embaucadores (alguna vez te traduciré esa palabra), pero admiro tus agallas. Espero que te salgas con la tuya, Barl, pero no te arriesgues mas de la cuenta.

Guardo silencio y observo mientras el mesklinita aprovechaba esas pocas frases.

Aunque apenas recurría al idioma hablado, sus gestos eran razonablemente inteligibles para los seres humanos, y claros como el cristal para sus ex captores. Primero inspeccionó atentamente la canoa, y a regañadientes, dio a entender que era valiosa. Luego desdeñó otra canoa que se había acercado, e indico a varios miembros de la tribu que aún se encontraban en la cubierta del Bree que se alejaran. Cogió una lanza que uno de los consejeros había dejado al ocupar su nueva posición, y dejo en claro que nadie debía acercarse a dicha distancia de la canoa.

Luego midió la canoa por longitudes de lanza, llevo el arma hasta donde antes estuviera la radio y, ostentosamente, despejo una zona de tamaño suficiente para albergar la embarcación; a una orden suya, varios tripulantes reordenaron las radios restantes a fin de dejar espacio para la nueva propiedad. Pudo haber intentado nuevas formas de persuasión, pero el ocaso interrumpió repentinamente esa actividad. Los moradores del río no pasaron la noche allí; cuando despunto el sol, la canoa con la radio estaba a metros de distancia, ya encallada en la costa.

Barlennan la miro con ansiedad. Casi todas las demás canoas también estaban en tierra y solo algunas continuaban rodeando el Bree. Habían acudido más nativos a la orilla, pero, para gran satisfacción de Barlennan, se limitaban a mirar y ninguno se acerco a la canoa cargada. Al parecer, les había causado bastante impresión.

El jefe y sus ayudantes descargaron su adquisición, mientras la tribu se mantenía a una distancia incluso mayor de la aconsejada por Barlennan. Llevaron la radio cuesta arriba; la multitud se apartó a uno y otro lado para dejarlos pasar y los siguió; durante largos minutos no hubo mas actividad. El Bree ya podría haber salido de su jaula, pues los tripulantes de las pocas canoas que quedaban en el río demostraban poco interés en la nave, pero el capitán no desistía fácilmente. Con la mirada fija en la costa, aguardó hasta que un numeroso grupo de largos cuerpos negros y rojos apareció en la orilla. Uno de ellos enfiló hacia la canoa; pero Barlennan notó que no era el jefe y emitió un ronquido de advertencia. El nativo se detuvo, y entonces se produjo un breve altercado que culminó en una serie de alaridos, los más estentóreos que Lackland le había oído a Barlennan. Poco después, el jefe apareció y se dirigió hacia la canoa; dos de los consejeros que habían ayudado a acarrear la radio la abordaron y bogaron hacia el Bree. Otra canoa los siguió a respetuosa distancia.

El jefe llegó hasta las balsas externas, en el punto donde habían cargado la radio, y desembarcó de inmediato. Barlennan había impartido sus ordenes en cuanto la canoa dejara la orilla; ahora, los marineros subieron la pequeña embarcación a bordo y la arrastraron hasta el espacio que le habían reservado, demostrando todavía gran reverencia. El jefe no aguardó a que culminara esa operación; se embarco en la otra canoa y regresó a la costa, mirando hacia atrás de vez en cuando. La oscuridad engulló la escena cuando él llegaba a la orilla.

–Tú ganas, Barl. Ojalá yo tuviera esa habilidad; sería mucho más rico de lo que soy, siempre y cuando lograra sobrevivir. ¿Esperarás hasta mañana para sacarles algo mas?

–¡Nos marchamos ahora mismo! –replicó el capitán sin titubeos.

Lackland se alejó de la oscura pantalla y se dirigió a sus aposentos para dormir por primera vez en muchas horas. Habían transcurrido sesenta y cinco minutos –menos de cuatro días de Mesklin– desde que avistaran la aldea.

11 - EL OJO DE LA TORMENTA

El Bree se internó en el océano del este tan gradualmente que nadie notó cuando se produjo el cambio. El viento soplaba cada día más, y al fin la nave pudo usar las velas normalmente; el río se ensanchó metro a metro y kilómetro a kilómetro hasta que las orillas dejaron de ser visibles desde la cubierta. Aun era «agua dulce» –es decir, carecía de la vida bullente que tenía prácticamente todas las zonas oceánicas de matices variados y contribuía a dar a ese mundo un aspecto tan asombroso desde el espacio–, pero los marineros verificaban con gran satisfacción que el olor se acercaba.

Todavía navegaban rumbo al este, pues, según los informes de los Voladores, una larga península les cerraba el paso hacia el sur. El tiempo era favorable, y estarían bien informados sobre posibles cambios gracias a los extraños seres que los observaban con tanta atención. Aun había provisiones en abundancia a bordo, las suficientes para permitirles llegar hasta los ricos parajes del mar profundo. La tripulación se sentía feliz.

El capitán también estaba satisfecho. Había aprendido, en parte por sus propios exámenes y experimentos, y en parte por las explicaciones de Lackland, que una embarcación hueca como aquella canoa podía acarrear mas peso que una balsa del mismo tamaño. Ya estaba fraguando planes para construir una gran nave –quizá mayor que el Bree– que siguiera el mismo principio y pudiera trasladar en un viaje las ganancias de diez. El pesimismo de Dondragmer no lograba disipar ese sueño rosado; el piloto temía que hubiera alguna razón para que ellos no usaran esas naves, aunque no atinaba a dar con ella.

–¡Se hundirá en cuanto empiece a soportar demasiado peso! –exclamó–. Puede estar bien para las criaturas del Borde, pero se necesita una balsa sólida allá donde las cosas son normales.

–El Volador dice que no –replico Barlennan–. Tu sabes tan bien como yo que el Bree no flota a mayor altura aquí que en nuestra patria. El Volador dice que es porque el metano también pesa menos, lo cual parece razonable.

Dondragmer no respondió; simplemente miró, con una expresión equivalente a una sonrisa complaciente, la resistente balanza compuesta de resorte y pesa de madera que constituía uno de los principales instrumentos de navegación de la nave. En cuanto esa pesa empezara a descender, estaba seguro, ocurriría algo que ni su capitán ni el Volador habían tenido en cuenta. No sabía de que se trataba, pero estaba seguro de ello.

La canoa, sin embargo, continuó flotando mientras la pesa ascendía lentamente. No flotaba a tanta altura como lo habría hecho en la Tierra, pues el metano líquido tiene la mitad de densidad que el agua; su línea de flotación, con la carga que llevaba, estaba a mitad de camino entre la quilla y la borda, de modo que quedaban diez centímetros invisibles bajo la superficie. Los otros diez centímetros de espacio libre no disminuían con el transcurso de los días, y el piloto parecía casi defraudado. Quizá Barlennan y el Volador tuvieran razón.

Librodot

La balanza de resorte empezaba a indicar un descenso respecto de la posición cero –estaba preparada, por supuesto, para un lugar donde el peso era cientos de veces superior al terrícola–, cuando se rompió la monotonía. El peso era siete veces el de la Tierra. La llamada habitual de Toorey llego un poco tarde, y tanto el capitán como el piloto empezaban a preguntarse si todas las radios habrían sufrido un desperfecto. No llamaba Lackland, sino un meteorólogo a quien los mesklinitas ya conocían muy bien.

–Barl –dijo el meteorólogo sin preámbulos–, no sé que tormenta considerarás peligrosa, pues tengo entendido que poseéis bastante resistencia, pero se aproxima una que no me gustaría afrontar en una balsa de quince metros. Es un pequeño ciclón con una fuerza huracanada incluso para Mesklin, y en el curso de mil quinientos kilómetros que he observado hasta ahora ha revelado violencia suficiente para agitar el material de abajo y dejar una estela de color contrastante en el mar.

–Eso es suficiente para mí –replico Barlennan–. ¿Cómo la evito?

–Ahí esta el problema. No estoy seguro. Todavía se encuentra lejos de tu posición, y no sé si atravesará tu curso cuando estés en el punto peligroso. Aun hay un par de ciclones comunes por delante que alterarán tu curso y quizá también el de la tormenta. Te aviso ahora porque hay un grupo de islas bastante grandes ochocientos kilómetros al sureste, y quizá desees dirigirte hacia allá. La tormenta afectara las islas, pero parece haber buenos puertos naturales donde podrías poner el Bree a resguardo hasta que termine.

–De acuerdo. ¿Cuál es mi posición de mediodía?

Los hombres rastreaban la posición del Bree mediante la radiación de los visores, aunque era imposible ver la nave desde allende la atmósfera sin telescopio, y el meteorólogo no tuvo problemas en dar al capitán la orientación que deseaba. La tripulación ajusto las velas según los nuevos datos y el Bree cambio de curso.

El tiempo seguía despejado, aunque el viento era intenso y el sol trazaba un arco en el cielo, sin provocar mayores cambios en ninguno de esos factores. Poco a poco fue apareciendo una bruma alta que se espesó hasta el punto que el sol dejo de ser un disco dorado para transformarse en un raudo retazo de luz perlada. Las sombras perdieron definición y, finalmente, desaparecieron mientras el cielo se transformaba en una cúpula luminosa. Este cambio se produjo despacio, en un periodo de muchos días, y entretanto las balsas del Bree recorrieron muchos kilómetros.

Estaban a menos de doscientos kilómetros de las islas cuando la tripulación olvidó la tormenta para pensar en otro asunto. El color del mar había cambiado de nuevo, pero eso no molestaba a nadie; estaban habituados a verlo azul o rojo. Nadie esperaba indicios de tierra a esa distancia, pues las corrientes en general eran transversales y las aves que pusieron a Colón sobre aviso no existían en Mesklin. A veces, un cúmulo alto, como los que a menudo se forman sobre las islas, se avistaba a doscientos kilómetros; pero apenas se distinguía en la bruma que cubría el cielo. Barlennan se guiaba solo por sus cálculos y por la esperanza, pues las islas ya no eran visibles para los terrícolas.

No obstante, un extraño acontecimiento ocurrió en el cielo.

A gran distancia del Bree, desplazándose con un movimiento ondulante totalmente extraño para los mesklinitas, pero que les habría resultado muy familiar a los seres humanos, apareció una diminuta mancha negra. Al principio, nadie la vio; pero, cuando advirtieron su presencia, ya estaba demasiado cerca y demasiado alta para entrar en el campo visual de los aparatos. El primer marinero que la vio soltó el habitual ronquido de sorpresa, sobresaltando a los observadores humanos de Toorey pero sin brindarles ninguna pista. Cuando fijaron la atención en la pantalla, solo vieron a los tripulantes del Bree, con la parte frontal de su cuerpo de oruga erguida mientras escrutaban el cielo.

–¿Que ocurre, Barl? –pregunto Lackland.

–No sé –respondió el capitán–. Por un instante pensé que tu cohete bajaba para guiarnos hacia las islas, pero es más pequeño y tiene una forma muy diferente.

–¿Esta volando?

–Si, pero no hace ruido como tu cohete. Se diría que el viento lo arrastra, aunque se mueve de forma demasiado apacible y regular, además de ir en dirección contraria. No se como describirlo; tiene mas anchura que longitud, y parece un mástil fijado sobre un travesaño. No se me ocurre mejor descripción.

–¿Podéis apuntar uno de los visores hacia arriba para que le echemos una ojeada?

–Lo intentaremos.

De inmediato, Lackland se comunicó por teléfono con uno de los biólogos.

–Lance, creo que Barl se ha topado con un animal volante. Estamos intentando echarle un vistazo. ¿Quieres venir a la sala de pantallas para decirnos de que se trata?

–Estaré allí enseguida.

La voz del biólogo se disipó al final de la frase; evidentemente, ya estaba saliendo de la habitación. Llegó antes de que los marineros hubieran instalado el equipo, pero se desplomó en una silla sin hacer preguntas. Barlennan hablaba de nuevo.

–Está sobrevolando el barco, a veces en línea recta y a veces en círculos. Cuando gira, se inclina; pero no sufre ningún otro cambio. Parece tener un cuerpo pequeño en la intersección de las dos varas...

Barlennan continuó con la descripción, pero el objeto era demasiado ajeno a su experiencia normal para que el mesklinita hallara símiles adecuados en un idioma extraño.

–Si aparece en pantalla, preparaos para entrecerrar los ojos –advirtió uno de los técnicos–. Voy a enfocarla con una cámara de alta velocidad, y tendremos que elevar muchísimo el brillo para obtener una buena exposición.

–Hay varas más pequeñas que se cruzan con la mas larga –prosiguió Barlennan–, y algo que parece una vela muy delgada estirada entre ellas. Ahora vuelve hacia nosotros, a muy baja altura... Creo que esta vez pasara frente a vuestro ojo.

Los observadores se pusieron rígidos, y la mano del fotógrafo se crispo sobre un interruptor de doble polaridad que, al cerrarse, activaría la cámara y aumentaría el brillo en la pantalla. Aunque estaba preparado, tardó en reaccionar, y los presentes echaron un buen vistazo antes de que el fogonazo les obligara a cerrar los ojos. Todos vieron suficiente.

Nadie habló mientras el técnico activaba el generador de frecuencia de revelado, rebobinaba la película, volvía la cámara montada hacia la pared de la habitación y encendía el proyector. Tenían suficiente tema de reflexión para distraerse durante los quince segundos que requirió esa operación.

La proyección estaba ralentizada en un cincuenta por ciento, y todos pudieron observar las imágenes con detenimiento. No era sorprendente que Barlennan no hubiera podido describir la criatura; nunca había imaginado que fuera posible volar hasta su encuentro con Lackland, unos meses antes, y su idioma carecía de palabras para describir semejante arte. Entre las pocas palabras terrícolas que había aprendido, no estaban incluidas «fuselaje», «alas» y «cola de avión».

El objeto no era un animal. Tenía un cuerpo –fuselaje, como lo denominaban los hombres– de un metro de longitud, la mitad que la canoa adquirida por Barlennan. Una vara delgada que se extendía varios centímetros hacia la popa tenía superficies de control en un extremo. Las alas se expandían más de seis metros, y la estructura de un travesaño principal y muchas costillas era fácil de ver a través de la tela casi transparente que las cubría. Dentro de sus limitaciones naturales, Barlennan había realizado una excelente tarea con la descripción.

–¿Que lo impulsa? –pregunto uno de los observadores–. No tiene hélices ni toberas, y Barlennan dijo que no hacia ruido.

–Es un avión de vela –dijo uno de los meteorólogos–. Un planeador, operado por alguien que tiene la destreza de una gaviota terrícola para utilizar las corrientes aéreas que ascienden desde el frente de una ola. Podría albergar a un par de criaturas del tamaño de Barlennan, y permanecer en el aire hasta que estas tuvieran que bajar para alimentarse o dormir.

Los tripulantes del Bree se estaban inquietando. El silencio total de la maquina voladora los perturbaba, y además no podían ver quien o que iba a bordo; a nadie le gusta ser

Librodot

observado por alguien a quien no puede ver. El planeador no revelaba hostilidad, pero los tripulantes aun recordaban su experiencia de un ataque aéreo, y esa presencia los sacaba de quicio. Dos de ellos manifestaron el deseo de practicar el recién aprendido arte de arrojar, usando cualquier objeto duro que pudieran hallar en cubierta, pero Barlennan lo prohibió estrictamente. Continuaron navegando, intrigados, hasta que la brumosa cúpula del cielo se oscureció con un nuevo ocaso. Nadie sabía si sentir alivio o preocupación cuando el nuevo día no revelo vestigios de la maquina volante. El viento era mas fuerte, y soplaba desde el noroeste, cruzando el curso del Bree; las olas aun no lo seguían y estaban muy encrespadas. Por primera vez, Barlennan noto una desventaja en la canoa; el metano que caía a bordo se quedaba allí. Antes del final del día, juzgo necesario izar la pequeña embarcación hasta las balsas exteriores y poner a dos marineros a achicar el agua, una operación para la cual no tenían ni las palabras ni el equipo adecuados.

La primera isla que avistaron era bastante alta, y el suelo se elevo rápidamente desde el nivel del mar para desaparecer en las nubes. Estaba a sotavento del punto donde la habían avistado por primera vez, y Barlennan, tras consultar el mapa del archipiélago que había garabateado siguiendo las descripciones del terrícola, mantuvo el rumbo. Tal como esperaba, apareció otra isla delante antes de que la primera se hubiera perdido de vista, y Barlennan alteró el curso para pasar a sotavento de ella. Aquel paraje, de acuerdo con las observaciones realizadas desde arriba, era muy irregular y debía de tener puertos naturales; además, Barlennan no tenía intención de bordear la costa afrontando el viento durante las noches que indudablemente necesitaría para su exploración.

Esta isla también parecía alta; no solo los picos llegaban hasta las nubes, sino que la costa los resguardaba del viento. La línea costera presentaba frecuentes fiordos; Barlennan procuraba atravesar la boca de cada uno de ellos, pero Dondragmer insistió en que valdría la pena penetrar hasta un punto que estuviera lejos de mar abierto. Sostenía que cualquier playa ofrecería un refugio adecuado. Barlennan decidió acceder solo para demostrar al piloto cuan equivocado estaba. Lamentablemente, el primer fiordo que examinaron presentaba un brusco recodo a un kilómetro del océano y se abría hacia una especie de lago, casi perfectamente circular y con cien metros de diámetro. Las paredes se elevaban en la niebla, excepto en la desembocadura por donde había entrado el Bree y una abertura más pequeña a pocos metros de la primera, donde un arroyo vertía sus aguas en el lago. La única playa estaba entre las dos aberturas.

Hubo tiempo suficiente para asegurar la nave y su contenido; las nubes pertenecían al segundo de los dos ciclones «normales» que habían mencionado los meteorólogos, y no a la tormenta principal. A los pocos días, el tiempo se despejo de nuevo, aunque el viento continuaba soplando con fuerza. Barlennan pudo ver que la bahía era el fondo de un valle con forma de cuenco, cuyas paredes tenían menos de treinta metros de altura y no eran demasiado abruptas. Era posible ver el interior de la isla a través de la hendidura cavada por el pequeño río, siempre que se trepara un corto trecho por una de las laderas. Haciendo esto cuando el tiempo se despejo, Barlennan realizó un descubrimiento desconcertante: montones de conchas marinas, algas y huesos de grandes animales marinos se hallaban desperdigados en medio de la flora terrestre que cubría la ladera. Nuevas investigaciones le permitieron descubrir que lo mismo sucedía en los alrededores del valle, hasta una altura de diez metros por encima del actual nivel del mar. Muchos restos eran ambiguos y estaban carcomidos o enterrados, lo cual se podía explicar por la acción de cambios en el nivel del mar. Pero algunos eran relativamente recientes, y eso solo podía significar que, en ciertas ocasiones, el mar subía por encima de su nivel actual. En consecuencia era posible que el Bree no estuviera en una posición tan segura como creían sus tripulantes.

Un solo factor limitaba las tormentas de Mesklin hasta el punto de posibilitar el viaje marítimo: el vapor de metano es mucho más denso que el hidrógeno. En la Tierra, el vapor de agua es más ligero que el aire y contribuye enormemente al desarrollo de un huracán una vez que este comienza. En Mesklin, el metano que una tormenta recoge del océano tiende a

Librodot

detener, en un tiempo relativamente corto, las corrientes ascendentes que son responsables de su origen. Además, el calor que irradia al condensarse para formar las nubes de tormenta equivale a un cuarto del que proporcionaría una cantidad de agua comparable, y ese calor constituye el combustible del huracán, una vez que el sol ha dado el impulso inicial.

A pesar de todo, un huracán mesklinita no es cosa de broma. Barlennan, aún siendo mesklinita, lo aprendió de repente. Estaba pensando en remolcar el Bree corriente arriba cuando la decisión quedó fuera de sus manos; el agua del lago retrocedió con pasmosa velocidad, dejando la nave encallada a veinte metros de la orilla. Poco después, el viento viró noventa grades, alcanzando una velocidad que obligó a los marineros que estaban a bordo a aferrarse a las cornamusas, y a los que se hallaban en tierra, a la vegetación. Nadie oyó el estridente ronquido del capitán ordenando regresar a bordo, ya que todos se habían refugiado en el circulo de las paredes del valle; de todas formas, nadie necesitaba una orden. Matorral por matorral, emprendieron el regreso –aferrándose con por lo menos dos pares de pinzas– hasta el lugar donde se encontraba la nave, que amenazaba con elevarse en cualquier momento, arrastrada por el viento. La lluvia –o, mejor dicho, la espuma, que azotaba la isla– los fustigó durante largos minutos; luego, las precipitaciones y el viento cesaron como por arte de magia. Nadie se atrevió a desatarse, pero los marineros más lentos recorrieron el ultimo tramo hasta el barco. Y lo hicieron justo a tiempo. El núcleo de la tormenta tendría cinco kilómetros de diámetro en el nivel del mar y se movía a cien kilómetros por hora. La pausa en el viento fue solo temporal; significaba que el centro del ciclón había llegado al valle. Además, esta era la zona de presión baja, y cuando llegó al mar en la desembocadura del fiordo se produjo la inundación. Las aguas se elevaron, cobrando velocidad, y penetraron en el valle como el chorro de una manguera. Recorrieron las paredes, atrapando al Bree en el primer circulo, y continuaron subiendo mientras la nave buscaba el centro del remolino..., cinco, diez, quince metros..., hasta que el viento atacó de nuevo.

Aunque la madera de los mástiles era dura, estos se partieron. Dos tripulantes habían desaparecido, quizá por haberse atado con demasiado apresuramiento. El viento envolvió la nave, desprovista de mástiles, y la arrojo hacia el remolino; como una astilla indefensa, salió disparada por el chorro líquido que ahora empujaba el pequeño río hacia el interior de la isla. El viento continuó arrastrándola, ahora hacia el costado del río; y cuando la presión se elevo de nuevo, la marejada retrocedió tan rápidamente como había llegado. Sin embargo, el tramo donde flotaba el Bree ya no tenía por donde ir excepto el cauce fluvial, y eso le llevo tiempo. Si hubiera durado la luz diurna, Barlennan habría podido guiar su maltrecha nave por esa corriente mientras aun flotaba; pero el sol se puso en ese instante, y encallaron sumidos en la oscuridad. La demora de pocos segundos fue suficiente; el líquido continuaba retrocediendo, y el sol, al regresar, asomó sobre un indefenso montón de balsas que estaban a veinte metros de un río demasiado angosto y con muy poca profundidad.

12 - JINETES DEL VIENTO

Desde Toorey habían visto buena parte de lo sucedido; los equipos de radio, al igual que la mayoría de los objetos más pequeños de la cubierta del Bree, permanecían en su sitio. No habían podido distinguir mucho mientras la nave giraba en ese vórtice, pero la situación actual era dolorosamente clara. Ninguna de las personas de la sala de pantallas tenía consejos útiles para ofrecer.

Lo mismo les ocurría a los mesklinitas. Estaban habituados a tener barcos encallados en tierra, pues, en su propia latitud, los mares retrocedían a finales de verano y de otoño, pero no a que ocurriera de golpe y con tantas tierras altas entre ellos y el océano. Barlennan y el piloto evaluaron la situación y no hallaron muchos motivos para sentir gratitud.

Aun tenían comida en abundancia, aunque la que llevaban en la canoa había desaparecido. Dondragmer aprovechó la ocasión para señalar la superioridad de las balsas, omitiendo

Librodot

mencionar que las provisiones de la canoa estaban amarradas con negligencia o incluso sueltas, por una errónea confianza en los flancos altos de la embarcación. La canoa seguía en el extremo de su línea de remolque, intacta. La madera de que estaba hecha compartía la elasticidad de las plantas de las latitudes altas. El Bree, construido con materiales similares, pero menos flexibles, también estaba intacto, pero habría sido muy diferente si hubiera habido muchas rocas en la pared del valle redondo. El Bree no se había volcado gracias a su hechura. Barlennan admitió ese punto sin esperar a que el piloto lo mencionara.

–Lo más conveniente sería desmantelarlo, como hicimos antes, y acarrearlo por encima de las colinas. No son muy empinadas, y el peso todavía no es excesivo –sugirió Barlennan al cabo de una larga reflexión.

–Quizá tengas razón, capitán. Pero ¿no ahorraríamos tiempo separando las balsas solo en sentido longitudinal, para tener remos a lo largo de la nave? Podríamos trasladarlas o arrastrarlas hasta el río, y sin duda flotarían antes de un largo trecho.

Fue Hars, que ya se había recuperado del impacto de la roca, quien hizo esta sugerencia.

–Buena idea, Hars. ¿Por que no averiguas que distancia precisa tendría ese trecho? El resto puede empezar a desatarlas como has sugerido, y descargar donde sea necesario. Me temo que parte del cargamento será un estorbo.

–¿El tiempo aun será desfavorable para esas maquinas volantes? –pregunto Dondragmer.

Barlennan miro hacia arriba.

–Las nubes todavía están bajas y el viento arrecia –dijo–. Si los Voladores están en lo cierto, y al parecer saben de que hablan, el tiempo aun es malo. Sin embargo, no estará de más echar una ojeada al cielo. Ojalá veamos otra.

–No es algo que me entusiasme –replico el piloto secamente–. Supongo que quieres añadir un planeador a la canoa. Te aseguro que, en caso de emergencia, llegaría a montarme en una canoa, pero el día en que trepe a una de esas maquinas volantes será una apacible mañana de invierno con ambos soles en el cielo.

Barlennan no respondió; no había pensado conscientemente en añadir un planeador a la colección, pero la idea le interesó. En cuanto a volar en la máquina, bien, a pesar de los cambios que Barlennan había experimentado, había ciertos limites.

Los Voladores informaron que el tiempo empezaba a despejarse, y las nubes, en efecto, se disiparon a lo largo de los días siguientes. Aunque el tiempo mejoró mucho para volar, pocos tripulantes pensaban en mirar los cielos. Todos estaban atareados. El plan de Hars había resultado viable, pues el arroyo tenía profundidad suficiente para las balsas pocos cientos de metros hacia el mar, y anchura suficiente para una sola balsa a poca distancia. Barlennan se había equivocado al afirmar que el peso ya no sería excesivo; todo pesaba el doble que cuando se habían despedido de Lackland, y ellos no estaban habituados a levantar nada. Aunque eran vigorosos, la nueva gravedad puso a prueba su destreza para alzar cosas, hasta el extremo de necesitar descargar las balsas antes de trasladarlas y arrastrarlas hasta el arroyo. Una vez en el agua, la tarea fue mucho más simple; y cuando una cuadrilla de excavación hubo ensanchado las márgenes hasta el punto más próximo al sitio donde descansaba el Bree, la labor se facilitó muchísimo. En pocos cientos de días, la larga y angosta hilera de balsas, nuevamente cargada, era remolcada hacia el mar.

Las máquinas volantes aparecieron cuando la nave acababa de entrar en el tramo donde las paredes del río eran mas empinadas, poco antes de desembocar en el lago. Karondrasee las vió primero; en ese momento se encontraba a bordo, preparando comida mientras los demás jalaban, y estaba más atento que sus compañeros. Su ronquido de alarma sobresaltó a terrícolas y mesklinitas, pero los primeros no pudieron ver a los visitantes porque el visor no estaba apuntado hacia el cielo.

Barlennan los vio con toda claridad. Eran ocho planeadores viajando en estrecha cercanía, aunque no en formación cerrada. Se acercaron montados en las corrientes del valle hasta casi sobrevolar la nave; luego cambiaron de rumbo para pasar frente al Bree. Mientras giraban en lo alto, cada uno soltó un objeto, viró y regresó hacia el viento para recobrar altura.

Librodot

Los objetos eran muy nítidos; los marineros vieron que eran lanzas, muy parecidas a las de los moradores del río, pero con puntas más gruesas. Por un instante, el viejo terror a los objetos en caída amenazó con sumirlos en la histeria; pero entonces vieron que los proyectiles no les alcanzarían, sino que caerían a cierta distancia. Segundos después, los planeadores regresaron, y los marineros se amilanaron temiendo que hubieran mejorado la puntería; sin embargo, las lanzas cayeron en el mismo lugar. A la tercera pasada, fue evidente que la puntería era deliberada; y pronto se evidencio el propósito. Cada proyectil había caído en el angosto arroyo, penetrando en el firme suelo de arcilla; al final de la tercera pasada, dos docenas de estacas formadas por el asta de las lanzas impedían que la nave avanzara corriente abajo.

Cuando el Bree se aproximó a la barricada, el bombardeo cesó. Barlennan pensó que continuarían para impedir que se acercaran y eliminaran el obstáculo, pero al llegar comprendieron que no era necesario. No podrían arrancar esas lanzas; las habían arrojado desde treinta metros de altura con magnífica puntería en un campo de siete gravedades, y nada, salvo una potente maquinaria, podría extraerlas. Terblannen y Hars lo demostraron en cinco minutos de infructuosos esfuerzos.

–¿No podéis cortarlas? –preguntó Lackland desde su distante punto de observación–. Sé que vuestras pinzas son muy potentes.

–Esto es madera, no metal –respondió Barlennan–. Necesitaríamos una de vuestras sierras de metal duro, que según dices cortaría incluso nuestra madera, a menos que tengáis alguna máquina para extraerlas.

–Debéis tener herramientas capaces de cortarlas. ¿Cómo hacéis reparaciones en el barco?. Las balsas no tenían originalmente esa forma.

–Nuestras herramientas de corte están construidas con dientes de animales puestos en bastidores fuertes, y la mayoría no son muy portátiles. Utilizaremos las que tengamos, pero dudo que nos den tiempo para lograr mucho.

–Pensé que podríais ahuyentar a los atacantes con el fuego.

–Podemos, si vienen con el viento en contra. Pero no creo que sean tan estúpidos.

Lackland guardó silencio, mientras la tripulación se ponía a trabajar en las estacas con las herramientas filosas que pudo hallar. Los cuchillos personales eran de madera dura y no tallaban una muesca en las lanzas, pero, como había dicho Barlennan, había algunas herramientas de hueso y marfil, y con ellas empezaron a aserrar la durísima madera. Los tripulantes que no tenían herramientas intentaron excavar; se turnaron para hundirse hasta el fondo del arroyo, aflojar la arcilla y dejar que las partículas se disolvieran en la perezosa corriente. Dondragmer los observó por un tiempo; luego señaló que cavar un canal que sorteara el obstáculo quizá fuera más fácil que arrancar dos docenas de estacas de una profundidad de un metro. Los tripulantes que no tenían herramientas para cortar siguieron esta sugerencia, y la obra avanzó a notable velocidad.

Entretanto, los planeadores seguían sobrevolando; al parecer se habían quedado toda la noche, o quizás otros los habían reemplazado durante los minutos de oscuridad. Barlennan vigilaba las colinas de ambos lados del río, esperando que en cualquier momento aparecieran efectivos terrestres; pero, durante largo tiempo, sus tripulantes y los planeadores fueron los únicos elementos móviles de la escena. Los pilotos de los planeadores permanecían invisibles; nadie podía averiguar cuántas criaturas iban a bordo de las máquinas, ni cómo eran, pero tanto los humanos como los mesklinitas habían llegado a la conclusión de que pertenecían a la raza de Barlennan. No parecían preocupados por las excavaciones, pero al final fue manifiesto que habían reparado en aquella tarea. Los marineros estaban terminando, cuando otra serie de bombardeos sembró de estacas el nuevo canal. Como antes, los pilotos procuraron no herir a ninguno de los navegantes. La acción, sin embargo, fue tan exasperante como un agravio personal; la tarea de cavar era obviamente inútil, pues un trabajo de días se podía malograr en pocos minutos. Debían proceder de otro modo.

Librodot

Siguiendo el consejo del terrícola, Barlennan había ordenado a sus hombres que no formaran grupos numerosos; pero ahora los condujo hacia la nave, formando un cordón paralelo a la hilera de balsas en ambos lados del río. Los hombres estaban tan espaciados que no había ningún blanco tentador desde arriba, pero tan próximos como para ayudarse unos a otros en caso de ataque. Allí se quedaron; Barlennan deseaba dejar en claro que el próximo paso correspondía a los pilotos de los planeadores. Sin embargo, éstos no hicieron nada durante días.

Luego, una docena de aquellas frágiles naves apareció a lo lejos, los sobrevoló, se dividió en dos grupos y aterrizó en las cumbres de ambos lados de la nave aprisionada. Los aterrizajes se efectuaron penetrando en el viento, tal como habían predicho los Voladores; las máquinas frenaron a pocos metros del punto de contacto. Cuatro seres salieron de cada una, brincaron a las alas y se apresuraron a sujetar los planeadores, utilizando los arbustos locales a modo de anclas. Lo que todos habían supuesto, ahora quedaba demostrado; eran idénticos en forma, tamaño y color a los marineros del Bree.

Una vez amarrados los planeadores, los tripulantes procedieron a instalar una estructura desarmable contra el viento y la sujetaron con cuerdas equipadas con garfios. Parecían medir atentamente la distancia entre esta estructura y el planeador más próximo. Solo una vez concluida esta tarea prestaron atención al Bree y sus tripulantes. Un gemido prolongado que resonó de colina en colina sirvió coma señal de que la faena estaba terminada.

Los tripulantes de los planeadores de sotavento empezaron a descender por la cuesta. No brincaban, como habían hecho al aterrizar, sino que reptaban como orugas, recurriendo al único modo de locomoción que la gente de Barlennan había conocido antes de su expedición al Borde. A pesar de ello, avanzaron a buena velocidad y estuvieron a razonable distancia para arrojar proyectiles –como temían los marineros más pesimistas– al caer el sol. En ese punto se detuvieron y aguardaron a que pasara la noche; las lunas brindaban luz suficiente para que ambos bandos se cerciorasen de que los demás no hacían nada sospechoso. Con el amanecer, el avance se reinició, y eventualmente terminó con uno de los recién llegados a solo un metro del marinero más próximo, mientras sus compañeros esperaban a poca distancia. Ninguno de ellos parecía armado, y Barlennan les salió al encuentro, ordenando a dos marineros que apuntaran uno de los visores hacia el lugar de reunión.

El piloto del planeador, sin perder tiempo, comenzó a hablar en cuanto tuvo a Barlennan delante. El capitán no entendía una palabra. Al cabo de unas frases, el portavoz pareció darse cuenta, se interrumpió y continuó mas despacio, en lo que Barlennan dedujo que era otro idioma. Para ahorrar el tiempo que consumiría una búsqueda a tientas entre los idiomas conocidos por su interlocutor, Barlennan indicó verbalmente su falta de comprensión. El otro cambió de idioma una vez mas, y el sorprendido Barlennan oyó su propia lengua, hablada con lentitud y torpeza, pero de forma muy comprensible.

–Hace tiempo que no oigo hablar tu idioma –dijo el otro–. Confío en ser comprendido al utilizarlo. ¿Me sigues?

–Te entiendo perfectamente –replicó Barlennan.

–Bien. Yo soy Reejaaren, lingüista de Marreni, que es Oficial de los Puertos Exteriores. Se me ordenó averiguar quiénes sois y cuál es vuestra procedencia y propósito al navegar por los mares que rodean estas islas.

–Realizamos un viaje para comerciar, sin destino específico. –Barlennan no tenía intención de hablar de su relación con criaturas de otro mundo–. Ignorábamos la existencia de estas islas. Simplemente, nos alejábamos del Borde, pues ya estuvimos allí tiempo suficiente. Sí deseáis comerciar con nosotros, estamos dispuestos; de lo contrarío, solo pedimos que se nos permita continuar el viaje.

–Nuestras naves y planeadores trafican en estos mares. Nunca hemos visto otro –respondió Reejaaren–. Hay algo que no entiendo. El mercader del sur que me enseñó tu idioma declaró que venía de un país que se hallaba al otro extremo de un mar, mas allá del continente occidental. Sabemos que no hay pasaje marítimo entre ese océano y éste, entre este lugar y el

hielo; sin embargo, navegáis desde el norte desde que os avistamos. Eso sugeriría que estuvisteis explorando estos mares buscando tierras. ¿Cómo cuadra eso con tu historia? No nos agradan los espías.

–Vinimos desde el norte después de atravesar las tierras que hay entre este océano y el nuestro. –Barlennan no tuvo tiempo de elaborar una mentira convincente, aunque comprendía que la verdad resultaría poco creíble. La expresión de Reejaaren le dio la razón.

–Obviamente, tu nave está construida con herramientas grandes, que no poseéis. Eso significa un astillero, y no hay ninguno al norte, sobre este océano. ¿Quieres que crea que la desmantelasteis y la acarreasteis a través de esas tierras?

–Sí. –Barlennan creyó hallar una salida.

–¿Como?

–¿Cómo voláis vosotros? Algunos encontrarían eso mucho más difícil de creer.

La pregunta no era tan eficaz como había esperado Barlennan, a juzgar por la reacción del intérprete.

–Sin duda no esperarás que te lo revele. Podemos tolerar intrusos, pero los espías reciben un trato mucho más severo.

El capitán se las apañó como pudo.

–No esperaba que me revelaras nada. Simplemente sugería, del modo más discreto posible, que quizá no deberías preguntarme como cruzamos ese pasaje terrestre.

–Oh, pero debo hacerlo. Creo que no entiendes tu situación, forastero. Lo que tú pienses de mi no tiene importancia, pero lo que yo piense de ti importa muchísimo. Por decirlo sin rodeos, para que te deje continuar el viaje, deberás convencerme de que eres inofensivo.

–Pero ¿qué daño podemos causaros?. Somos la tripulación de una nave. ¿Por que nos teméis tanto?

–¡No os tememos! –La respuesta fue brusca y enfática–. El daño que podéis hacer es obvio. Una persona, y mucho más una tripulación, podría llevar información que no deseamos brindar. Comprendemos, por supuesto, que los bárbaros no podrían aprender el secreto del vuelo a menos que se les explicara muy cuidadosamente; por eso me reí de tu pregunta. Aun así, deberías ser más cauto.

Barlennan no había oído ninguna risa, y comenzó a tener ciertas sospechas acerca del intérprete y su gente. Una verdad a medias que pareciera una concesión por parte de Barlennan quizá fuera lo más aconsejable.

–Obtuvimos gran ayuda para acarrear la nave por tierra –dijo, adoptando un tono huraño.

–¿De los arrojadores de rocas y los moradores del río? Debes de tener una lengua muy persuasiva. De ellos solo hemos recibido proyectiles.

Para alivio de Barlennan, Reejaaren no insistió en el tema y abordó asuntos más inmediatos.

–¿Así que deseáis traficar con nosotros, ahora que estáis aquí? ¿Qué tenéis? Me imagino que también desearéis visitar una de nuestras ciudades.

Barlennan olió la trampa y respondió en consecuencia.

–Comerciaremos aquí, o donde vosotros dispongáis, pero no deseamos alejarnos mucho del mar. Lo único que podemos ofrecer, por el momento, es un cargamento de alimentos del istmo, pero debéis poseer mercancías de esa clase en gran cantidad, gracias a vuestras máquinas volantes.

–La comida es fácil de vender –replicó el intérprete en tono neutro–. ¿Deseáis realizar las transacciones antes de acercaros más al mar?

–De ser preciso, como dije, aunque no veo por que tendría que serlo. ¿Acaso vuestras máquinas volantes no podrían aprehendernos antes de que llegásemos muy lejos, si intentáramos alejarnos de la costa contra vuestros deseos?

Si Reejaaren había dejado de sospechar, la ultima pregunta le hizo ponerse nuevamente en guardia.

Librodot

–Quizá, pero no soy yo quien decide, sino Marreni. Aún así, sospecho que os convendrá aligerar vuestra nave aquí. Habrá aranceles portuarios, de cualquier modo.

–¿Aranceles portuarios? Ni esto es un puerto, ni yo desembarqué aquí. La tormenta me trajo.

–No obstante, las naves extranjeras deben pagar aranceles portuarios. Señalaré que la cantidad es fijada por el Oficial de Puertos Exteriores, y él recibirá una impresión de vosotros a través de mi. Sería conveniente una mayor cortesía.

Barlennan dominó su temperamento con dificultad, pero manifestó que el intérprete tenía razón. Se explayó sobre esto, con lo cual logró aplacar al individuo. Al menos, éste se marchó sin mas amenazas, manifiestas o implícitas.

Dos de sus acompañantes lo siguieron; los demás se quedaron donde estaban. Los hombres de los otros planeadores cogieron las dos cuerdas unidas a la estructura desarmable y jalaron. Las cuerdas se estiraron increíblemente, hasta que los garfios quedaron sujetos a un accesorio del morro del planeador. La nave quedó liberada y las cuerdas se contrajeron, volviendo a su longitud original y catapultando al planeador. Barlennan sintió al instante el deseo de poseer esa cuerda elástica. Lo comentó, y Dondragmer compartió su deseo. El piloto había oído toda la conversación, y también compartía los sentimientos del capitán hacía el lingüista del Oficial de Puertos Exteriores.

–¿Sabes, Barl? Creo que deberíamos poner a ese joven en su sitio. ¿Quieres intentarlo?

–Me encantaría, pero creo que no podemos permitirnos el lujo de dejar que se enfurezca hasta que estemos a buena distancia. No quiero que él y sus amigos arrojen sus lanzas sobre el Bree.

–No me propongo enfurecerlo, sino intimidarlo. «Bárbaros»... Se tragará esa palabra aunque tenga que cocinársela yo mismo. Todo depende de ciertas cosas. ¿Saben los Voladores cómo funcionan esos planeadores? ¿Crees que nos lo revelarían?

–Tal vez lo sepan, a menos que tengan máquinas mejores desde hace tanto tiempo que lo hayan olvidado...

–Mucho mejor, para lo que tengo en mente.

–Pero no sé si nos lo revelarán. Creo que ya sabes lo que me propongo obtener con este viaje; quiero aprender todo lo posible sobre la ciencia de los Voladores. Por eso deseo llegar hasta ese cohete que está cerca del Centro; Charles dijo que contenía gran parte del equipo científico más avanzado que poseen. Cuando lo tengamos, no habrá ningún pirata del mar o de las costas que pueda tocar el Bree y nunca mas pagaremos aranceles portuarios. Entonces llevaremos la voz cantante.

–Eso suponía.

–Por eso me pregunto si nos revelaran lo que deseas. Quizá sospechen mis intenciones.

–Creo que eres demasiado suspicaz. ¿Alguna vez pediste esa información científica que deseas robar?

–Sí. Charles siempre dijo que era difícil de explicar.

–Quizá tenga razón. Tal vez ni siquiera él lo sepa. Aún así, quiero preguntar a uno de los suyos sobre estos planeadores. Tengo un plan para bajarle los humos a ese Reejaaren.

13 - UN COMENTARIO INOPORTUNO

Afortunadamente, Reejaaren tardó varios días en regresar, aunque su gente se quedó. Entre cuatro y seis planeadores sobrevolaban constantemente el lugar, y el resto aguardaba en las colinas, junto a las catapultas. La cantidad de naves aéreas no cambiaba notablemente, pero la población de las colinas crecía día a día. Los terrícolas habían aceptado con entusiasmo –y, por lo que sospechaba Barlennan, con cierto grado de diversión– el plan de Dondragmer.

El plan estuvo maduro y ensayado mucho antes del regreso del intérprete, y los oficiales estaban impacientes por ponerlo en práctica, aunque Dondragmer había pasado bastante

tiempo ante la radio, enfrascado en otro nuevo proyecto. Después de dominarse unos días, el capitán y el piloto se dirigieron una mañana hacía los planeadores aparcados en la colina, decididos a poner la idea en práctica pese a que ninguno de los dos había mencionado su intención. El tiempo estaba totalmente despejado, y solo el viento perpetuo de los mares de Mesklin favorecía o estorbaba el vuelo. Al parecer, ahora lo favorecía: los planeadores tironeaban de los cables como criaturas vivientes, y sus tripulantes permanecían junto a las alas aferrados con fuerza a los arbustos circundantes, evidentemente preparados para añadir su propia fuerza, si era preciso, a la de los cables.

Barlennan y Dondragmer se acercaron a las máquinas hasta que les ordenaron detenerse. Ignoraban el rango de autoridad del individuo que impartía la orden, pues no llevaba insignias; sin embargo, discutir esas cuestiones no formaba parte del plan. Se detuvieron y echaron una mirada casual a las máquinas desde treinta o cuarenta metros de distancia, mientras los tripulantes los observaban con hostilidad. Aparentemente, la arrogancia de Reejaaren no era un rasgo atípico entre aquel pueblo.

–Parecéis asombrados, bárbaros –señaló uno de ellos al cabo de un breve silencio–. Si creyera que podéis aprender algo mirando nuestras máquinas, tendría que deteneros. Pero, en realidad, puedo asegurar que tenéis un aire infantil. –Hablaba el idioma de Barlennan con un acento no mucho peor que el del principal lingüista.

–No tenemos mucho que aprender de vuestras máquinas. Podríais ahorraros muchos problemas con el viento en vuestra situación actual, si plegarais hacia abajo el frente de las alas. En cambio, mantenéis a muchísima gente ocupada.

Barlennan utilizó la palabra terrícola para decir «alas», pues no tenía equivalente en su lengua. El otro requirió una explicación; al recibirla, perdió por un instante sus aires de superioridad.

–¿Habéis visto planeadores antes? ¿Dónde?

–Nunca había visto semejante clase de máquina aérea –respondió Barlennan. Sus palabras eran sinceras, aunque el énfasis que les daba resultaba un tanto engañoso–. Nunca estuve tan cerca del Borde, y me imaginé que esas frágiles estructuras se derrumbarían por aumento de peso si volárais mucho mas al sur.

–¿Cómo...? –El guardia contuvo la lengua, comprendiendo que su actitud no era la de un ser civilizado ante un bárbaro. Calló un instante, tratando decidir cómo comportarse; luego decidió delegar el problema en alguien que ostentara un rango mas alto en la cadena de mando–. Cuando Reejaaren regrese, se interesará en cualquier pequeña mejora que puedas sugerir. Incluso tal vez reduzca los aranceles portuarios, si considera valiosas tus sugerencias. Hasta entonces, será mejor que te mantengas alejado de nuestros planeadores; podrías descubrir algo importante y, lamentablemente, tendríamos que considerarte espía.

Barlennan y su piloto se marcharon sin discutir, muy satisfechos con el efecto que habían producido, y comunicaron la conversación a los terrícolas.

–¿Cómo crees que reaccionaron ante insinuación de que tenéis planeadores capaces de volar en las latitudes de doscientas gravedades? –preguntó Lackland–. ¿Piensas que te creyó?

–No sé. Sospechó que estaba hablando y oyendo demasiado, y decidió postergar las cosas hasta el retorno del jefe. Sin embargo, creo que empezamos a inculcarles la actitud adecuada.

Quizá Barlennan tuviera razón, pero el intérprete no dio indicios de ello cuando regresó. Hubo una demora entre su aterrizaje y su descenso hasta el Bree, y parecía probable que el guardia le hubiera comunicado la conversación; sin embargo, al principio no hizo ningún comentario al respecto.

–El Oficial de Puertos Exteriores ha decidido suponer, por el momento, que vuestras intenciones son inocuas –comenzó–. Desde luego, habéis violado nuestras reglas al venir a la costa sin autorización; pero reconoció que os encontrábais en aprietos y está dispuesto a ser tolerante. Me autoriza a inspeccionar vuestro cargamento y evaluar la cantidad necesaria para el arancel y la multa.

–¿No desearía el Oficial ver nuestro cargamento con sus propios ojos, y quizás aceptar una prenda de nuestra gratitud por su amabilidad? –Barlennan logró hablar sin sarcasmo.

Reejaaren respondió con el equivalente de una sonrisa.

–Tu actitud es loable. Sin duda nos llevaremos muy bien. Lamentablemente, él está ocupado en otra isla y continuará estándolo durante días. Si todavía no os habéis marchado al final de ese período, creo que aceptará complacido vuestra oferta. Entretanto, vayamos a nuestro asunto.

Reejaaren no perdió sus aires de superioridad mientras examinaba el cargamento del Bree, pero le proporcionó a Barlennan cierta información que jamás habría ofrecido conscientemente. Sus palabras, desde luego, tendían a desdeñar el valor de todo lo que veía; desvariaba sin cesar sobre la «misericordia» de su jefe, Marreni. Sin embargo, se apropió, como multa, de una buena cantidad de las «piñas» que habían recogido durante el viaje a través del istmo. Ahora bien, en principio debía de resultarles fácil obtenerlas, pues la distancia no era muy grande viajando en planeador. Mas aún, el intérprete había recalcado su conocimiento de los nativos de esas regiones. Por lo tanto, si Reejaaren otorgaba tanto valor a esos frutos, significaba que los «bárbaros» del istmo eran un hueso duro de roer para el cultismo pueblo del intérprete, y que estas gentes no eran los amos de la creación tal como pretendían.

Una vez que se pagó la multa, los espectadores de las colinas descendieron en enjambres; y la conclusión acerca del valor de la fruta semejante a una piña quedó ampliamente confirmada. Al principio, Barlennan era reacio a venderla toda, pues esperaba obtener muy buenos precios al regresar; pero luego pensó que, de todos modos, tendría que pasar por la fuente de aprovisionamiento antes del retorno.

Muchos compradores eran evidentemente mercaderes profesionales, y poseían mercancías en abundancia. Algunas eran comestibles, pero los tripulantes, siguiendo órdenes del capitán, les prestaron poca atención. Los mercaderes lo aceptaron como natural; a fin de cuentas, aquellas mercancías eran de escaso valor para un mercader de ultramar, quien podía extraer sus alimentos del océano, pero no podía conservar la mayor parte de los comestibles el tiempo suficiente para venderlos en casa. Las «especias», que eran poco perecederas, constituían la principal excepción a esta regla, y los mercaderes locales no ofrecieron nada de esto.

Algunos mercaderes, sin embargo, tenían material interesante. Para sorpresa de Barlennan, ofrecieron la cuerda y la tela que tanto le fascinaban. Trató personalmente con uno de los vendedores. El capitán palpó esa textura increíblemente elástica y resistente para asegurarse de que fuera el mismo material que usaban en las alas de los planeadores. Reejaaren estaba en las cercanías, así que Barlennan debió actuar con cautela. El mercader le informó que era una tela tejida, a pesar de las apariencias. La fibra era de origen vegetal –el taimado mercader se negó a ser más específico– y la tela, una vez tejida, se trataba con un líquido que disolvía las hilachas y llenaba los orificios con el material así obtenido.

–Entonces, ¿la tela no deja pasar el viento? Creo que podría venderla bien en mi patria. No tiene fuerza suficiente para usos prácticos como construir un techo, pero es muy ornamental, sobre todo en sus versiones de color. Aun en contra de mis intereses, debo admitir que es el material más vendible que he visto en esta isla.

–¿Que no tiene fuerza suficiente? –intervino el indignado Reejaaren–. Este material no se fabrica en ningún otro lado, y es la única tela con fuerza y liviandad suficientes para las alas de nuestros planeadores. Si la compras, tendremos que dártela en fardos pequeños que no alcancen para ese propósito, pues sólo un necio utilizaría paños cosidos para construir un ala.

–Desde luego –convino Barlennan, muy desenvuelto–. Supongo que ese material se podría usar en las alas aquí, donde el peso es tan pequeño. Te aseguro que sería inútil para ello en las altas latitudes; un ala del tamaño suficiente para elevar a alguien, la haría trizas un viento con fuerza suficiente para elevarla.

El capitán citaba casi literalmente a sus amigos humanos, quienes le habían sugerido la razón de que en los países meridionales nunca se vieran planeadores.

Librodot

–Desde luego, en estas latitudes los planeadores pesan poco –convino Reejaaren–. Sería una estupidez construirlos más fuertes de lo necesario, pues solo se conseguiría incrementar su peso.

Barlennan decidió que su adversario táctico no era muy brillante.

–Naturalmente –concedió–. Supongo que, con las tormentas que se producen aquí, vuestras naves de superficie deben ser más fuertes. ¿Alguna vez son arrojadas tierra adentro, como ocurrió con la mía? Nunca vi un oleaje tan alto.

–Naturalmente, tomamos precauciones cuando se aproxima una tormenta. El mar solo se eleva así en estas latitudes de poco peso, por lo que he podido observar. Nuestras naves son muy parecidas a las vuestras; en cambio, veo que tenemos distinto armamento. El vuestro me resulta extraño. Sin duda, nuestros filósofos de la guerra lo encontraron inadecuado para las tormentas de estas latitudes. ¿Sufrió averías cuando el huracán os empujó aquí?

–Muy serias –mintió Barlennan–. ¿Cómo están armados vuestros buques?

No esperaba que el intérprete respondiera a esa pregunta, sino que recobrara su aire altanero. Sin embargo, por una vez Reejaaren demostró afabilidad y afán de colaborar. Dio una orden a los que se habían quedado arriba de la colina, y uno de ellos bajó hasta la escena del regateo con un objeto extraño entre las pinzas.

Barlennan nunca había visto una ballesta ni otra arma de proyectiles. Demostró gran asombro cuando Reejaaren lanzó tres flechas con punta de cuarzo, que penetraron profundamente en el duro tronco de una planta situada a cuarenta metros. Además, comprendió por que el intérprete era tan servicial; aquella arma sería peso muerto en cuanto el Bree se acercara a sus latitudes. Mas que nada para tantearlo, Barlennan se ofreció a comprar una ballesta; el intérprete se la cedió como obsequio, junto con un manojo de flechas. Aquel rasgo satisfizo al capitán; como mercader, le agradaba que lo tomaran por tonto, pues habitualmente eso proporcionaba ganancias.

Obtuvo una increíble cantidad de tela para alas –Reejaaren se olvidó de cerciorarse de que los fardos fueran pequeños, o ya no lo consideró necesario–, largos rollos de cuerda elástica y bastantes artefactos locales para llenar las cubiertas del Bree, excepto el espacio necesario para trabajar y la zona dedicada a la reserva de alimentos. Se deshizo de todas las mercancías vendibles que llevaba, con excepción de los lanzallamas. Reejaaren no los había mencionado desde que le habían dicho que estaban averiados, aunque obviamente sabía que eran armas. Barlennan pensó en darle uno, sin las municiones de cloro, pero comprendió que tendría que explicar y demostrar como funcionaban.

Cuando redondearon las transacciones, la muchedumbre de gentes locales se alejó gradualmente; al final, quedaron solo los planeadores y sus tripulantes, algunos cerca de la nave y otros en la colina, junto a las máquinas. Barlennan localizó al intérprete entre los primeros, como de costumbre; había pasado buena parte del tiempo hablando con los marineros. Les había dicho quién era, como se esperaba, y los había interrogado acerca de la capacidad de vuelo de su propia gente. Los marineros habían cumplido su parte de la farsa con respuestas evasivas que «accidentalmente» revelaban gran conocimiento de la aerodinámica. Naturalmente, no le indicaron que tales conocimientos eran recientes ni mencionaron su origen. A estas alturas, Barlennan estaba seguro de que los isleños, o al menos su representante oficial, creían que su pueblo era capaz de volar.

–Parece que esto es todo lo que puedo dar o tomar –dijo, captando la atención de Reejaaren–. Creo que hemos pagado los aranceles necesarios. ¿Podemos partir?

–Muy bien. Sois libres de marcharos. Sin duda os encontraréis con algunos de nosotros en vuestros viajes. En ocasiones, yo mismo viajo al sur. Cuidado con las tormentas.

El intérprete, viva imagen de la cordialidad, echó a andar colina arriba.

–Quizá nos veamos en la costa –añadió, mirando hacia atrás–. El fiordo donde desembarcasteis se puede perfeccionar como puerto y deseo inspeccionarlo.

Y, tras este comentario, reanudó la marcha hacia los planeadores.

Librodot

Barlennan se volvió hacia la nave. Estaba a punto de ordenar que se reiniciara el viaje río abajo –habían cargado las mercancías apenas las compraron–, cuando advirtió que las estacas lanzadas por los planeadores aún bloqueaban el camino. Iba a llamar al isleño para pedir que las extrajeran, pero lo pensó mejor. No estaba en posición de exigir nada, y Reejaaren sin duda se daría aires de superioridad si se lo pedía. Los tripulantes del Bree cavarían para superar el problema. Una vez a bordo, impartió una orden en este sentido, y los marineros reunieron de nuevo una cuadrilla; pero Dondragmer les interrumpió.

–Me alegra ver que no perdí el tiempo con mi proyecto –dijo.

–¿Qué? –preguntó el capitán–. Sabía que andabas tramando algo durante estos últimos cuarenta o cincuenta días, pero estaba demasiado atareado para averiguar que. Pudimos encargarnos del trueque sin ti. ¿Qué estabas haciendo?

–Fue una idea que se me ocurrió cuando quedamos apresados aquí; la tuve cuando hablaste con los Voladores sobre una máquina que extrajera las estacas. Luego les pregunté si había una máquina de ese tipo que no nos resultara demasiado complicada de entender, y, tras reflexionar, uno de ellos me dijo que si. Me indicó como fabricarla, y eso estuve haciendo. Si armamos un trípode junto a una de las estacas, veré como funciona.

–Pero, ¿qué máquina es ésa? Creía que todas las máquinas del Volador estaban hechas de metal, y que no podíamos manufacturarlas porque para ser duras necesitan mucho calor.

–Se trata de esto.

El piloto exhibió dos objetos en los que había estado trabajando. Uno era simplemente una polea de diseño elemental, muy ancha y provista de un gancho. El otro era similar, pero el doble de grande, con dientes que se proyectaban desde la circunferencia de ambas ruedas. Las ruedas estaban talladas a partir de bloques sólidos de madera dura y unidas. Al igual que la primera polea, la segunda estaba equipada con un gancho. Una correa de cuero trenzado rodeaba el borde de ambas ruedas; presentaba una serie de agujeros que concordaban con los dientes, y sus puntas se enganchaban formando un doble rizo continuo. El artilugio no tenía sentido para los mesklinitas, que no entendían como funcionaba; de hecho, dudaban que funcionara. Dondragmer lo llevó frente a una de las radios y lo depositó en cubierta.

–¿Ahora está correctamente ensamblado? –preguntó.

–Si, funcionará si la correa tiene aguante –fue la respuesta–. Debes colocar el gancho de la polea simple en la estaca que deseas extraer; sin duda tendréis métodos para hacer eso con cuerdas. Hay que sujetar la otra polea a la punta superior del trípode. Ya te he dicho como proceder a continuación.

Los tripulantes se dirigieron hacia el grupo original de estacas, pero Barlennan les ordenó esperar.

–No hay tantas estacas en el canal que estábamos cavando, Dondragmer. ¿Explicó el Volador cuánto tardaríamos en extraerlas con ese aparato?

–No estaba seguro, pues no sabía a que profundidad están clavadas ni con que rapidez sabríamos operar. Pero calculó un día por estaca, menos de lo que tardaríamos en cavar.

–No lo suficiente como para que no ganemos tiempo si algunos terminan el canal mientras otros extraen las estacas. Por cierto, ¿esa cosa tiene nombre?

–El la llamó cabria diferencial. La segunda palabra es bien clara, pero no sé cómo traducir la primera. Para mi es solo un ruido.

–Lo mismo digo, pero así se llamará. Pongamos manos a la obra; tu cuadrilla a la cabria, y la mía, al canal.

Los tripulantes emprendieron la tarea con entusiasmo.

El canal quedó terminado primero, pues pronto fue evidente que la mayoría de los tripulantes quedarían libres para excavar; dos marineros, turnándose en la cabria a intervalos de pocos minutos, fueron suficientes para arrancar las astas de lanza del duro suelo. Para satisfacción de Barlennan, las puntas también salían, de modo que cuando se completó la operación, contaba con ocho lanzas de aspecto muy eficaz. Su pueblo hacía pocos trabajos en piedra, y las cabezas de cuarzo le resultaban muy valiosas.

Una vez superado ese obstáculo, la distancia hasta el lago era relativamente corta; y allí se detuvieron para ensamblar el Bree. Lo hicieron deprisa –los tripulantes eran expertos en esa labor–, y una vez más la nave flotó en aguas relativamente profundas. Los terrícolas soltaron un suspiro de alivio. Sin embargo, esa reacción resultó ser prematura.

Los planeadores habían sobrevolado la zona durante el trayecto hasta el lago. Si a sus tripulantes les había sorprendido el método utilizado para extraer las lanzas, no habían dado indicios de ello. Desde luego, Barlennan esperaba que lo hubieran visto y hubiesen añadido la información a la lista de los logros superiores a los de su propio pueblo. No le sorprendió ver varios planeadores en la playa, cerca de la boca del fiordo, y ordenó al timonel que virara hacia la costa. Al menos los isleños notarían que había recobrado las lanzas intactas.

Reejaaren fue el primero en saludarlos cuando el Bree ancló a pocos metros de la costa.

–Conque tu nave ya está en condiciones de hacerse a la mar, ¿eh? Si yo estuviera en tu lugar, procuraría afrontar las tormentas a gran distancia de tierra.

–Correcto –convino Barlennan–. Cuando se surca un mar desconocido, lo importante es saber a que atenerse en ese sentido, Tal vez quieras decirnos la disposición de las tierras en este mar. O quizá tengas mapas que nos puedas ofrecer. Debí pensar en pedírtelo antes.

–Nuestros mapas de estas islas son secretos –replicó el intérprete–. Sin embargo, estarás fuera del archipiélago dentro de cuarenta o cincuenta días, y luego no habrá tierras durante miles de días de navegación hacia el sur. Ignoro la velocidad de tu nave, así que no sé cuánto tardarás. La mayoría de las tierras son islas, pero luego la costa de las tierras que cruzaste vira hacia el este, y... –utilizó una expresión que aludía a una lectura de la balanza de resorte y que correspondía a unas cuarenta y cinco gravedades terrícolas de latitud–. Podría hablarte de muchos pueblos de esa costa, pero me llevaría demasiado tiempo. Lo resumiré diciendo que prefieren comerciar a luchar..., aunque sin duda harán lo posible para no pagar lo que adquieran.

–¿Alguno de ellos sospechará que somos espías? –preguntó Barlennan de buen talante.

–Ese riesgo existe, aunque tienen pocos secretos dignos de robarse. Probablemente traten de robarte los tuyos, sí intuyen que tienes alguno. Te aconsejo que no menciones el tema del vuelo mientras estás allá.

–No pensábamos hacerlo –le aseguró Barlennan, ocultando su satisfacción–. Te agradecemos los consejos y la información.

Dio órdenes de izar el ancla, y por primera vez Reejaaren reparó en la canoa, que ahora navegaba nuevamente al final de la cuerda, cargada de alimentos.

–Debí reparar antes en eso –dijo el intérprete–. Entonces no habría dudado que venías del sur. ¿Cómo obtuviste eso de los nativos?

Al responder a esta pregunta, Barlennan cometió su primer gran error en sus tratos con el isleño.

–Oh, la trajimos con nosotros. A menudo las llevamos para acarrear provisiones adicionales. Notarás que, por su forma, es fácil de remolcar.

Había aprendido estas nociones elementales de aerodinámica de Lackland, poco después de adquirir la canoa.

–Oh, ¿conque también manufacturáis esas naves en vuestro país? –preguntó el intérprete con curiosidad–. ¡Qué interesante! Nunca vi una en el sur. ¿Puedo examinarla, o no tienes tiempo? Nosotros nunca nos molestamos en usarlas.

Barlennan titubeó, sospechando que esta ultima afirmación era una maniobra muy similar a las que él empleaba; pero no veía razones para negarse, pues Reejaaren no podía averiguar más mirando de cerca que mirando desde donde estaba. A fin de cuentas, lo importante era la forma de la canoa, y cualquiera podía verla. Ordenó que el Bree se aproximara a la costa, jaló la canoa con la cuerda de remolque y la impulso hacía el isleño.

Reejaaren se sumergió en la bahía y nadó hasta la pequeña embarcación cuando ésta encalló. Arqueo la parte superior del cuerpo para mirar dentro de la canoa; sus potentes brazos con pinzas palparon los costados. Eran de madera común, y cedían ante la presión; de pronto,

Librodot

el isleño emitió un ronquido de alarma que puso en alerta a los cuatro planeadores que sobrevolaban el Bree y a las fuerzas de tierra.

–¡Espías! –gritó–. Trae tu nave a tierra, Barlennan..., si ése es tu verdadero nombre. ¡Eres un buen mentiroso, pero esta vez tus mentiras te llevarán a la cárcel!

14 - EL PROBLEMA DE LOS BOTES HUECOS

Durante sus años de formación, a menudo le habían dicho a Barlennan que algún día su lengua lo metería en mas apuros de los que podría sacarlo. A lo largo de su carrera, esta predicción había estado a punto de cumplirse varias veces, y en cada ocasión él se prometía cerrar el pico en el futuro. Lo mismo le sucedía ahora, y para colmo le contrariaba no saber cómo había delatado su mendacidad ante el isleño. Tampoco tenía tiempo para teorizar sobre ello; era preciso actuar, y cuanto antes mejor. Reejaaren ya había aullado ordenes a los planeadores, en el sentido de que clavaran el Bree al fondo si intentaba navegar hacia mar abierto, y las catapultas de la costa lanzaban mas máquinas para reforzar a las que estaban en el aire. El viento del mar se elevaba en cuanto chocaba contra la otra pared del fiordo, así que las máquinas podían permanecer en el aire el tiempo necesario. Los terrícolas habían indicado a Barlennan que quizá no pudieran elevarse a la altura necesaria para arrojar proyectiles cuando los sorprendieran las ráfagas ascendentes provocadas por las olas del mar abierto, pero el mar abierto aún estaba a mucha distancia. Barlennan ya había tenido oportunidad de observar la precisión de aquellas lanzas, y desechó la idea de salvar su nave mediante maniobras evasivas.

Como a menudo ocurría, alguien decidió actuar mientras Barlennan meditaba que hacer. Dondragmer cogió la ballesta que les había dado Reejaaren, insertó una flecha y amartilló el arma con una celeridad que demostraba que no había pasado todo el tiempo enfrascado en su proyecto de la cabria. Apuntando el arma hacia la costa, la apoyó en el soporte y dirigió la punta hacia el intérprete.

–Alto, Reejaaren. Te has equivocado de dirección.

El isleño se detuvo, el cuerpo goteante, y se volvió hacia la nave para ver a que se refería el piloto. Lo vio con suma claridad, pero titubeó un instante.

–Si quieres suponer que erraré porque nunca he manejado una de estas armas, inténtalo. Me gustaría averiguarlo. Sí no vienes ahora mismo hacia aquí, será como si hubieras intentado escapar. ¡Muévete!

Ladró la palabra con una brusquedad que ayudó al intérprete a superar su indecisión. Al parecer, no estaba seguro de la ineptitud del piloto; dio media vuelta, se sumergió en el agua y nadó hacia el Bree.

Trepó a bordo, temblando de furia y temor.

–¿Creéis que esto os salvará? –preguntó–. Simplemente habéis empeorado la situación. Los planeadores atacarán si intentáis moveros, esté yo a bordo o no.

–Les ordenarás que no lo hagan.

–No obedecerán ninguna orden que les dé mientras estoy en vuestras manos; deberíais saberlo si tenéis una fuerza de combatientes.

–Nunca tuve mucho que ver con soldados –respondió Barlennan. Había recobrado la iniciativa, como ocurría habitualmente cuando las cosas tomaban un rumbo definido–. Sin embargo, por ahora te creeré. Tendremos que retenerte hasta que lleguemos a un entendimiento acerca de esta descabellada propuesta de que regresemos a la costa. A menos que podamos encargarnos, entretanto, de esos planeadores. Es una lástima que no hayamos traído armamento más moderno a esta zona tan atrasada.

–Olvida tus embustes –replicó el cautivo–. Sois iguales al resto de los salvajes del sur. Admito que nos engañasteis por un tiempo, pero hace un instante te delataste.

–¿Y que dije para que pensaras que yo mentía?

–No veo razones para contártelo. El hecho de que no lo sepas demuestra que tengo razón. Habría sido mejor para ti si no nos hubieras engañado tan bien; entonces habríamos sido más cautos con los datos secretos, y no habrías aprendido lo suficiente como para hacer necesaria tu eliminación.

–Y si no hubieras hecho ese comentario, quizá nos habrías persuadido de rendirnos –intervino Dondragmer–, aunque admito que no es probable. Capitán, apuesto a que tu revelación se relaciona con eso que te he comentado todo el tiempo. Pero es demasiado tarde para remediarlo. El asunto ahora es como librarnos de esos irritantes planeadores; no veo ninguna nave de superficie, y los efectivos terrestres solo cuentan con las ballestas de los planeadores que estaban en tierra. Supongo que dejarán la situación a los planeadores, por el momento. –Paso a hablar en inglés–. ¿Recuerdas algo que hayan dicho los Voladores que nos ayude a desembarazarnos de esas molestas máquinas?

Barlennan mencionó sus probables limitaciones de altitud en mar abierto, pero eso no les ayudaba por el momento.

–Podríamos utilizar la ballesta.

Barlennan hizo esta sugerencia en su propio idioma, y Reejaaren se burló abiertamente. Krendoranic, oficial de municiones del Bree, que había escuchado tan atentamente como el resto de la tripulación, no lo tomó a la ligera.

–Hagámoslo –exclamó–. Hay algo que deseo probar desde que estuvimos en esa aldea del río.

–¿Qué?

–No querrás que lo diga en presencia de nuestro amigo. Pero te haré una demostración si así lo deseas.

Barlennan titubeó un instante y luego asintió.

Barlennan parecía un poco preocupado cuando Krendoranic abrió uno de los armarios de municiones, pero el oficial sabía qué estaba haciendo. Extrajo un pequeño bulto envuelto en un material que lo protegía contra la luz, demostrando así a qué se había dedicado por la noche desde que habían abandonado la aldea de los moradores del río.

Cogió el bulto y lo sujetó con firmeza a una de las flechas de la ballesta, rodeando el asta y el bulto con una capa de tela para que ambos extremos quedaran amarrados con firmeza. Luego calzó el proyectil en el arma. Siendo oficial de municiones, se había familiarizado con la ballesta durante el breve trayecto río abajo y el ensamblaje del Bree, y no tenía dudas de que podía acertarle a un blanco fijo a razonable distancia; no estaba tan seguro de los objetos móviles, pero al menos los planeadores solo podían virar rápidamente si se inclinaban de golpe, y eso le serviría de advertencia.

Lanzó una orden, y uno de los marineros que se encargaba del lanzallamas se acercó con el artefacto de ignición y esperó. Luego, para fastidio de los terrícolas, se arrastró hasta la radio más próxima y apoyó en ella el soporte de la ballesta para afirmarse y alzar el arma. Eso impidió a los seres humanos ver qué sucedía.

Los planeadores aún revoloteaban a baja altura, a unos quince metros de la bahía, y por momentos sobrevolaban directamente el Bree como preparándose para lanzar sus proyectiles; incluso un tirador menos experimentado que el oficial de municiones hubiera dado en el blanco. Cuando una de las máquinas se aproximó, dio una orden al asistente y apuntó hacia el aparato. En cuanto estuvo seguro, dio otra orden y el asistente encendió el bulto que estaba sujetó a la flecha. En cuanto brotaron las llamas, las pinzas de Krendoranic se cerraron sobre el gatillo y una estela de humo indicó la trayectoria del proyectil.

Krendoranic y su asistente se agacharon y rodaron hacia el viento para apartarse del humo; los marineros situados a sotavento brincaron a ambos lados. Cuando se sintieron a salvo, la acción aérea casi había concluido.

La flecha había estado a punto de errar el blanco, pues el tirador había subestimado la velocidad. Había dado en la popa del fuselaje principal, y el paquete de polvo de cloro ardía ferozmente. La nube de llamas se propagaba por la parte trasera del planeador, dejando una

estela de humo que las otras máquinas no intentaron eludir. La tripulación de la nave averiada escapó a los efectos del vapor, pero en cuestión de segundos los controles de cola se incendiaron. El planeador se precipitó hacia la playa y los tripulantes saltaron poco antes del impacto. Las dos naves que seguían el humo también perdieron el control, ya que el cloruro de hidrógeno incapacitó al personal, y ambas cayeron en la bahía. Fue uno de los disparos antiaéreos más memorables de la historia.

Barlennan no esperó a que cayera la última víctima, sino que ordenó izar las velas. El viento era desfavorable pero, teniendo en cuenta que había profundidad suficiente para las orzas, comenzó a maniobrar para salir del fiordo. Por un instante pareció que los efectivos terrestres apuntarían sus ballestas contra la nave, pero Krendoranic había armado otro de sus temibles proyectiles y lo apuntaba hacia la playa, y la mera amenaza les hizo darse a la fuga. Corrían contra el viento, pues en general eran seres sensatos.

Reejaaren había observado en silencio, pero su actitud corporal denotaba gran consternación. Aún había planeadores en el aire, y algunos se elevaban como para intentar un ataque desde mayor altura. Sin embargo, Reejaaren sabía perfectamente que el Bree estaba a salvo, por muy diestros que fueran los pilotos. Uno de los planeadores intentó atacar desde una distancia de treinta metros, pero otra estela de humo le tapó la visibilidad. No hubo mas intentos. Las máquinas revolotearon en amplios círculos y a gran distancia, mientras el Bree continuaba por el fiordo hacia el mar.

–¿Qué cuernos ha sucedido, Barl? –Lackland, incapaz de contenerse, decidió que era seguro hablar mientras la muchedumbre de la costa se alejaba–. No hablé por temor de que las radios arruinaran tus planes, pero, por favor, cuéntanos que has hecho.

Barlennan resumió los acontecimientos de los últimos cien días, detallando las conversaciones que sus observadores no habían podido seguir. El relato ocupó los minutos de oscuridad; al amanecer, la nave se encontraba en la desembocadura del fiordo. El intérprete había escuchado con alarmada aflicción la conversación entre el capitán y la radio; suponía, como era lógico, que el primero comunicaba los resultados de sus actividades de espionaje a sus superiores, aunque no lograba imaginar cómo lo hacía. Con el amanecer, pidió que lo dejaran en tierra en un tono muy distinto del que había empleado hasta entonces; y Barlennan, apiadándose de una criatura que quizá nunca hubiera pedido un favor en su vida a un miembro de otra nación, lo dejó a cincuenta metros de la playa. Lackland vio que el isleño se zambullía con alivio; conocía bien a Barlennan, pero no sabía que decisión adoptaría en tales circunstancias.

–Barl –dijo, al cabo de unos instantes de silencio–. ¿Crees que podrás evitar problemas durante unas semanas, hasta que aquí recobremos la compostura y la calma? Cada vez que se detiene el Bree, en esta luna todos envejecemos diez años.

–¿Y quién me metió en problemas? –replicó el mesklinita–. Si no me hubieras aconsejado que me refugiara de esa tormenta, que a fin de cuentas habría afrontado mejor en mar abierto, jamás me hubiera topado con los fabricantes de planeadores. Pero no diré que lo lamento; aprendí mucho, y sé que al menos algunos de tus amigos no se habrían perdido el espectáculo. Desde mi punto de vista, este viaje ha sido monótono hasta ahora; los pocos encuentros que tuvimos concluyeron apaciblemente y con pingües ganancias.

–¿Qué te gusta mas? ¿La aventura o el lucro?

–Bien, no lo sé. En ocasiones me meto en aprietos porque algo parece interesante; pero soy mucho más feliz si al final obtengo ganancias.

–Entonces, concéntrate en lo que ganarás en este viaje. Tal vez te ayude saber que reuniremos cien o mil cargas de esas especias que acabas de trocar y las almacenaremos en el sitio donde el Bree pasó el invierno; seguiría siendo un buen trato para nosotros, siempre que obtengas la información que necesitamos.

–Gracias, pero espero ganar lo suficiente por mi mismo. De lo contrario, me quitarías toda la diversión.

–Temía que te lo tomaras así. De acuerdo, no puedo darte órdenes; pero, por favor, recuerda cuánto significa para nosotros.

Barlennan asintió, con cierta sinceridad, y se encaminó nuevamente hacia el sur, Durante algunos días la isla siguió visible a popa, y a menudo tuvieron que cambiar de rumbo para eludir otras. En varias ocasiones vieron planeadores revoloteando sobre las olas, pero siempre eludían a la nave. Evidentemente, las noticias se propagaban con rapidez entre aquellas gentes. Por fin, la última extensión de tierra se perdió tras el horizonte, y los seres humanos vieron que no había ninguna mas delante. Como el tiempo estaba despejado, podían obtener nuevamente buenas fotos. A la latitud de cuarenta gravedades dirigieron la nave hacia el sureste para evitar la masa de tierra que, según Reejaaren, viraba hacia el este. La nave, en realidad, estaba navegando por un pasaje relativamente angosto entre dos grandes mares, pero al mismo tiempo demasiado ancho para que se notara desde el barco.

Se habían internado en el nuevo mar cuando sufrieron un pequeño accidente. A sesenta gravedades, la canoa, que aún los seguía al extremo de la línea de remolque, comenzó a hundirse. Mientras Dondragmer ponía cara de «te lo advertí» y guardaba silencio, jalaron la embarcación hasta la popa de la nave para examinarla. Había mucho metano en el fondo, pero, cuando la descargaron y la subieron a bordo, no hallaron ninguna filtración. Barlennan llego a la conclusión de que era culpa de la espuma, aunque el líquido era mucho mas claro que el océano. Echó la canoa al mar con su carga, pero asignó a un marinero la tarea de inspeccionarla cada varios días y achicar si era necesario.

La situación llego al clímax a doscientas gravedades, cuando ya habían efectuado mas de un tercio de la travesía marítima. Los minutos de luz diurna eran más largos con el avance de la primavera. El Bree se alejaba cada vez mas del sol y los marineros se distendían. Así pues, el individuo que vigilaba la canoa no estaba muy atento cuando la acercó a las balsas de popa y subió a bordo de la embarcación. No obstante, se despabiló enseguida, pues la canoa se ladeó y la madera esponjosa de los flancos comenzó a ceder. Al ceder los flancos, la canoa se hundió un poco, y los flancos continuaron cediendo y la canoa hundiéndose...

Como toda reacción de realimentación, esta concluyó en un tiempo muy breve. El marinero apenas tuvo tiempo de notar que el flanco de la canoa presionaba hacia dentro, cuando la embarcación se hundió y desapareció la presión externa. Buena parte del cargamento era más denso que el metano, e impidió el naufragio de la canoa, pero el marinero se encontró nadando en lugar de estar montado en algo. La canoa frenó, tirando de la cuerda y aminorando la marcha del Bree con una sacudida que puso alerta a toda la tripulación.

El marinero se encaramo al Bree y explicó lo que había ocurrido. Todos los tripulantes desocupados se precipitaron a popa, y pronto alzaron la cuerda con la canoa anegada. Con algún esfuerzo, izaron a bordo la canoa y el cargamento bien amarrado, y enfocaron una de las radios hacia la escena. El objeto no fue muy revelador; la tremenda flexibilidad de la madera le había permitido recobrarse totalmente de su achatamiento, y la canoa había recuperado su forma original, sin presentar filtraciones. Confirmaron este hecho cuando la descargaron una vez mas. Lackland le echo un vistazo y no ofreció ninguna explicación.

–Solo contadme que sucedió, que vieron todos los testigos.

Los mesklinitas obedecieron, y Barlennan tradujo la historia del tripulante involucrado y de los pocos que habían visto los detalles. El primero fue, por supuesto, quien comunicó los datos más relevantes.

–¡Cielo santo! –mascullo Lackland–. ¿De que sirve ir a la escuela secundaria si no recuerdas lo que aprendiste cuando lo necesitas? La presión en un líquido corresponde al peso del líquido que esta por encima del punto en cuestión, e incluso el metano pesa demasiado bajo doscientas gravedades. Además, esa madera no es mucho más gruesa que el papel. Es un milagro que haya resistido tanto.

Barlennan interrumpió este críptico monologo requiriendo información.

Lo principal era que cualquier objeto flotante debía tener una parte bajo la superficie, y que tarde o temprano esa parte se hundiría si era hueca. Barlennan evitó la mirada de Dondragmer

Librodot

durante la conversación con Lackland y no sintió ningún consuelo cuando el piloto señaló que por eso Reejaaren había descubierto su mentira. ¡Era imposible que su gente utilizara naves huecas! Los isleños ya sabían que esas naves resultaban inservibles en el lejano sur. Estibaron en cubierta la carga que llevaban en la canoa, y el viaje continuó. Barlennan no se decidía a despedirse de aquella navecilla inservible, a pesar de que ocupaba bastante espacio. Finalmente, disimuló su inutilidad atiborrándola de alimentos que no se podrían haber apilado a tanta altura sin los flancos de la canoa para retenerlos. Dondragmer señaló que reducían la flexibilidad de la nave al incrementar su longitud en dos balsas, pero el capitán decidió no preocuparse por ello.

Transcurrió el tiempo, cientos y miles de días. Para los mesklinitas, longevos por naturaleza, este transcurso significaba poco; para los terrícolas, en cambio, el viaje se volvía cada vez más tedioso, una parte mas de la rutina cotidiana. Observaban y charlaban con el capitán mientras la línea se alargaba despacio sobre el globo; medían y calculaban para determinar la posición y el curso mas indicado cuando él lo solicitaba; enseñaban inglés o trataban de aprender el idioma mesklinita de los marineros, que a veces también se aburrían. En síntesis, aguardaron, trabajaron y mataron el tiempo durante cuatro meses terrícolas, es decir, nueve mil cuatrocientos y pico días mesklinitas. La gravedad aumentó, pasando de ciento noventa en la latitud donde se había hundido la canoa a cuatrocientos, seiscientos y más, como indicaba la balanza de resorte que era el medidor de latitud del Bree. Los días se alargaban y las noches se acortaban, hasta que al fin el sol recorrió totalmente el cielo sin tocar el horizonte, aunque se sumergía un poco en el sur. El propio sol parecía haberse encogido, y los hombres se habían habituado a el durante el breve período del perihelio de Mesklin. El horizonte, visto desde la cubierta del Bree a través de los visores, estaba siempre por encima de la nave, tal como Barlennan le había explicado pacientemente a Lackland meses antes. Ahora, el capitán escuchaba con tolerancia a los humanos cuando estos le aseguraban que se trataba de una ilusión óptica. La tierra, que por fin apareció delante, también estaba por encima de ellos. ¿Cómo podía una ilusión ser correcta? La tierra estaba de veras allí. Esto se demostró cuando llegaron a ella; pues llegaron, en efecto, a la boca de una ancha bahía que se prolongaba tres mil kilómetros hacia el sur, la mitad de la distancia restante hasta el cohete varado. Navegaron bahía arriba, mas despacio a medida que se estrechaba hasta alcanzar las dimensiones de un simple estuario y los obligaba a maniobrar en vez de buscar vientos favorables con ayuda del Volador. Finalmente llegaron al río. Lo remontaron sin utilizar la vela, excepto en ciertos tramos favorables, pues la corriente, actuando contra el frente plano de las balsas, era más de lo que las velas podían soportar, dada la anchura del río. En cambio, cuadrillas con cuerdas jalaban desde la costa, ya que, en esa gravedad, incluso un solo mesklinita podía ejercer bastante tracción. El tiempo continuó transcurriendo mientras los terrícolas superaban el tedio y la tensión crecía en la estación de Toorey. La meta estaba casi a la vista, y había muchas esperanzas.

Pero sufrieron una decepción, al igual que meses antes cuando el tanque de Lackland llego al final de su viaje. La razón era muy similar; pero esta vez el Bree y sus tripulantes estaban al pie de un risco, no en la cima. El risco tenía cien metros de altura, no veinte; y a setecientas gravedades, escalar, saltar y otros medios rápidos de locomoción que tan cómodos resultaban en el distante Borde, quedaban fuera del alcance de los vigorosos y pequeños monstruos que tripulaban la nave.

El cohete estaba a ochenta kilómetros de distancia horizontal. Pero verticalmente, esto equivalía, para un ser humano, a un ascenso de casi cincuenta kilómetros por un muro de roca vertical.

15 - TIERRAS ALTAS

El cambio de ánimo que había embargado a la tripulación del Bree no era temporal. El irracional temor a las alturas que acompañaba a los mesklinitas desde su nacimiento había desaparecido por completo. Sin embargo, aún tenían capacidad para razonar normalmente, y en esa parte del planeta una caída de medio cuerpo de longitud podía resultar fatal incluso para ellos.

Los terrícolas, observando en silencio, trataban inútilmente de pensar en un modo de superar aquel escollo. Ningún cohete que poseyera la expedición se podría haber elevado ni siquiera en una fracción de la gravedad polar de Mesklin; el único que habían construido con esa capacidad se encontraba varado en el planeta. Aunque la tripulación hubiera estado cualificada para manejarlo, ningún piloto humano o no humano habría podido sobrevivir en esos parajes; los únicos seres que podían vivir allí eran tan capaces de aprender a pilotar un cohete como un bosquimano recién salido de la selva.

–El viaje no ha terminado, como creíamos. –Rosten, en la sala de pantallas, analizo rápidamente la situación–. Tendría que haber un camino hasta la meseta o hacia una ladera de ese risco. Admito que no parece haber modo de que Barlennan y su gente suban, pero nada les impide rodearlo.

Lackland comunico esta sugerencia al capitán.

–Es verdad –respondió el mesklinita–. Sin embargo, hay varias dificultades. Cada vez resulta más engorroso obtener alimentos en el río, y nos encontramos muy lejos del mar. Además, ignoramos cuanto tiempo tendremos que viajar, y eso dificulta los planes en relación con la comida y otros pormenores. ¿Habéis preparado, o podéis preparar, mapas detallados que nos permitan planear nuestro curso con inteligencia?

–Bien pensado. Veré que se puede hacer. –Lackland se aparto del micrófono para encontrarse con rostros ceñudos–. ¿Que ocurre? ¿No podemos trazar un mapa fotográfico, como hicimos con las regiones ecuatoriales?

–Por supuesto –respondió Rosten–. Podemos hacerlo, e incluso muy detallado, pero será difícil. En el ecuador, un cohete puede mantenerse por encima de un punto dado, en una órbita circular, a sólo mil kilometres de la superficie, justo en el borde interior del anillo. Aquí la órbita circular no basta, ni siquiera en el caso de que pudiéramos establecerla de forma adecuada. Se requeriría una órbita hiperbólica para obtener imágenes de corto alcance sin un consumo imposible de combustible; y eso significa velocidades de varios cientos de kilómetros por segundo respecto de la superficie. Como comprenderás, las fotografías no serían muy nítidas. En resumen, deberemos tomarlas con lentes de foco largo y a muchísima distancia; sólo nos cabe esperar que los detalles sean suficientes para las necesidades de Barlennan.

Lackland comunicó la esencia de esta conversación a Barlennan, quien contestó que permanecería donde estaba hasta recibir la información necesaria.

–Podría seguir río arriba, bordeando el risco hacia la derecha, o abandonar la nave y el río y continuar a la izquierda. Como no sé que opción es mejor en cuanto a la distancia, aguardaremos. Yo preferiría ir río arriba, desde luego; de lo contrario, acarrear los alimentos y las radios no será cosa de broma.

–De acuerdo. ¿Cómo andan tus provisiones? Dijiste que es difícil obtener alimentos a tanta distancia del océano.

–Escasean, pero el lugar no es un desierto. Podremos arreglárnoslas durante un tiempo. Si tenemos que viajar por tierra, tal vez os echemos de menos a ti y tu cañón. Esta ballesta no ha sido mas que una pieza de museo durante nueve décimas partes del viaje.

–¿Por que conservas la ballesta?

–Precisamente por eso, porque es una buena pieza de museo y los museos pagan bien. En mi patria nadie ha visto, ni siquiera imaginado, un arma que funcione arrojando proyectiles. Por cierto, ¿no podrías darnos uno de tus cañones? Ni siquiera es necesario que funcione.

Lackland rió.

Librodot

–Me temo que no; sólo tenemos uno. Creo que no lo necesitaremos, pero no se que explicación dar para entregártelo.

Barlennan ofreció el equivalente de un cabeceo de asentimiento y continuo con sus labores. Tenía que actualizar muchos datos en el cuenco, que era su equivalente de un globo terráqueo; los terrícolas, durante la travesía, le habían dado la orientación y distancia a tierra en todas las direcciones, así que él pudo registrar en el mapa cóncavo la mayoría de las costas de los dos mares que había surcado.

También era necesario resolver el problema de los alimentos. No era urgente, tal como le había dicho a Lackland, pero a partir de ahora tendrían que trabajar más con las redes. El río, que ahora tenía doscientos metros de anchura, parecía contener peces suficientes para satisfacer sus necesidades actuales, pero la tierra era mucho menos prometedora. Pedregosa y yerma, abarcaba una angosta franja que, en una orilla, terminaba abruptamente al pie del risco; en la otra, una serie de colinas bajas se sucedían kilómetro tras kilómetro, quizás hasta más allá del lejano horizonte. La roca de la pared de la escarpa semejaba vidrio pulido, como ocurre a veces en la Tierra con las rocas de los bordes de una grieta. Para escalarla, aún en la Tierra, se habría necesitado el equipo y el peso corporal de una mosca (en Mesklin la mosca habría pesado demasiado). Había vegetación, pero era escasa, y en los primeros cincuenta días de su estancia ningún tripulante del Bree vió rastros de fauna terrestre.

Para los terrícolas fue un período más activo. Cuatro miembros de la expedición, entre ellos Lackland, montaron en el cohete y descendieron al planeta desde la rápida luna. Desde su punto de partida, el mundo presentaba el aspecto de un pastel plano con un abultamiento en el centro; el anillo era simplemente una línea de luz, pero destacaba en la negrura tachonada de estrellas y exageraba la planura de ese mundo gigantesco.

Cuando aplicaron potencia para contrarrestar la velocidad orbital de la luna y dirigirse hacia el plano ecuatorial de Mesklin, la figura cambió. El anillo se veía tal como era, pero el sistema, con dos divisiones, no se parecía al de Saturno. El achatamiento de Mesklin era demasiado grande para que se pareciera a otro mundo: un diámetro polar de menos de treinta mil kilómetros, y un diámetro ecuatorial de setenta mil, es algo que hay que ver para apreciar. Todos los miembros de la expedición lo habían visto a menudo, pero aún lo hallaban fascinante.

Al bajar de la órbita del satélite, el cohete iba a gran velocidad; pero, como había dicho Rosten, no era suficiente. Hubo que añadirle potencia; y aunque el paso por el polo se realizó a miles de kilómetros de la superficie, el fotógrafo tuvo que actuar con celeridad. Sobrevolaron la zona tres veces, y en cada oportunidad necesitaron dos o tres minutos para las fotografías y muchos más para viajar alrededor del planeta. Se cercioraron de que el mundo presentara una faz diferente cada vez, para que la medición de las sombras permitiera calcular la altura del risco.

Los resultados, como era habitual en Mesklin, fueron tan interesantes como asombrosos. En este caso, lo asombroso era el tamaño de aquel fragmento de corteza planetaria que parecía haber surgido en bloque, tenía la forma de Groenlandia, con cinco mil kilómetros de longitud y la punta en dirección al mar de donde había venido el Bree. El río que conducía hacia allí, sin embargo, daba amplias vueltas y casi rozaba el borde en el extremo opuesto, en medio de la parte ancha de esa cuña. La altura de los bordes era increíblemente uniforme; las mediciones de sombras sugerían que quizá fuera un poco mas alto en la punta que en la actual posición del Bree, pero apenas. Ninguna sombra dentada indicaba fisuras en esa pared.

Excepto en un sitio. Una fotografía, y solo una, mostraba un borrón en la sombra que quizá fuera una ladera menos empinada. Estaba también en la punta ancha de la cuña, a mil doscientos kilómetros de donde se hallaba la nave. Mejor aún, estaba corriente arriba, y el río continuaba fluyendo al pie del risco. Viraba hacia afuera en el punto donde se encontraba la presunta fisura, como si sorteara la pila de escombros de la ladera derrumbada, lo cual era muy prometedor. Significaba que Barlennan tenía más de dos mil kilómetros de travesía en

Librodot

vez de setenta, y la mitad por tierra; sin embargo, ni siquiera la parte terrestre resultaría exageradamente difícil. Lackland así lo señaló, y le respondieron que realizara un análisis más cuidadoso de la superficie por donde tendría que viajar su pequeño amigo. Pero Lackland postergo esta labor hasta el regreso a Toorey, pues en la base había mejores instalaciones.

Una vez allí, los microscopios y densitómetros de los cartógrafos profesionales fueron menos alentadores, pues la meseta parecía bastante escabrosa. No había indicios de ríos ni de otras causas especificas que explicaran la fisura que Lackland había detectado; pero la fisura misma quedó ampliamente confirmada. El densitómetro indicaba que el centro de la región era más bajo que el borde, de modo que configuraba un cuenco gigantesco de escasa hondura; sin embargo, la hondura no se podía determinar con precisión, pues no había sombras claras en la zona interior. Pese a ello, los analistas estaban seguros de que la parte más profunda se encontraba situada por encima del terreno que se extendía allende el risco.

Rosten examinó los resultados finales del trabajo y carraspeó.

–Me temo que no podemos hacer más –dijo al fin–. Personalmente, no quisiera ganar esa comarca en una apuesta, aunque pudiera vivir allí. Charles, quizá debas pensar en un modo de brindarles apoyo moral, pues no se me ocurre la manera de brindarles apoyo físico.

–He hecho todo lo posible hasta ahora. Ha sido un fastidio toparnos con este problema cuando estábamos a punto de llegar a nuestra meta. Espero que no suframos una decepción a estas alturas; Barlennan aún no cree todo lo que decimos. Ojalá alguien pudiera explicar esa ilusión del horizonte alto, para satisfacción de el... y mía. Eso podría disuadirlo de la idea de que su mundo es un cuenco, y de que nuestra afirmación de que venimos de otro mundo es en parte una superstición nuestra.

–¿Quieres decir que no entiendes por que se ve más alto? –exclamó asombrado uno de los meteorólogos.

–No del todo, aunque comprendo que la densidad del aire tiene algo que ver...

–Pero si es muy sencillo.

–No para mí.

–Es sencillo para cualquiera. Tú sabes que la capa de aire caliente que hay encima de una carretera en un día soleado, curva la luz del cielo hacia arriba y en cierto ángulo, debido a que el aire caliente es menos denso y la luz viaja más rápida en él; en consecuencia, cuando ves el reflejo del cielo, te parece que es agua. En la Tierra a veces tienes espejismos más vastos, pero todos se basan en el mismo principio: una «lente» o «prisma» de aire mas frío o más caliente refracta la luz. En este caso, el fenómeno es el mismo, pero la causa es la gravedad; incluso el hidrógeno pierde densidad rápidamente cuando te elevas desde la superficie de Mesklin. La baja temperatura ayuda, por supuesto.

–Si tú lo dices, debe de ser verdad. Yo no soy... –Lackland no pudo redondear la frase. Rosten interrumpió con voz huraña.

–¿Cuánto baja esa densidad con la altitud?

El meteorólogo extrajo una regla de calculo del bolsillo y la manipuló en silencio unos instantes.

–Aproximadamente, suponiendo una temperatura media de ciento sesenta bajo cero, bajaría al uno por ciento de la densidad de superficie a los quinientos o quinientos cincuenta metros de altura.

Un asombrado silencio acogió aquellas palabras.

–¿Y cuanto bajaría a cien metros? –pregunto Rosten con esfuerzo. La respuesta llego al cabo de un silencioso movimiento de labios.

–De nuevo aproximadamente, un setenta u ochenta por ciento..., tal vez más.

Rosten tamborileó en la mesa con los dedos, mientras los demás seguían sus movimientos; luego se volvió en silencio hacia las otras caras. Todos le miraban atentamente.

–Supongo que nadie tiene una solución brillante. ¿O alguien espera que la gente de Barlennan pueda vivir y trabajar bajo una presión de aire que para nosotros equivaldría a la de más de mil metros de altura?

Librodot

–No sé. –Lackland frunció el ceño, concentrándose, y Rosten se animó un poco–. Hace un tiempo hubo una referencia a su permanencia bajo el agua... mejor dicho, bajo el metano. Podía resistir mucho tiempo, y nadar grandes distancias. Recordareis que los moradores del río desplazaron el Bree mediante ese método. Si es el equivalente a contener el aliento, o a un sistema de almacenaje como el de nuestras ballenas, no nos sirve de nada; pero si puede extraer hidrógeno de lo que hay disuelto en los ríos y mares de Mesklin, quizá tengamos esperanzas.

Rosten caviló.

–De acuerdo. Llama a tu amiguito y averigua qué sabe sobre su capacidad. Rick, busca o averigua algo sobre la solubilidad del hidrógeno en metano a una presión de ocho atmósferas y temperaturas entre unos ciento cuarenta y cinco y ciento ochenta y cinco grados centígrados bajo cero. Dave, guarda esa regla de cálculo y utiliza el calculador; obtén un valor preciso de la densidad del hidrógeno en ese risco, tan preciso como lo permitan la física, la química, la matemática y los dioses del buen tiempo. Por cierto, ¿dijiste que había una caída de tres atmósferas en el centro de algunos de esos huracanes tropicales? Charles, pregunta a Barlennan cómo afecto eso a sus hombres. En marcha.

La asamblea se disolvió, y todos se pusieron manos a la obra. Rosten permaneció en la sala de pantallas con Lackland, escuchando su diálogo con el mesklinita.

Barlennan confirmó que podía nadar bajo la superficie durante largos períodos sin inconvenientes, pero ignoraba cómo lo hacía. En todo caso, ni respiraba ni experimentaba sensaciones comparables a la sofocación de los humanos cuando se sumergía.

–Y en las peores tormentas jamás experimenté incomodidades como las que sugieres –continuo el capitán–. Todos, aguantaron la que nos arrojó a la isla de los planeadores... aunque debo admitir que estuvimos en el centro sólo dos o tres minutos. ¿Cuál es el problema? No entiendo a donde apuntan estas preguntas.

Lackland miró a su jefe pidiendo autorización y recibió un silencioso cabeceo de aprobación.

–Hemos descubierto que el aire de la cima del risco, donde se halla nuestro cohete, es mucho más tenue que en el fondo. Dudamos que tenga densidad suficiente para vosotros.

–¡Pero si está sólo a cien metros! ¿Por que iba a cambiar tanto en tan corto trecho?

–Se relaciona con la gravedad. Me temo que sería demasiado largo de explicar, pero en cualquier mundo el aire pierde densidad a medida que asciende, y cuanta más gravedad hay, más rápido es el cambio. En tu mundo, las condiciones son un poco extremas.

–Pero ¿en qué parte de este mundo el aire sería lo que consideráis normal?

–En el nivel del mar, suponemos. Todas nuestras mediciones parten de esa referencia.

Barlennan caviló un rato.

–Me parece una tontería. Sería mejor utilizar un nivel estable como referencia de las mediciones. Nuestros mares suben y bajan muchísimos metros cada año... y nunca note cambios específicos en el aire.

–Supongo que no los notas por diversas razones; la principal es que estas en el nivel del mar mientras te encuentras a bordo del Bree, y por lo tanto en el fondo de la atmósfera. Quizá lo entiendas mejor si piensas en cuánto peso de aire tienes encima y cuánto tienes debajo.

–Sigue habiendo un problema –replico el capitán–. Nuestras ciudades no siguen a los mares cuando estos descienden; habitualmente están en la orilla en primavera y de trescientos a tres mil kilometres tierra adentro en otoño. La pendiente es muy suave, desde luego, pero sin duda se hallan cien metros sobre el nivel del mar en ese período.

Lackland y Rosten se miraron a los ojos un instante; luego el segundo habló.

–Si, pero en tu país estas mucho más lejos del polo... aunque eso no importa. Aun cuando la gravedad fuera de sólo un tercio, experimentarías tremendos cambios de presión. Tal vez hayamos tomado precauciones dignas de una nova cuando estábamos ante una mera enana roja. –Calló un momento, pero el mesklinita no respondió–. Barlennan, ¿estarías dispuesto a

intentar el ascenso a la meseta? No insistiremos en ello si resulta demasiado dificultoso para tu constitución física, pero ya sabes cuán importante es para nosotros.

–Claro que iré. Hemos llegado hasta aquí, y no tengo razones para suponer que nos espera algo peor de lo que ya hemos pasado. Además, quiero... –Hizo una pausa, y luego cambió de tono–. ¿Habéis encontrado un modo de subir allí, o la pregunta es todavía hipotética?

Fue Lackland quien respondió.

–Hemos descubierto un camino posible, mil doscientos kilómetros río arriba. No sabemos si podrás escalarlo; parece un desmoronamiento de rocas de pendiente muy moderada, pero desde esa altura no podemos calcular el tamaño de las rocas. Sin embargo, si no puedes subir por allí, me temo que no podrás hacerlo por otro sitio. El risco parece vertical en todo el contorno de la meseta, excepto en ese punto.

–Muy bien, iremos río arriba. No me gusta la idea de escalar aquí, pero haremos lo posible. Quizá podáis sugerirnos algo cuando veáis el camino por los visores.

–Me temo que tardaras mucho en llegar allá.

–No demasiado; por alguna razón, a lo largo del risco el viento sopla en la dirección hacia donde queremos ir. No ha cambiado de rumbo ni de intensidad desde que llegamos, hace veinte días. No es tan fuerte como un viento marino, pero empujara el Bree corriente arriba... si el río no cobra demasiado ímpetu.

–Al menos no se vuelve mucho más angosto en el trayecto que recorrerás. Si aumenta la velocidad, será porque pierde hondura. Solo podemos asegurarte que las fotografías no presentan indicios de rápidos.

–Muy bien, Charles. Zarparemos en cuanto lleguen las partidas de cazadores.

Una a una, las partidas regresaron a la nave, todas con algunos alimentos pero sin ningún informe interesante. Aquella campiña ondulante se extendía en todas direcciones; los animales eran pequeños, los arroyos escasos, y la vegetación rala, excepto alrededor de los pocos manantiales. La moral estaba un poco baja, pero mejoró con la noticia de que el Bree reanudaría el viaje. Los pocos objetos que habían sido desembarcados volvieron a ser cargados rápidamente en las balsas, y la nave se internó en la corriente. Por un momento bogó a la deriva hacia el mar, mientras izaban las velas; luego aquel viento extrañamente uniforme las hinchó, y la nave avanzó contra la corriente, internándose despacio en zonas desconocidas del mayor planeta que el hombre había intentado explorar.

16 - EL VALLE DEL VIENTO

Barlennan esperaba que las márgenes se volvieran más yermas a medida que la nave avanzaba corriente arriba, pero ocurría lo contrario. Matas de plantas achaparradas, semejantes a pulpos, se aferraban al suelo en ambas orillas, excepto donde el risco de la izquierda se aproximaba tanto al río que no les dejaba espacio. Al cabo de ciento cincuenta kilómetros de travesía, encontraron varios riachuelos que desembocaban en el río principal; y varios tripulantes juraron haber visto animales deslizándose entre las plantas. El capitán sintió la tentación de enviar una partida de caza y aguardar su retorno, pero dos razones lo disuadieron. Una era el viento, que soplaba hacia donde él quería; la otra era el afán de llegar al final del trayecto y examinar la milagrosa máquina que los Voladores habían instalado y perdido en los yermos polares de ese mundo.

A medida que continuaba el viaje, el viento sorprendía cada vez más al capitán; nunca había visto un viento que soplara en la misma dirección durante más de doscientos días. Pero éste no sólo mantenía el rumbo, sino que viraba siguiendo la curva del risco, de modo que siempre daba contra la popa.

El río conservaba su anchura como habían señalado los Voladores; y, tal como ellos habían insinuado que ocurriría, perdía hondura y cobraba velocidad. Cabía esperar que esto frenase el avance del Bree, y de hecho así ocurrió; pero menos de lo previsto, pues el viento se hizo más

Librodot

intenso. Continuaron kilómetro a kilómetro, día tras día. Los meteorólogos estaban fuera de si. Imperceptiblemente, el sol trepaba a mayor altura en sus círculos por el cielo, pero lo hacía demasiado despacio para convencer a los científicos de que aquello era la causa del creciente viento. Tanto para los mesklinitas como para los humanos resultó evidente que algún rasgo de la orografía local debía ser responsable de ello. Al final, Barlennan se sintió confiado para detenerse en la costa y enviar una partida de exploración y de caza, seguro de que el viento seguiría soplando cuando ésta embarcara de nuevo.

Así fue, y continuaron navegando durante kilómetros sobre las balsas del Bree. Según los Voladores, habían recorrido mil doscientos kilómetros. La corriente del río prolongaba la travesía, pero por fin apareció la fisura en la roca, tal como los terrícolas habían dicho.

Durante un tiempo, la corriente del río vino directamente desde allí, y pudieron ver la fisura de perfil: una cuesta casi recta, en ángulo de veinte grado, subiendo quince metros desde el pie del risco. Al aproximarse, el curso de la corriente se alejó de la pared, y vieron que la pendiente era un derrumbe con forma de abanico que se proyectaba desde una hendidura de menos de cincuenta metros de ancho. La pendiente era más abrupta dentro de la fisura, pero quizá pudieran escalarla; nadie lo sabría hasta estar a distancia suficiente para ver qué clase de restos rocosos había en el derrumbe. La primera impresión resultó alentadora; allá donde el río tocaba el pie de la pendiente, esta parecía formada por guijarros pequeños incluso para los tripulantes. Si no estaban demasiado débiles, el ascenso resultaría fácil.

Ahora viraban alrededor de un punto situado frente a la abertura, y el viento empezó a cambiar al fin. Se curvaba hacia el exterior del risco, y su velocidad aumentaba increíblemente.

Una ráfaga violenta sacudió la nave, amenazando con desgarrar la resistente tela de sus velas y desviándola de la pared de roca. Al mismo tiempo el rugido se transformó en un fragor explosivo, y en menos de un minuto la nave se encontró atrapada en una tormenta que rivalizaba con las que habían encontrado desde que salieran del ecuador. Duró sólo unos instantes; las velas, que ya estaban dispuestas para resistir semejante viento, frenaron la nave impidiendo que encallara. Una vez que superaron aquella ventolera, Barlennan hizo girar la nave a estribor y se dirigió hacia la costa mientras recobraba la compostura. Cuando lo hubo conseguido, hizo lo que ya era un habito en situaciones inusitadas: llamó a los terrícolas pidiendo una explicación. Estos le defraudaron; la voz de un meteorólogo no tardo en responder, vibrando con la modulación que el capitán había aprendido a asociar con el placer humano.

–¡Eso lo explica, Barlennan! ¡Es la forma de cuenco de esa meseta! Yo diría que el ascenso te resultara más fácil de lo que creíamos. ¡Ahora entiendo por que no lo pensamos antes!

–¿Pensar que? –No era un gruñido, pero sus tripulantes notaron claramente el desconcierto de Barlennan.

–Pensar lo que un sitio como ese podía hacer en tu gravedad, clima y atmósfera. Verás, en la zona de Mesklin que conoces, el hemisferio sur, el invierno coincide con el tránsito de vuestro mundo en su punto más próximo al sol. Entonces es verano en el norte y el casquete polar se disuelve; por eso tenéis esas tremendas y continuas tormentas durante esa temporada. Nosotros sabíamos eso. La humedad que se condensa (metano, o como quieras llamarlo) cede su calor y calienta el aire de tu hemisferio, aunque no veis el sol durante tres o cuatro meses. La temperatura se acerca al punto de ebullición del metano... ciento cuarenta y cinco bajo cero en tu presión de superficie. ¿No es así? ¿No tenéis más calor en invierno?

–Si –admitió Barlennan.

–Muy bien, pues. El hecho de que la temperatura sea mas alta significa que tu aire no pierde densidad tan rápidamente con la altitud... Se podría decir que la atmósfera entera se expande. Se expande, y se vierte en ese cuenco que tienes al lado como agua en un plato de sopa que se hunde. Luego pasas el equinoccio vernal, las tormentas mueren, y Mesklin empieza a alejarse del sol. Todo se enfría, y la atmósfera se encoge de nuevo. Pero el cuenco ha atrapado mucho calor, y su presión de superficie es ahora mas alta que en un nivel similar

Librodot

del exterior del cuenco. Buena parte de ese calor desborda y se aleja del risco en el pie, pero la rotación del planeta lo desvía hacia la izquierda. Eso explica el viento que te impulsó. El resto es esta ventolera que acabas de cruzar, que escapa del cuenco por la única fisura y crea un vacío parcial en ambos lados de la hendidura, de modo que el viento tiende a precipitarse hacia allí desde todas partes. ¡Es simple!

–¿Pensaste todo eso mientras yo cruzaba el vendaval? –pregunto secamente Barlennan.

–Claro... se me ocurrió de golpe. Por eso estoy seguro de que allá arriba el aire es más denso de lo que esperábamos. ¿Entiendes?

–Francamente, no. Sin embargo, lo aceptaré si tú estas satisfecho. Cada vez confió más en vuestros conocimientos. No obstante, con teoría o sin ella, ¿qué significa esto en la práctica? Trepar por la cuesta afrontando ese viento no será cosa de broma.

–Me temo que deberéis hacerlo. Quizás amaine eventualmente, pero pasaran unos meses hasta que el cuenco se vacíe... tal vez un par de años terrícolas. Si es posible, Barlennan, creo que vale la pena intentar el ascenso sin demora.

Barlennan reflexionó. En el Borde, semejante huracán arrastraría a un mesklinita y lo haría desaparecer en pocos instantes; pero en el Borde ese viento no podía formarse, pues el aire apresado en el cuenco pesaría mucho menos que aquí. Hasta Barlennan comprendía eso.

–Iremos ahora –informó a través de la radio, antes de volverse para dar ordenes a la tripulación.

El Bree cruzó la corriente, ya que Barlennan había atracado en la orilla opuesta a la meseta. Una vez allí, lo sacaron del río y sujetaron las amarras a estacas, pues en aquel paraje rocoso no había plantas que pudieran resistir lo suficiente. Nombraron a cinco marineros para que permanecieran en la nave; los demás se colocaron los arneses, sujetaron las cuerdas de sus mochilas a ellos, y se pusieron en marcha hacia la pendiente.

El viento no los molestó durante un trecho. Barlennan había seguido el camino más apropiado, subiendo por el costado del abanico de escombros. Las partes más lejanas estaban compuestas por partículas relativamente finas: arena y diminutos guijarros; a medida que trepaban, los fragmentos de roca aumentaban de tamaño. Todos comprendían la razón (el viento arrastraba los trozos más pequeños), y empezaron a preocuparse por el tamaño de las rocas que tendrían que escalar al llegar a la fisura.

Tardaron pocos días en llegar al costado de la fisura. El viento era un poco más fresco; a pocos metros, doblaba la esquina con un rugido que dificultaba la conversación. Se toparon con algunos remolinos que anunciaron lo que les esperaba; pero Barlennan se detuvo sólo un momento. Luego, cerciorándose de tener la mochila cerca y bien amarrada al arnés, se armó de coraje y avanzo contra el embate del viento. Los otros lo siguieron sin titubear.

Sus peores temores no se confirmaron, no fue necesario escalar grandes rocas. Había fragmentos enormes, pero sus pendientes estaban unidas por una rampa de material más fino, que el viento constante había acumulado en aquella zona relativamente guarecida. Las rampas se superponían, y en caso contrario era posible avanzar de una a la otra a través del viento. Siguieron un trayecto tortuoso, pero fueron ascendiendo lentamente.

Tuvieron que desechar la idea de que el viento no era peligroso. Un marinero sintió hambre, se detuvo en lo que considero un refugio y trato de sacar comida de la mochila; entonces un remolino que rodeaba esa roca, quizá causado por la presencia del propio marinero, que perturbaba el equilibrio alcanzado tras meses y años de viento constante, embolso el contenedor abierto. Este actuó como un paracaídas, saco al desdichado marinero de su refugio y lo arrastro cuesta abajo. Desapareció en una nube de arena. Su compañero miró hacia otra parte; en la gravedad a la que se encontraban, una caída desde quince centímetros de altitud resultaba mortal, y habría muchas caídas semejantes antes de que su compañero llegara al fondo. Si no las había, su peso de cientos de kilos chocaría con fuerza contra las rocas provocando el mismo resultado. Los supervivientes clavaron los pies en el suelo y desistieron de comer hasta haber llegado a la cima.

Librodot

Una y otra vez, el sol paso por delante de ellos, brillando a través de la hendidura. Una y otra vez, surgió detrás, alumbrando la abertura desde la dirección opuesta. Cada vez que las rocas resplandecían bajo su impacto directo, los escaladores estaban un poco más arriba; y un viento cada vez mas leve rozaba sus largos cuerpos. La fisura se hacia visiblemente más ancha, y la pendiente más suave. Ahora veían que el risco se abría hacia delante y a los costados; al fin, el camino se volvió casi horizontal y pudieron contemplar las anchas regiones de la meseta superior. El viento aún era intenso, pero no tan peligroso, y, cuando Barlennan viró a la izquierda, amainó todavía más. Aquí no era tan cortante como abajo; penetraba en la fisura desde todas partes, pero precisamente por eso su fuerza menguó deprisa cuando dejaron atrás la grieta. Al fin pudieron detenerse y abrir las mochilas para disfrutar de una comida por primera vez en trescientos días, un período largo incluso para los mesklinitas.

Una vez aplacada el hambre, Barlennan empezó a examinar la comarca. Había detenido al grupo a un costado de la grieta, casi en el borde de la meseta, y el terreno descendía formando una pendiente circular. Era un terreno desalentador. Las rocas eran más grandes, y habría que sortearlas, pues escalarlas era impensable. Incluso sería imposible mantener un rumbo entre ellas; sólo verían unos metros en cualquier dirección una vez que las rocas los rodearan, y el sol no servía de orientación. Sería preciso mantenerse cerca del borde (aunque no demasiado, pensó Barlennan conteniendo un escalofrío). El problema de hallar el cohete se resolvería cuando estuvieran en las inmediaciones; sin duda les ayudarían los Voladores.

El otro problema eran las vituallas. En las mochilas llevaban suficientes para un largo tiempo, quizá para los mil doscientos kilómetros de regreso hasta el lugar donde estaba el Bree, pero necesitaban un medio para reaprovisionarse, pues no les duraría todo el viaje de ida y vuelta ni bastaría para mantenerlos un tiempo cerca del cohete. Al principio, Barlennan no halló solución a este problema, pero pronto encontró una respuesta. Tras reflexionar detenidamente, decidió que era lo mejor. Una vez que hubo elaborado los detalles, llamó a Dondragmer.

El piloto se había mantenido en la retaguardia durante el arduo ascenso, resistiendo sin quejas las mordeduras de la arena aflojada por los demás, que el viento le arrojaba sin piedad. Sin embargo, no parecía desalentado por la experiencia; su resistencia, aunque no su fortaleza, era similar a la de Hars. Escucho las órdenes del capitán sin manifestar emociones, aunque sin duda lo decepcionaban por lo menos en un sentido. Una vez informado de sus deberes, llamó a los miembros de su cuadrilla y a la mitad de la del capitán. Se redistribuyeron las mochilas; toda la comida se entregó al grupo relativamente pequeño que se quedaba con Barlennan, y también toda la cuerda, excepto un tramo de longitud suficiente para enlazar los arneses de todo el grupo de Dondragmer. Habían aprendido de la experiencia, y no tenían intenciones de repetirla.

Una vez cumplidos estos preliminares, el piloto no perdió más tiempo; dio media vuelta y condujo a su grupo hacia la pendiente que acababan de trepar con tanto esfuerzo, y muy pronto la procesión enlazada por cuerdas desapareció en la cuesta que conducía a la hendidura. Barlennan se volvió hacia los demás.

–A partir de ahora tendremos que racionar estrictamente la comida. No intentaremos viajar deprisa, pues nos perjudicaría. El Bree debería llegar a nuestra anterior escala antes que nosotros, pero ellos tendrán que efectuar algunos preparativos antes de poder ayudarnos. Los dos que lleváis radios, no dejéis que nada les ocurra; son el único medio para averiguar si estamos cerca del cohete, a menos que alguien se ofrezca para mirar por encima del borde. Por cierto, quizás esto sea necesario, pero en tal caso lo haré yo.

–¿Partiremos de inmediato, capitán?

–No. Aguardaremos aquí hasta saber si Dondragmer regreso a la nave. Si se presentan problemas, tendremos que recurrir a otro plan, y quizá debamos regresar. En tal caso, sería una pérdida de tiempo y esfuerzo avanzar más ahora.

Entretanto, Dondragmer y su grupo llegaron a la pendiente sin dificultad. Se detuvieron el tiempo necesario para que el piloto se cerciorase de que los arneses estaban bien atados a lo

largo de la cuerda que llevaban; luego sujeto el suyo a retaguardia y ordenó comenzar el descenso.

La cuerda resultó ser buena idea; pues, pese a sus innumerables pies, los mesklinitas tenían mas dificultades en la tracción cuesta abajo que cuesta arriba. El viento no arrastraba a nadie, pues no llevaban mochillas de donde pudiera aferrarlos, pero aun así la marcha era dificultosa. Como antes, perdieron la noción del tiempo y respiraron aliviados cuando el camino se abrió ante ellos y pudieron virar a la izquierda, apartándose del viento. Aún miraba hacia abajo, lo cual resultaba agotador para los nervios mesklinitas, pero la peor parte del descenso ya estaba hecha. Tardaron tres o cuatro días en bajar el resto del camino y llegar al Bree. Los marineros de la nave los habían visto venir y comenzaron a hacer especulaciones, la mayoría trágicas, respecto al resto de la partida. Pronto los tranquilizaron, y el piloto comunicó su llegada a los hombres de Toorey para que estos retransmitieran la información a Barlennan. Luego arrastraron la nave hasta el río, lo cual resultó agotador, pues faltaba una cuarta parte de la tripulación y la abrumadora gravedad polar aplastaba las balsas contra la playa; pero al final lo consiguieron. La nave se trabo dos veces en los guijarros que no la habían detenido al ir en dirección contraria; utilizaron la cabria diferencial para desencallarla. Cuando el Bree estuvo nuevamente a flote, Dondragmer se paso buena parte del viaje corriente abajo examinando la cabria. Ya conocía el principio de construcción para fabricar una sin ayuda; sin embargo, aun no atinaba a deducir por que funcionaba. Varios terrícolas lo observaban divertidos, pero ninguno tuvo la descortesía de demostrarlo, ni a nadie se le ocurrió quitarle la oportunidad de resolver el problema por su cuenta.

La posición del cohete varado se conocía con suma precisión, con un error de menos de diez kilómetros. Los transmisores telemétricos –no todos los instrumentos servían para almacenar datos– habían continuado operando durante más de un año terrícola, desde el momento en que la nave no respondió a las órdenes de despegue; en ese período se habían tomado una cantidad astronómica de fotografías en la zona de los transmisores. La atmósfera de Mesklin no interfería demasiado con la radio.

El Bree también podía ser localizado por radio, al igual que el grupo de Barlennan; los terrícolas se encargarían de guiar a ambos grupos, y eventualmente los conducirían hacia el proyectil varado. La dificultad consistía en obtener fotografías desde Toorey, ya que los tres objetivos estaban en el «borde» del disco tal como se veía desde la luna. Peor aún, la forma del planeta significaba que un ínfimo error en la determinación de la dirección de la señal podía entrañar una diferencia de miles de kilómetros en la superficie de ese mundo; la línea de la antena apenas rozaba la zona más plana del planeta. Para remediarlo, el cohete que había fotografiado el planeta fue lanzado una vez más, adoptando una órbita circular que cruzaba los polos a intervalos regulares.

Una vez que la órbita se fijó con precisión, pudieron establecer contactos bastante precisos con los diminutos transmisores que los mesklinitas llevaban consigo.

El problema se simplificó aún más cuando Dondragmer llevó el Bree hasta su escala anterior y estableció un campamento. Ahora había un transmisor fijo en el planeta, y esto permitiría indicar a Barlennan cuanta distancia le quedaba en cuanto lo preguntase. El viaje se volvió rutinario una vez más. Al menos, para quienes lo observaban desde arriba.

17 - ASCENSOR

Para Barlennan no tuvo nada de rutinario. La meseta superior era tal como parecía desde el principio: árida, pedregosa, yerma y desconcertante. Barlennan no se atrevía a alejarse del borde; una vez entre aquellos pedrejones, pronto perdería la orientación. No había colinas que sirvieran como hitos, o al menos ninguna que se viera desde el suelo. Las rocas desperdigadas lo ocultaban todo a pocos metros de distancia, elevándose en todas direcciones excepto hacia el borde del risco.

El viaje en sí no era difícil. El terreno era uniforme, excepto por las piedras; simplemente, había que sortearlas. Mil doscientos kilómetros representa una larga marcha para un hombre, y aún más larga para una criatura de apenas cuarenta centímetros de longitud, que debe «caminar» ondulando como una oruga; además, los incesantes desvíos alargaban mucho más esa distancia.

La gente de Barlennan podía viajar a considerable velocidad, pero había muchos contratiempos.

El capitán empezó a preocuparse por las vituallas antes del fin del viaje. Había pensado que dejaba un amplio margen de seguridad cuando concibió el proyecto, pero pronto tuvo que modificar esa idea. Una y otra vez preguntó ansiosamente a los humanos cuánta distancia faltaba; a veces recibía una respuesta –siempre desalentadora–, y otras el cohete estaba al otro lado del planeta y la respuesta llegaba desde Toorey, pidiéndole que aguardara un rato hasta que tuvieran la posición precisa. Las estaciones de relé aún funcionaban, pero no se podían utilizar para tomar una lectura direccional con su radio.

Todavía les quedaban provisiones, aunque no demasiadas, cuando al fin llegaron a una posición donde los terrícolas no hallaron una diferencia significativa en la posición de las radios. Teóricamente, lo primero consistiría en proceder a la siguiente fase del plan de Barlennan para reaprovisionarse de comestibles; pero antes debían tomar una medida seria. Barlennan la había mencionado antes de la partida, pero nadie había prestado demasiada atención al asunto. Ahora no podían eludirlo.

Los terrícolas habían dicho que se encontraban tan cerca del Bree como podían estarlo; por lo tanto, tendrían comida a pocos cientos de metros. Sin embargo, antes de dar un solo paso para obtenerla, alguien tendría que mirar por encima del borde. Deberían ver donde estaban en relación con la nave, ensamblar aparejos para izar la comida y afrontar un precipicio de cien metros. Y tenían una excelente percepción de la profundidad.

Aun así, era preciso; y al final lo hicieron. Barlennan, como correspondía a su posición, fue el primero en dar ejemplo.

Se dirigió –aunque sin prisa, hay que admitirlo– hasta el limite y clavó la mirada en las colinas bajas y otros accidentes del terreno que se interponían entre el y el lejano horizonte. Lentamente bajó la vista, fijándola en objetos cada vez mas cercanos, hasta toparse con el borde de roca. Sin prisa, miró adelante y atrás, habituándose a ver cosas que ya estaban debajo de él. Luego, casi imperceptiblemente, se inclinó hacia delante para captar el paisaje del pie del risco. Durante un buen rato le pareció uniforme, pero logro concentrar la atención en los detalles nuevos para no pensar en el acto temerario que estaba realizando. Al final, el río se hizo visible, y Barlennan continuó con cierta rapidez. Allá estaba la margen opuesta, el lugar donde la mayoría de las partidas de caza habían desembarcado después de cruzar el río a nado; desde arriba podía distinguir las huellas sinuosas que habían dejado. Nunca había comprendido por que esas cosas se percibían con tanta nitidez desde lo alto.

Ahora veía la orilla más cercana y la marca que habían dejado al arrastrar el Bree; poco mas allá estaba el Bree, sin modificaciones, con los marineros tendidos en las balsas o moviéndose despacio en la orilla vecina. Por un instante, Barlennan se olvidó de la altura y avanzó un poco más para llamarlos. La cabeza le asomó sobre el borde.

Y miró directamente hacia abajo.

Había creído que subir al techo del tanque era la experiencia más espantosa –al principio– que había sufrido. Ahora no sabía si el risco era peor. Barlennan no supo cómo se alejó del borde, y nunca preguntó a sus hombres si había necesitado ayuda. Cuando recobró la compostura, estaba a dos metros del borde, aún temblando e inseguro de sí. Tardó días en recobrar su personalidad normal y su lucidez.

Al final comprendió lo que tenía que hacer. Mirar el barco no había sido problema; la dificultad se presentaba cuando sus ojos seguían una línea entre su posición y aquel punto remoto de allá abajo. Los terrícolas se lo sugirieron, y Barlennan, tras recapacitar, lo aceptó. Eso significaba que era posible hacer todo lo necesario; podían hacer señas a los marineros de

abajo y tirar de las cuerdas, mientras no mirasen hacia abajo en línea recta. Mantener la cabeza a cierta distancia del borde era la clave de la cordura y la supervivencia.

Dondragmer no había visto la cara del capitán durante su breve aparición, pero sabía que el otro grupo había llegado a la cima del risco. Los Voladores lo habían mantenido al corriente. El y su tripulación comenzaron a escudriñar el borde de la pared de roca mientras los de arriba empujaban una mochila hasta el borde y la mecían de un lado a otro. Al fin la vieron desde abajo, casi exactamente encima del barco. Antes del mareo, Barlennan había notado que no estaban exactamente en el mismo lugar, y al mostrar la señal se había corregido el error.

–De acuerdo, os tenemos –informó Dondragmer en inglés, y la frase fue retransmitida por uno de los hombres del cohete.

El marinero, aliviado, dejó de agitar la mochila vacía, la apoyó en el borde para que continuara siendo visible y se alejó del abismo. Entretanto, desenrollaron la cuerda que habían llevado y sujetaron un extremo a una roca. Barlennan supervisó estrictamente la operación; si perdían la cuerda, los que estaban en la meseta se morirían de hambre. Una vez satisfecho, hizo llevar el resto del cable hasta el borde, y dos marineros empezaron a bajarlo despacio. Dondragmer seguía la operación, pero no apostó a nadie debajo para coger la cuerda. Si alguien se resbalaba arriba y la cuerda caía, quien estuviera abajo lo pasaría mal, por ligero que fuera el cable. Aguardó a que Barlennan le comunicara que ya habían desenrollado toda la cuerda; luego, él y los demás tripulantes fueron hasta el pie del risco para buscarla. El cable sobrante había formado un bulto en el duro suelo. Dondragmer cortó el exceso, lo enderezó y lo midió. Ahora tenía una idea muy precisa de la altura del risco, pues durante la larga espera le había dado tiempo a cotejar la longitud de las sombras.

La cuerda sobrante no tenía longitud suficiente para llegar de nuevo a lo alto del risco, así que el piloto cogió otro rollo en el Bree, comprobó su longitud, lo unió al tramo que colgaba del risco e informó a los terrícolas que Barlennan podía comenzar a jalar.

Fue una dura faena, pero no demasiado para los vigorosos seres de arriba; en un tiempo relativamente breve, la segunda cuerda estuvo en la cima del risco y los peores temores del capitán se aplacaron. Ahora, si perdían una cuerda, al menos contaban con otra de repuesto.

La segunda carga fue muy diferente de la primera, al menos en lo referente a izarla. Era un paquete atiborrado de alimentos, y pesaba tanto como un marinero. Normalmente, un mesklinita no podía levantar ese peso en aquella zona del planeta, y el grupo de Barlennan era relativamente pequeño. Sujetando la cuerda alrededor de una roca y descansando con frecuencia, lograron izar la carga. Una vez finalizada la operación, comprobaron que el roce contra la roca y el borde del risco había deteriorado la cuerda. Era preciso hacer algo; mientras el grupo celebraba el fin del racionamiento, Barlennan decidió qué. Después del festín, impartió las órdenes adecuadas al piloto.

Las cargas sucesivas, siguiendo las instrucciones de Barlennan, consistieron en mástiles, travesaños, más cuerda y varias poleas como las que habían utilizado para arriar el Bree en el risco del distante ecuador. Construyeron un trípode y una cabria similares a los que ya habían usado, actuando con mucha cautela, pues era preciso levantar las piezas para sujetarlas y el viejo temor a permanecer debajo de objetos sólidos había recobrado toda su fuerza. De todos modos, como los mesklinitas no podían elevarse mucho desde el suelo, sujetaron casi todas las piezas tendidas en tierra; luego pusieron la estructura en posición, utilizando estacas y rocas a modo de palancas y fulcros respectivamente. Un equipo similar de hombres, trabajando en condiciones normales, habría realizado una tarea similar en una hora; los mesklinitas tardaron mucho más, pero ninguno de los observadores humanos pudo culparlos.

El trípode quedó ensamblado y erigido a cierta distancia del borde, luego lo colocaron en una posición conveniente y le apuntalaron las patas con piedras que los observadores humanos consideraron guijarros. La polea más pesada fue unida al extremo de un mástil con la mayor firmeza posible; tras pasar una cuerda, elevaron el mástil a fin de que un cuarto de su longitud se proyectara sobre el abismo, mas allá del trípode. El extremo interior también fue reforzado con guijarros. Esta tarea llevó mucho tiempo, pero valió la pena. Al principio se

Librodot

utilizó un sola polea, por lo que los tripulantes aún debían manejar un peso equivalente al de un individuo; pero la fricción se eliminó en gran parte, y una cornamusa añadida al extremo interior del mástil simplificó el problema del sostén mientras la gente descansaba.

Poco a poco, subieron las provisiones, mientras los de abajo cazaban y pescaban sin cesar para mantener el suministro.

Las vituallas ya superaban lo que una persona podía acarrear; Barlennan planeaba ir dejando reservas a lo largo de la ruta hasta el cohete. Pensaban que el viaje no sería tan largo como el realizado desde la fisura, pero la estancia en la zona de la máquina varada sería prolongada, y debían aprovisionarse para evitar problemas. Barlennan hubiera deseado disponer de más hombres en la meseta, para dejar a algunos con la cabria y llevarse a otros consigo; pero esto presentaba algunas dificultades prácticas. Un nuevo grupo tardaría demasiado en escalar hasta la grieta, trepar y llegar al lugar donde ellos estaban. Nadie quería pensar en otra alternativa; Barlennan si la pensó, por supuesto, pero el experimento realizado por un tripulante la transformó en un tema difícil de abordar.

Ese individuo, tras obtener la aprobación del capitán –una aprobación que Barlennan lamentó mas tarde– y pedir a los de abajo que se alejaran, hizo rodar un guijarro del tamaño de una bala hasta el borde del risco y le dio un empellón. Los resultados fueron interesantes para mesklinitas y humanos. Los segundos no vieron nada, pues el único visor del pie del risco aún estaba a bordo del Bree y, en consecuencia, demasiado alejado del punto de impacto; pero lo oyeron tan bien como los nativos. En realidad, también lo vieron casi igual, pues a ojos de los mesklinitas el guijarro simplemente desapareció: hendió el aire con un chasquito de cuerda de violín y, un segundo después, produjo una estruendosa explosión en el suelo.

Por suerte, aterrizó sobre un terreno duro y ligeramente húmedo, en lugar de hacerlo sobre otra piedra; en tal caso, alguien habría muerto alcanzado por las esquirlas. El impacto, a una velocidad de un kilómetro y medio por segundo, hizo estallar la tierra, arrojando las salpicaduras en una onda de gran velocidad que se petrificó en una fracción de segundo, dejando un cráter alrededor del orificio que el proyectil había horadado en el suelo. Lentamente, los marineros se reunieron en torno al agujero, mirando el suelo humeante; luego se apartaron del pie del risco. Tardaron un tiempo en recobrarse del efecto que produjo el experimento.

No obstante, Barlennan quería más hombres arriba, y no era individuo que desistiera de un proyecto por temor a que no funcionara. Un día expuso su propuesta de un ascensor; se topó con el esperado silencio, pero continuó mencionando el tema mientras proseguían las faenas. Como Lackland había notado, el capitán era un sujeto persuasivo. Era una lástima que esa tarea de persuasión se efectuara en su idioma natal, pues los humanos habrían disfrutado con los variados y originales enfoques de Barlennan, y viendo como los demás pasaban de la negativa absoluta a la reflexión, luego a una atención desganada y por último a un escéptico asentimiento. Nunca se entusiasmaron con la idea, pero Barlennan tampoco esperaba milagros. Es muy probable que el éxito no se debiera solo a sus esfuerzos. Dondragmer quería estar entre los presentes cuando llegaran al cohete; le había desagradado tener que retroceder con el grupo que regresó a la nave, aunque su arraigado rechazo hacia los que cuestionaban las órdenes le había impedido mostrar sus sentimientos. Ahora que se presentaba la oportunidad de regresar a lo que él consideraba el grupo activo, no le costó mucho trabajo convencerse de que subir a un risco en el extremo de una cuerda no era tan malo. En todo caso, reflexionó, si la cuerda se partía él no llegaría a enterarse. Por lo tanto, defendió la idea del capitán ante los marineros del pie del risco; y cuando éstos advirtieron que el primer oficial se proponía ir primero, y que además deseaba ir, la resistencia natural se disipó un poco. Y como los relés automáticos ahora estaban funcionando, Barlennan pudo hablar directamente con el otro grupo, así que toda la fuerza de su personalidad también entró en juego.

Librodot

El resultado fue la construcción de una plataforma de madera, con una baranda baja y sólida –invento de Dondragmer– que impedía que nadie mirase hacia abajo mientras subía. Se sustentaba en una hamaca de cuerdas que la mantendría en posición horizontal; esto era una derivación de la experiencia adquirida en el ecuador.

La plataforma, cuyas cuerdas y nudos fueron sometidos a prueba mediante fuertes tirones que interesaron a los espectadores humanos, fue arrastrada hasta el pie del risco y atada a la cuerda principal. A requerimiento del piloto, arriba aflojaron la cuerda y se probó el último nudo con el mismo método que los demás; tras verificar que todo estaba seguro, Dondragmer trepó a la plataforma, colocó el último tramo de baranda y dio la señal. Habían arrastrado la radio desde la nave, de manera que Barlennan oía directamente al piloto. El capitán se reunió con los que manipulaban la cuerda.

La plataforma apenas se mecía. Dondragmer recordó las incomodidades sufridas la última vez que se había montado sobre semejante artilugio. Aquí, el viento, aunque soplaba continuamente a lo largo del risco, no podía impulsar perceptiblemente el péndulo del cual él formaba parte; la cuerda era demasiado angosta para ser presa de las corrientes de aire, y el peso de la plomada, demasiado enorme para que éstas la movieran. Esto era una suerte, y no solo por razones de comodidad; si se hubiera iniciado un vaivén, su período habría sido de medio segundo al principio, decreciendo con el ascenso hasta alcanzar un valor que habría equivalido a una vibración sónica y habría arrancado de sus cimientos la estructura de la cima.

La plataforma apareció, por fin, encima del risco y la hamaca llegó hasta la polea, frenando el ascenso. El borde del ascensor estaba a pocos centímetros del risco. Como el artilugio era largo y angosto, para adaptarse a la forma mesklinita, un simple empujón con una pértiga en un extremo bastó para depositar el otro sobre tierra firme. Dondragmer, que había abierto los ojos al oír voces, se alejó con gratitud del borde.

Lackland anunció que el piloto estaba a salvo antes de que Barlennan pudiera comunicarlo a los marineros de abajo, y sus palabras fueron traducidas de inmediato por alguien que sabía un poco de ingles. Sintieron alivio, pues habían visto llegar la plataforma pero ignoraban en que condiciones se hallaba el pasajero. Barlennan sacó partido de aquellos sentimientos, apresurándose a bajar la plataforma para subir a otro marinero.

La operación se completó sin accidentes; el ascensor efectuó diez viajes, hasta que Barlennan decidió que no podían subir más marineros sin dificultar a los de abajo la tarea de reaprovisionamiento.

La tensión se había disipado y, una vez más, la sensación de que estaban en las etapas finales de la misión embargó a terrícolas y mesklinitas.

–Si esperas dos minutos, Barl –dijo Lackland, transmitiendo la información que le comunicaba un ordenador–, el sol estará exactamente en la dirección que debes seguir. Ya te advertimos que no podemos localizar el cohete con una precisión mayor de diez kilómetros; te guiaremos hacia el centro de la zona donde sabemos que está, y tendrás que ingeniártelas desde allí. Si el terreno es similar al que has visto hasta ahora, me temo que tendrás dificultades.

–Quizás estés en lo cierto, Charles. No tenemos experiencia en estos asuntos. Aun así, estoy seguro de que resolveremos el problema. Hemos resuelto todos los demás, a menudo con tu ayuda. ¿El sol ya está en línea?

–Un momento, ¡ahora! ¿Hay algún hito que pueda servirte para recordar la línea hasta que el sol despunte de nuevo?

–Me temo que no. Tendremos que arreglárnoslas como podamos y recibir tus correcciones día a día.

–Es difícil realizar cálculos cuando desconoces los vientos y las corrientes, pero habrá que hacerlo así. Corregiremos las cifras cada vez que podamos enfocarte. ¡Buena suerte!

18 - CONSTRUCTORES DE TÚMULOS

Librodot

La orientación era un problema, como todos descubrieron de inmediato. Resultaba físicamente imposible viajar en línea recta; cada tantos metros la partida tenía que desviarse para sortear una roca imposible de trepar. La estructura física de los mesklinitas empeoraba la situación, pues sus ojos estaban demasiado cerca del suelo. Barlennan trató de efectuar los desvíos alternando las direcciones, pero no tenía medios para comprobar con precisión la distancia recorrida en cada uno. Casi todos los días, desde el cohete les indicaban que se habían desviado veinte a treinta grados.

Cada cincuenta días se realizaba una comprobación de la posición del transmisor –ahora solo había uno en movimiento, pues el otro se había quedado con el grupo de la cabria– y se calculaba una nueva dirección. Se requería un trabajo de alta precisión, y en ocasiones se presentaban dudas sobre la corrección de un enfoque determinado. Cuando esto ocurría, Barlennan recibía una advertencia y se guiaba por su propio criterio. Algunas veces, si los terrícolas no manifestaban muchas dudas sobre sus hallazgos, continuaba; otras, aguardaba unos días para darles la oportunidad de corregir los datos. Mientras esperaba, consolidaba su posición, redistribuía las cargas y modificaba las raciones de alimentos si lo consideraba necesario. Había concebido la idea de marcar la trayectoria antes de la partida, de manera que una sólida hilera de guijarros indicaba el camino hasta el borde. Pensó en apartar todas las piedras de un sendero y apilarlas a ambos lados, con la idea de construir una carretera; pero eso vendría mas tarde, cuando los viajes entre el cohete varado y la base de aprovisionamiento se hicieran con regularidad.

Los setenta kilómetros pasaron lentamente bajo sus numerosos pies, pero pasaron al fin. Los humanos, como decía Lackland, habían hecho todo lo posible; por lo que ellos sabían, Barlennan ya debía de estar cerca de la máquina. Sin embargo, tanto el visor como la voz del capitán le indicaban que no era así, lo cual no le sorprendió.

–No podemos informarte mejor, Barl. Conociendo a nuestros especialistas en matemáticas, te juro que estás a diez kilometres de ese artefacto, o quizás a mucho menos. Tú sabrás organizar a tus hombres mejor que yo para emprender la búsqueda. Haremos todo lo posible por ayudarte, pero a estas alturas ya no se me ocurre nada. ¿Qué planeas?

Barlennan guardó silencio antes de responder. Un círculo de diez kilómetros es una superficie demasiado vasta cuando la visibilidad media es de tres o cuatro metros. Podría abarcar más territorio si desperdigaba a los suyos, pero correría el riesgo de perder a algunos. Le expuso el problema a Lackland.

–El cohete tiene seis metros de altura –señaló Lackland–. En la práctica, pues, tu campo visual es mayor del que dices. Si pudieras trepar a una de esas rocas grandes, tal vez verías la nave desde donde estás... Eso es lo más irritante de esta situación.

–Desde luego, pero no podemos hacerlo. Las rocas grandes tienen dos metros de altura; aunque pudiéramos escalar por esos flancos casi verticales, ni yo volvería a mirar hacia abajo por una pared vertical, ni haré que mis hombres corran ese riesgo.

–Sin embargo; escalaste por aquella grieta hasta la meseta.

–Eso fue diferente. En ningún momento estuvimos junto a una pendiente abrupta.

–En tal caso, si una pendiente similar condujera a la cima de una de esas rocas, ¿no te molestaría alejarte tanto del suelo?

–No, pero... Hum. Creo que entiendo a que te refieres. Un momento.

El capitán miró a su alrededor con atención. Había varias rocas cerca, la mas alta de las cuales, como él había dicho, tenía unos dos metros; entre ellas estaban aquellos guijarros que parecían enmoquetar toda la meseta. Si Barlennan hubiera poseído sólidos conocimientos de geometría, quizá no hubiera tomado la decisión que tomó; pero, sin tener idea del volumen del material de construcción que se proponía utilizar, decidió que la idea de Lackland era atinada.

–Lo haremos, Charles. Hay suficientes cantos rodados y tierra para construir lo que deseamos.

Se apartó de la radio y describió el plan a los marineros.

Avanzaron sin prisa pero sin pausa. Como indicio de la tardanza, una parte del grupo tuvo que desandar el camino marcado para traer alimentos, algo que había sido innecesario en la caminata de mil doscientos kilómetros desde la fisura; pero, finalmente, alguien llegó a la cumbre de la roca, quizá por primera vez desde que las energías internas de Mesklin habían empujado la meseta hasta su actual elevación. La rampa se extendía a ambos lados del punto de acceso; nadie se aproximó al otro lado de la roca, donde la pendiente era más abrupta.

Desde esa nueva perspectiva se cumplió la predicción de Lackland: al cabo de meses de viaje y peligro, el objetivo de la expedición estuvo a la vista. Barlennan hizo subir el visor por la rampa para que los terrícolas también pudieran verlo; y, por primera vez en más de un año terrícola, el rostro de Rosten perdió su hosquedad habitual. No había mucho que ver; tal vez una pirámide egipcia, laminada de metal y situada a cierta distancia, habría presentando un aspecto similar al cono romo que se elevaba por encima de las piedras. No se parecía al cohete que Barlennan había visto antes; en realidad, no se parecía a ningún cohete que se hubiera construido a veinte años luz de la Tierra; pero evidentemente era algo que no pertenecía al paisaje normal de Mesklin, e incluso los expedicionarios que no habían pasado meses en la superficie del monstruoso planeta sintieron que se quitaban un peso de encima.

Barlennan, aunque complacido, no compañía el embeleso que ya alcanzaba niveles de euforia en Toorey. Estaba mejor situado para calcular lo que se interponía entre él y el cohete que quienes lo veían por televisión. La zona no parecía peor de la que ya habían atravesado, aunque desde luego tampoco era mejor. Además, ya no contarían con la ayuda de los terrícolas; y ni siquiera desde la nueva perspectiva lograba ver cómo mantendrían su línea de marcha durante los dos kilómetros que debían recorrer. Los humanos ya no conocían el rumbo, así que su método no funcionaría. ¿O si? El podía indicarles cuándo el sol estaba en la dirección correcta, y ellos lo llamarían cada vez que siguiera el mismo rumbo. Llegado el caso, un marinero podía apostarse allí y brindarle esa información sin molestar a los Voladores. Pero ahora contaba con una sola radio, y no podía tenerla en dos sitios al mismo tiempo. Por primera vez, Barlennan echo de menos el equipo que había dejado en manos de los moradores del río.

Luego pensó que quizá no necesitara una radio. El aire no era buen portador del sonido en ese lugar (la atmósfera más tenue de la meseta era la única peculiaridad que habían detectado los marineros), pero la voz mesklinita, como Lackland había señalado, era algo que había que oír para creer. El capitán decidió intentarlo; apostaría a un marinero en aquella plataforma de observación, encomendándole la misión de roncar con todas las fuerzas que sus músculos pudieran reunir alrededor del sifón natatorio cada vez que el sol pasara justo por encima del cono reluciente que constituía el objetivo de la expedición. Marcarían el camino como antes, para que el vigía pudiera seguirlos cuándo los demás llegaran.

Barlennan expuso esta idea al grupo. Dondragmer señaló que, por la experiencia pasada, era posible que aun así se desviaran en exceso hacia un lado, pues no habría manera de realizar correcciones ante errores acumulados, como habían hecho con los terrícolas; el hecho de que la voz del vigía no resonara en dirección exactamente opuesta al sol no significaría nada en aquel paraje lleno de ecos. Sin embargo, admitió que era la idea más viable y que presentaba muchas probabilidades de conducirlos a su destino. Se escogió a un marinero, pues, para que actuara como vigía, y se reanudó el viaje en esa nueva dirección.

Ninguno de ellos se consideraba aún experimentado en viajes terrestres como para calcular con precisión la distancia recorrida, y todos estaban habituados a tardar mas de lo previsto; el grupo, pues, recibió una grata sorpresa cuándo un cambio en el paisaje rompió la monotonía del desierto de piedra. No era exactamente el cambio que habían esperado, pero aun así les llamó la atención.

Estaba justo frente a ellos, y por un instante algunos se preguntaron si por alguna razón incomprensible habrían andado en círculos. Una larga pendiente de tierra y canto rodado se extendía entre las rocas. Era casi tan alta como la rampa que habían construido para el puesto

de observación, pero, al aproximarse, vieron que se extendía mucho más lejos a ambos lados. Cubría los pedrejones como una ola oceánica petrificada; aun los mesklinitas, nada habituados a los cráteres de explosiones o meteoritos, veían que el material había saltado desde mas allá de la pendiente. Barlennan, que había visto aterrizar varias veces los cohetes de Toorey, comprendió la causa de ello incluso antes de que la partida llegara a la loma. En líneas generales, su suposición era correcta, aunque se equivocaba en los detalles.

El cohete se erguía en el centro de la oquedad cóncava que había cavado con el feroz chorro de las toberas. Barlennan recordó la nieve que se arremolinaba cuando el cohete de carga descendía cerca de la colina de Lackland. La potencia utilizada aquí para que esa máquina se posara debía de ser mucho mayor, a pesar de que la nave fuera mucho más pequeña. No había rocas grandes alrededor; solo algunas amontonadas en los costados del cuenco. El interior del terreno estaba libre de guijarros; el proyectil había horadado el suelo, de modo que de sus seis metros de longitud solo un par asomaban sobre las rocas que cubrían la planicie.

El diámetro de la base era casi tan grande como la altura, y no variaba durante dos tercios de la longitud. Esa parte, explicó Lackland cuando instalaron el visor ante el cráter, era la que albergaba el motor.

La parte superior de la máquina presentaba forma de huso y finalizaba en una punta roma; allí se encontraba el instrumental que representaba tan tremenda inversión en tiempo, esfuerzo intelectual y dinero por parte de muchos mundos. Había una serie de aberturas, pues no se habían molestado en hacer compartimentos herméticos. Los instrumentos que debían funcionar en el vacío o en una atmósfera especial estaban sellados individualmente.

–Dijiste una vez, cuando aquella explosión estropeó el tanque, que aquí debía de haber ocurrido algo similar –dijo Barlennan–. No veo indicios de ello; además, si los orificios que veo estaban abiertos cuando aterrizó, ¿cómo pudo el oxígeno causar una explosión? Me dijiste que entre los mundos no había aire, y que el que hubiera escaparía por cualquier orificio.

Rosten intervino antes de que Lackland pudiera responder. El y el resto del grupo estaban examinando el cohete en las pantallas.

–Barl tiene razón. Lo que causó el problema no fue una explosión de oxígeno. No sé que fue. Tendremos que estar alerta cuando entremos, con la esperanza de hallar el problema... De todos modos, no es algo crucial, salvo para quienes deseen construir otro artefacto similar. Propongo que nos pongamos a trabajar; me acosa una horda de físicos ávidos de información. Es una suerte que hayan encomendado esta expedición a un biólogo; a partir de ahora, ningún físico tendrá tiempo libre.

–Tus científicos tendrán que armarse de paciencia –exclamó Barlennan–. Pareces haber olvidado algo.

–¿Qué?

–Ninguno de los instrumentos que quieres que ponga ante la lente de tu visor está a menos de dos metros del suelo; todos se encuentran entre paredes metálicas que sospecho nos resultará difícil de arrancar mediante la fuerza bruta, por blandos que parezcan vuestros metales.

–Tienes razón. Hay que volarlo. La segunda parte es fácil; casi todas las láminas externas están compuestas por paneles fáciles de extraer, y podemos mostrarte sin dificultad como hacerlo. En cuanto al resto... Hum... No tenéis escalerillas, y aunque las tuvierais, no podríais usarlas. Vuestro ascensor presenta el ligero inconveniente de que una cuadrilla debe instalarlo primero en la parte de arriba. Me temo que estoy atascado por ahora. Pero ya pensaremos en algo; hemos llegado demasiado lejos para desistir.

–Sugiero que te tomes desde ahora hasta que mi marinero llegue desde el puesto de observación para pensar. Si no tienes una idea mejor para entonces, pondremos en práctica la mía.

–¿Qué? ¿Tienes una idea?

–Claro. Llegamos a la cima de esa roca desde la cual vimos el cohete. ¿Por qué no utilizar aquí el mismo método?

Rosten calló medio minuto; Lackland sospechó que se estaba reprochando su torpeza.

–Solo lo veo posible por un sitio –dijo al fin–, pero os costará mas trabajo apilar las rocas. El cohete es tres veces más alto que la roca donde construisteis la rampa, aparte de que tendréis que levantarla en derredor, y no en un solo lado.

–¿Por qué no podemos hacer una rampa en un lado, hasta el nivel de los instrumentos que os interesan? Una vez allí, nos sería posible subir el resto del camino por dentro, como hacéis en los otros cohetes.

–Por dos razones. La más importante es que no podréis trepar por dentro; el cohete no fue construido para transportar tripulantes, y no hay comunicación entre las secciones. La maquinaria está construida para ofrecer acceso desde el exterior del casco, en el nivel adecuado. Además, no podéis comenzar por los niveles inferiores; aún suponiendo que fuerais capaces de levantar las tapas de acceso, dudo que pudieseis colocarlas de nuevo en su sitio cuando terminarais con una sección. Eso significa que las tapas permanecerían alrededor del casco conforme fuerais pasando a niveles superiores, y me temo que abajo no quedaría metal suficiente para soportar las secciones de arriba. La punta del cono podría derrumbarse. Esas escotillas de acceso ocupan la mayor parte de la capa externa, y tienen grosor para aguantar mucha carga vertical. Quizás el diseño sea deficiente, pero recuerda que esperábamos abrirlas en el espacio exterior, sin ningún peso.

»Me temo que tendréis que enterrar el cohete por completo, hasta el nivel mas alto que contenga instrumental, y luego cavar hacía abajo. Quizá sea aconsejable extraer la maquinaria de cada sector a medida que terminái; eso reducirá la carga al mínimo. A fin de cuentas, sólo quedará un esqueleto de aspecto frágil cuando saquéis todas esas láminas, y prefiero no imaginar qué le ocurriría soportando el peso de todo el instrumental bajo setecientas gravedades.

–Entiendo. –Barlennan tardó un rato en continuar–. ¿No se te ocurre otra alternativa? La que has expuesto implica, como bien señalas, una ardua labor.

–De momento, no. Seguiremos tu recomendación y pensaremos hasta que el vigía llegue desde el puesto de observación. Sin embargo, sospechó que trabajamos con una gran desventaja. Me parece improbable que se nos ocurra una solución que no exija la utilización de máquinas que no podemos hacerte llegar.

El sol continuó surcando el cielo a poco mas de veinte grados por minuto. Hacía rato que habían llamado al vigía para anunciarle el descubrimiento, y supuestamente ya estaba en camino. Los marineros se dedicaron a descansar y a distraerse; todos descendieron por la suave pendiente de la zanja que habían cavado las toberas, para examinar el cohete de cerca. Eran demasiado inteligentes para atribuir esta operación a la magia, pero aun así los sobrecogía. No entendían los principios operativos, aunque podrían haber intuido algo si Lackland se hubiera preguntado por qué una raza que no respiraba podía hablar en voz alta. Los mesklinitas poseían una disposición de sifón bien desarrollada, semejante a la de los cefalópodos terrícolas, pues sus ancestros anfibios la habían empleado para nadar a gran velocidad; les servía como fuelle para cada conjunto de cuerdas vocales terrícolas, pero aun podían usarla para su función original. La naturaleza los había dotado bien para comprender el principio del cohete.

La falta de comprensión no era lo único que suscitaba el respeto de los marineros. Los miembros de esa raza construían ciudades y se consideraban buenos ingenieros; pero las murallas más altas que habían levantado se elevaban a ocho centímetros del suelo. Los edificios de varios pisos, y los techos que no consistieran en paños de tela, chocaban violentamente contra su instintivo temor a tener materiales sólidos encima. Las experiencias de este grupo habían contribuido a transformar esa actitud de temor irracional en un respeto inteligente por el peso, pero el hábito persistía. El cohete era ochenta veces mas alto que

Librodot

cualquier estructura artificial que hubiera creado esa raza; así pues, era inevitable que la contemplaran con veneración.

Cuando llegó el vigía, Barlennan regresó a la radio, pero no había surgido ninguna idea mejor, cosa que no le sorprendió. Desechó las disculpas de Rosten y se puso a trabajar con sus tripulantes. Los observadores ni siquiera sospechaban la posibilidad de que su agente tuviera ideas propias sobre el cohete.

Extrañamente, la tarea no fue tan dura ni tan prolongada como todos habían esperado. La razón era simple; la roca y la tierra arrancadas por las toberas estaban flojas, pues el aire tenue de la meseta no las apisonaba. Un ser humano, utilizando el anulador de gravedad que los científicos esperaban desarrollar mediante los conocimientos escondidos en el cohete, no habría podido clavar una pala, pues la gravedad era un buen agente de apisonamiento; estaba floja solo según las pautas mesklinitas. Grandes terrones resbalaban por la pendiente interior de la fosa hasta la pila que crecía alrededor de la nave; los guijarros eran extraídos del suelo e impulsados con un ronquido de advertencia. El ronquido era necesario, pues descendían a tal velocidad que el ojo humano no podía seguirlos, y por lo general quedaban enterrados por completo en la pila de tierra removida.

Aun los observadores más pesimistas comenzaron a pensar que ya no podían sobrevenir mas contratiempos, a pesar de las muchas decepciones que habían sufrido sus expectativas. Ahora observaban con creciente alegría mientras el metal brillante del proyectil de investigación se hundía cada vez mas en la pila de roca y tierra hasta desaparecer por completo, a excepción de un cono de treinta centímetros que indicaba el nivel más alto donde habían instalado instrumentos.

Los mesklinitas dejaron de trabajar, y la mayoría de ellos se alejó del túmulo. Habían acercado el visor, que ahora enfocaba la protuberancia de metal, donde se veía parte de la línea delgada que trazaba una escotilla de acceso. Barlennan se tendió frente a la entrada, al parecer aguardando instrucciones para abrirla; y Rosten, tan tenso como todos los demás, se lo explicó. Había cuatro tornillos de desconexión rápida, uno en cada esquina de la placa trapezoidal. Los dos superiores estaban a la altura de los ojos de Barlennan; los otros se hallaban quince centímetros mas abajo del nivel actual del montículo. Normalmente se liberaban empujando hacia dentro y dando un cuarto de vuelta con un destornillador de hoja ancha; parecía probable que las pinzas mesklinitas pudieran efectuar la misma operación. Barlennan, volviéndose hacia la placa, descubrió que así era. Las anchas cabezas con ranura giraron dócilmente y saltaron hacia fuera, pero la placa no se movió.

–Será mejor que sujetéis cuerdas a una o ambas cabezas, para poder jalar de la placa a una distancia prudente cuando hayáis cavado lo suficiente y la hayáis liberado –indicó Rosten–. No queremos que caiga encima de nadie; ésta tiene un grosor de seis milímetros, pero las de abajo son bastante mas gruesas.

Los mesklinitas aceptaron la sugerencia y excavaron deprisa hasta que el borde inferior de la placa quedó al descubierto. Los tornillos de abajo tampoco presentaron problemas, y poco después un fuerte tirón de las cuerdas desprendió la placa del fuselaje del cohete. Primero se percibió un movimiento hacia fuera; luego desapareció de pronto y reapareció en posición horizontal, mientras una especie de escopetazo llegaba a oídos de los observadores. El sol, alumbrando el casco recién abierto, mostró claramente el único aparato del interior; los hombres de la sala de pantallas y del cohete de observación lanzaron un hurra.

–¡Muy bien, Barlennan! Te debemos mas de lo que podemos expresar. Si retrocedes y nos dejas tomar una fotografía, te daremos instrucciones para extraer el instrumento y llevarlo hasta la lente.

Barlennan no respondió de inmediato; sus actos hablaron antes que sus palabras.

En vez de apartarse de la lente, reptó hacia ella e hizo girar el visor para apuntar hacia el lado opuesto.

–Antes debemos discutir ciertos asuntos –dijo en voz baja.

19 - UN NUEVO TRATO

Un silencio de muerte reinaba en la sala de pantallas. La cabeza del pequeño mesklinita llenaba la pantalla, pero nadie podía interpretar la expresión de aquel «rostro» inhumano. Nadie sabía qué decir; preguntar a Barlennan a qué se refería era desperdiciar palabras, pues obviamente se proponía decirlo. Barlennan aguardo un largo instante antes de recobrar el habla; y cuando lo hizo, utilizo un inglés mejor del que Lackland creía que había aprendido.

–Doctor Rosten, hace unos minutos dijiste que nos debías mas de lo que podías pagarnos. Entiendo que tus palabras eran muy sinceras en un sentido, pues no dudo por un instante de tu gratitud. Pero en otro sentido eran pura retórica. No tienes intenciones de darnos más de lo que acordaste, es decir, información sobre el tiempo, orientación a través de los mares, y quizá la asistencia material que Charles mencionó hace un tiempo en relación con la recolección de especias. Comprendo que según vuestro código moral no tengo derecho a más; hice un pacto y debo atenerme a él, sobre todo porque vuestra parte del trato está mas que cumplida.

»Soy mercader, como bien sabéis, y ante todo me interesa trocar mercancías para obtener beneficios. Reconocisteis ese hecho, ofreciéndome todo el material que se os ocurría a cambio de mi ayuda; vosotros no tenéis la culpa de que no me resulte de ninguna utilidad. Vuestras máquinas, según dijisteis, no funcionan en la gravedad y la presión de mi mundo; no puedo usar vuestros metales... y en cualquier caso no los necesitaría, pues abundan en la superficie de muchas regiones de Mesklin. Algunas gentes los utilizan de adorno; pero, por lo que he hablado con Charles, sé que no se les puede dar formas complejas sin grandes máquinas, o al menos con mas calor del que podemos producir con facilidad. En realidad, conocemos esa cosa que llamáis fuego en formas más manejables que la nube flamígera; lamento haber engañado a Charles, pero en aquel momento me parecía más conveniente.

»Volviendo al tema original, rehusé todo salvo la orientación para navegar y la información meteorológica. Pensé que eso os haría sospechar, pero vuestras palabras no indicaron nada. No obstante, acepté realizar un viaje mas largo del que se haya efectuado en toda nuestra historia documentada para ayudaros a solucionar vuestro problema. Me dijisteis que necesitabais muchísimo esos conocimientos; sin embargo, a ninguno de vosotros se le ocurrió pensar que yo podría necesitar lo mismo, aunque lo pedí una y otra vez en cada ocasión que veía una de vuestras máquinas. No respondisteis a esas preguntas, utilizando siempre la misma excusa. Decidí, pues, que cualquier modo de obtener parte de vuestros conocimientos sería legítimo. Habéis ponderado, en una u otra ocasión, lo que denomináis «ciencia», siempre dando a entender que mi gente no la poseía. No entiendo por que no puede ser beneficiosa para mi gente si lo es para la vuestra.

»Por tanto, os ofrezco un nuevo trato. Comprendo que mi falta de respeto por el trato anterior os puede inducir a no querer cerrar otro conmigo. Sería una lástima, pues parece evidente que no podéis hacer otra cosa. Ni estáis aquí ni podéis venir; y, aunque pudierais arrojar vuestros explosivos, en un arranque de furia, no lo haréis mientras estemos cerca de vuestra máquina. El acuerdo es sencillo: conocimiento a cambio de conocimiento. Podéis enseñarme a mi, o a Dondragmer, o a cualquier otro de mis tripulantes que tenga aptitud y tiempo para aprender, mientras nosotros trabajamos para desmantelar esta máquina y transmitiros el conocimiento que contiene.

–Un momento...

Lackland interrumpió el exabrupto de Rosten.

–Espere, jefe. Conozco a Barl mejor que usted. Déjeme hablar.

El y Rosten podían verse en sus respectivas pantallas, y por un instante el jefe de la expedición echó chispas por los ojos. Luego comprendió la situación y se aplacó.

–De acuerdo, Charles. Háblale.

–Barlennan, creo detectar cierto despecho cuando aludes a las excusas que hemos utilizado para no explicarte nuestras máquinas. Créeme, no intentamos engañarte. Son complejas, tan complejas que los hombres que las diseñan y construyen primero se pasan la mitad de la vida aprendiendo las leyes que les permiten operar y el arte de manufacturarlas. Tampoco pretendíamos subestimar el conocimiento de tu gente; es verdad que nosotros sabemos mas, pero es solo porque hemos tenido mas tiempo para aprender.

»Ahora, si he entendido bien, tu quieres aprender acerca de los instrumentos de ese cohete mientras lo desmantelas. Por favor, Barlennan, puedes creer que soy absolutamente sincero al decirte que yo mismo no podría hacerlo, pues no los entiendo, y que ninguno te serviría de nada aunque lograras entenderlo. Lo único que te puedo explicar es que son máquinas para medir cosas que no se han visto, oído ni saboreado..., cosas que tienes que ver operando de otras maneras durante largo tiempo antes de empezar siquiera a comprenderlas. Esto no implica un insulto; a mi me ocurre casi lo mismo, y me he criado rodeado de esas fuerzas, incluso utilizándolas. Sin embargo, no las entiendo. Ni tampoco espero entenderlas antes de morir, pues nuestra ciencia abarca tantos conocimientos que ningún individuo puede aprenderlo todo; debo contentarme con el campo que conozco... y quizá sumarle lo poco que un hombre puede añadir en su vida.

»No podemos aceptar tu trato, Barl, porque es físicamente imposible de cumplir por nuestra parte.

Barlennan no podía sonreír en el sentido humano, y se abstuvo cuidadosamente de dar su propia versión de una sonrisa. Respondió en un tono tan grave como el de Lackland.

–Puedes cumplir tu parte, Charles, aunque no lo sepas. Cuando yo inicié este viaje, todas las cosas que has dicho eran ciertas. Yo me proponía hallar este cohete con tu ayuda, y luego colocar los visores donde no pudieras ver nada y desmantelar la máquina por mí cuenta para aprender tu ciencia.

»Lentamente comprendí que lo que acabas de decir es cierto. Aprendí que no me ocultabas conocimientos cuando me enseñaste rápida y cuidadosamente las leyes y técnicas utilizadas por los fabricantes de planeadores. Tuve mayor certeza cuando ayudaste a Dondragmer a confeccionar la cabria diferencial. Pensaba que mencionarías estas cosas en tu discurso. ¿Por que no lo hiciste? Son buenos puntos a tu favor.

»Cuando nos enseñabas el funcionamiento de los planeadores, comencé a tener una cierta comprensión de lo que significaba el término «ciencia». Comprendí, antes de que finalizara aquel episodio, que ese simple artilugio que vosotros dejasteis de usar tiempo atrás requería la comprensión de mas leyes del universo de las que mi gente cree que existen. Incluso aclaraste, al disculparte por la falta de información exacta, que los planeadores de esa especie eran usados por tu gente hace mas de doscientos años. Ahora entiendo que en la actualidad, sabéis mucho mas, y al entenderlo sé que hay cosas que no puedo llegar a conocer.

»Pero, pese a ello, podéis hacer lo que deseo. Ya habéis hecho un poco, mostrándonos la cabria diferencial. Yo no lo entiendo, y tampoco Dondragmer, que le dedicó mas tiempo; pero ambos estamos seguros de que está emparentado con las palancas que hemos usado toda la vida. Queremos comenzar desde el principio, con plena conciencia de que no podremos aprender en nuestra vida todo lo que sabéis vosotros. Quiero saber por que flota el Bree y por que flotaba la canoa hasta que se hundió. Quiero saber por que se hundió la canoa. Quiero saber por que el viento sopla continuamente en la fisura... no entendí vuestra explicación. Quiero saber por que sentimos mas calor en invierno, cuando no podemos ver el sol durante mucho tiempo. Quiero saber por que resplandece el fuego y por que mata el polvo flamígero. Quiero que mis hijos, si alguna vez los tengo, o los de ellos, sepan que hace funcionar esta radio, y tu tanque, incluso este cohete. Quiero saber mucho, sin duda mas de lo que puedo aprender; pero si logro que mi gente aprenda por si misma, como habéis hecho vosotros..., bien, quizá deje de vender para obtener beneficios.

Lackland y Rosten permanecieron unos instantes en silencio. Fue Rosten quien lo rompió.

–Barl, si aprendieras lo que deseas y comenzaras a enseñar a tu gente, ¿les dirías de donde procede ese conocimiento? ¿Crees que sería bueno que otros lo supieran?

–Para algunos, si; querrían saber cosas de otros mundos y de los seres que utilizaron la misma vía hacia el conocimiento en que ellos se inician. Otros... bien, muchos prefieren que los demás realicen el esfuerzo. Si lo supieran, no se molestarían en aprender por su cuenta; simplemente pedirían conocimientos específicos... como yo hice al principio; y nunca comprenderían que vosotros no se los explicáis porque os resulta imposible. Pensarían que intentáis engañarlos. Supongo que si se lo contara a alguien, tarde o temprano acabaría por extenderse..., y bien, supongo que sería mejor dejarles creer que yo soy el genio. O Dondragmer; es más probable que lo creyeran de él.

La respuesta de Rosten fue clara y concisa.

–Trato hecho.

20 - EL VUELO DEL BREE

Un reluciente esqueleto de metal se elevaba dos metros sobre un pedregoso montículo de tierra y rocas de cumbre plana. Un grupo de mesklinitas se afanaba con empeño en otra hilera de placas, cuyos tornillos superiores acababan de aflojar; otro empujaba la tierra y los guijarros recién removidos hasta el borde del montículo; otro trajinaba por una carretera bien marcada que conducía hacia el desierto, bien acercándose con carromatos planos repletos de provisiones, bien alejándose con los mismos carromatos vacíos. Era un hervidero de actividad; prácticamente todos parecían ocupados en algo. Ahora se veían dos radios, una en el montículo, donde un terrícola dirigía la tarea de desmantelación desde su base, y otra a cierta distancia.

Dondragmer estaba frente a la segunda radio, trabando animadas conversaciones con un ser distante a quien no veía. El sol aún continuaba trazando círculos, pero descendía cada vez mas y se hinchaba lentamente.

–Me temo –dijo el piloto– que tendremos serios problemas par verificar esos datos sobre la curvatura de la luz. Entiendo los reflejos; los espejos que fabriqué con las láminas de metal de vuestro cohete me lo aclararon. Es una lástima que el artilugio de donde extrajimos la lente se cayera; no tenemos nada parecido a vuestro cristal.

–Bastará con un trozo razonablemente grande de la lente, Dondragmer –dijo una voz a través del micrófono. No era la de Lackland. Se trataba de un experto en educación, aunque a veces cedía la palabra a un especialista–. Cualquier trozo curva la luz, e incluso crea una imagen..., pero, espera, eso viene después. Trata de descubrir que quedó de ese trozo de cristal, si tu gravedad no lo pulverizó cuando aterrizó el equipo.

Dondragmer se alejó de la radio con una frase de asentimiento y regresó cuando tuvo otra ocurrencia.

–Quizá puedas decirme de que está hecho el «cristal» y si resiste mucho calor. Tenemos buenos fuegos calientes. Además está el material que cubre el Cuenco... hielo, creo que lo llamó Charles. ¿Eso serviría?

–Si. Sé algo sobre vuestros fuegos, pero que me cuelguen si sé cómo quemáis plantas en una atmósfera de hidrógeno, aunque le arrojéis un poco de carne. En cuanto al resto, el hielo servirá, si lo encuentras. No sé de que está hecha la arena de vuestro río, pero puedes tratar de derretirla en uno de vuestros fuegos más ardientes y ver que ocurre. No garantizo nada, simplemente digo que en la Tierra y en el resto de los mundos la arena común crea una especie de vidrio que mejora muchísimo con otros ingredientes. Ahora bien, ignoro cómo describirte esos ingredientes y soy incapaz de sugerirte dónde encontrarlos.

–Gracias. Haré que alguien pruebe con el fuego. Entretanto, buscaré un trozo de lente, aunque me temo que el golpe dejó pocos fragmentos utilizables. No debimos tratar de

desmantelar el aparato cerca del borde del montículo. Esa cosa que llamáis «tonel» rueda con demasiada facilidad.

Una vez mas, el piloto se alejó de la radio y se encontró con Barlennan.

–Le toca a tu grupo hacerse cargo de las placas dijo el capitán. Yo iré al río. ¿Necesitas algo para tu trabajo?

Dondragmer mencionó la sugerencia sobre la arena.

–Creo que me puedes traer lo poco que necesito, sin calentar demasiado el fuego. ¿O pensabas traer otra carga de cosas?

–No tenía planes. Era un viaje de diversión. Ahora que ha muerto el viento de primavera y tenemos brisas en las direcciones habituales, no vendrá mal practicar un poco de navegación. ¿De que sirve un capitán que no puede guiar su nave?

–De acuerdo. ¿Los Voladores te dijeron para que servía está tanda de instrumentos?

–Me explicaron bastante, pero si estuviera realmente convencido de ese asunto de la curvatura del espacio lo habría entendido mejor. Terminaron con esa vieja frase de que las palabras no bastan para describirlo. ¿Qué otra cosa puedes utilizar aparte de las palabras, en nombre de los Soles?

–Eso mismo me pregunto yo. Creo que es otro aspecto de ese código de cantidades que denominan matemática. Yo prefiero la mecánica, pues puedes aplicarla desde el principio.

Señaló uno de los carromatos y la cabria diferencial.

–Eso parece –admitió Barlennan–. Tenemos mucho que llevar a casa... y no me parece conveniente que nos apresuremos a difundir algunas cosas, –Acompañó la frase con un gesto, y el piloto asintió con gravedad–. Pero nada nos impide jugar con esas cosas ahora.

El capitán siguió su camino, y Dondragmer lo miró entre serio y divertido. Lamentaba que Reejaaren no se encontrara cerca; el isleño no le era simpático, y tal vez ahora no estaría tan convencido de que la tripulación del Bree estaba integrada totalmente por embusteros.

Pero esa reflexión era una pérdida de tiempo. Tenía trabajo que hacer. Arrancar placas del monstruo de metal era menos divertido que recibir explicaciones para iniciar experimentos, pero debían cumplir con su parte del trato. Echo a andar cuesta arriba por el montículo, llamando a su grupo.

Barlennan continuó hasta el Bree. La nave ya estaba dispuesta para el viaje, con dos marineros a bordo y su fuego caliente. La gran extensión de tela brillante, casi transparente, le hacía gracia; al igual que el piloto, pensaba en Reejaaren, pero Barlennan se preguntaba cuál sería la reacción del intérprete si viera el uso que daban a su material. ¿Conque no se podía confiar en telas cosidas? La gente de Barlennan conocía un par de cosillas, sin necesidad de que se las dijeran sus amigos Voladores. Había preparado velas con retazos antes de estar a quince mil kilómetros de la isla donde había obtenido la tela, y las costuras habían resistido incluso en el valle de los vientos.

Barlennan se deslizó por la abertura de la baranda, la cerró y miró la fogata, rodeada por las láminas metálicas de un condensador que habían donado los Voladores. El cordaje estaba tenso y firme. El capitán hizo una seña a los tripulantes; uno de ellos arrojó leña al reluciente fuego sin llamas, mientras el otro soltaba amarras.

Con su vasta esfera de doce metros de tela henchida de aire caliente, el nuevo Bree se elevó suavemente de la meseta y voló hacia el río, mecido por una brisa ligera.

FIN